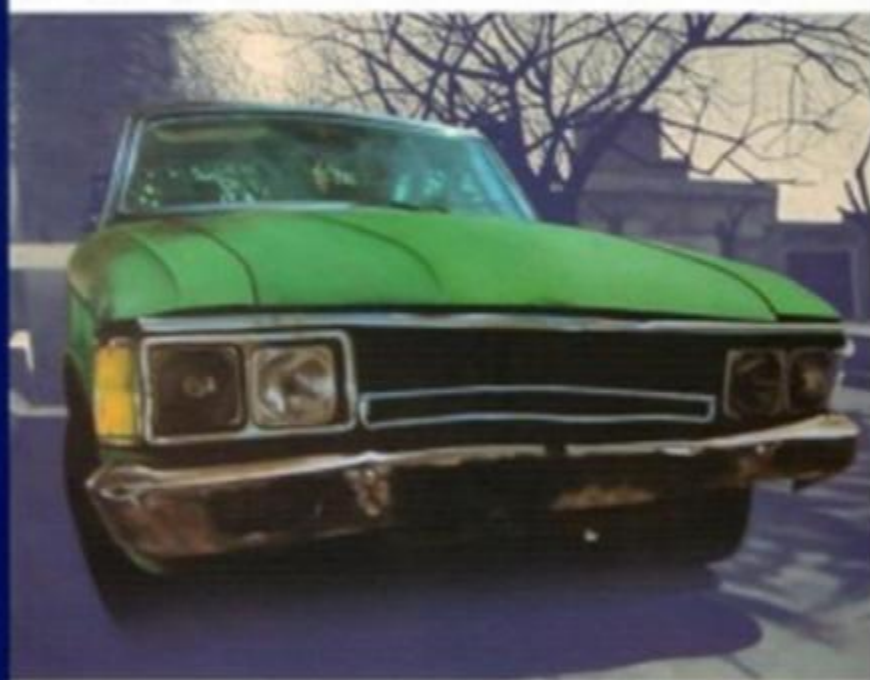

Tucho

La "Operación México"
o lo irrevocable de la pasión

Rafael Bielsa



novela  edhasa

Rafael Bielsa nació en Rosario, 1953. Es escritor, y ha publicado libros de ensayos y de cuentos y más de una decena de volúmenes de poemas, el primero titulado *En mayor medida* y el último *Wintergarten Varieté, Friedrichstrasse, 1930-Berlin (2011)*. Parte de su obra ha sido reproducida en el extranjero e incluida en antologías nacionales y de otros países. Canciones de su autoría fueron grabadas por artistas como Juan Carlos Baglietto o Julia Zenko. Además de escribir ficción, regularmente colabora en diversos medios periodísticos sobre cuestiones de política exterior. *Tucho -La 'Operación México' o lo irrevocable de la pasión* es su primera novela.

RAFAEL BIELSA

TUCHO

La “Operación México”
o lo irrevocable de la pasión

A Edgar Tulio Valenzuela, "Tucho"

A Raquel Ángela Carolina Negro, "María"

A sus hijos, tan queridos

“Uno siempre responde con su vida entera a las preguntas más importantes.”

Sándor Márai

Agradecimientos

A Mabel, quien me dijo “escribílo”. A Jaime Feliciano Dri, mi Virgilio. A la primera escucha, Ana Longoni. A Fernando Fagnani, el de los instrumentos de precisión. A Eduardo Sguiglia, por su paciencia fraterna. A César Calcagno: la generosidad. Al bibliotecario de todos nosotros, Roberto Baschetti. A Santiago Ferreyra Beltrán, el filántropo y filólogo azteca. A Ricardo Patricio Ottonello, por el balsámico reconocimiento del texto. A Roberto Cirilo Perdía; de los dos que sobrevivieron, él fue el único que supo entender de qué se trataba. Al Negrito Barragán, que recuerda. A Jorge Ornar Lewinger y su dolor. A Mario Guillermo Montoto, quien me reveló el alma de Tucho en Cuba. A Rolando Pérez Betancourt, por haber usurpado -en préstamos- su dialecto habanero. A Cecilia González Ferro: en estas páginas, Rio de Janeiro es el suyo. A mi esposa Andrea y mis cuatro hijos, por la tolerancia.

Capítulo 1

Ese punto donde se funden el ansia y la amargura Mar del Plata-Provincia de Buenos Aires-1978

“Recién entonces pudo ver lo que había que ver, mientras sacaba con infinita precaución la pastilla de su nido.” Tucho ojeó, inquieto, por sobre su hombro. La frase había llegado hasta él con nitidez, dicha por una voz con cuerpo, casi ronca, como si hubiese estado cantando una melodía cuya letra recordara sólo a medias. Pero no vio a nadie que estuviera hablándole. Las palabras quedaron suspendidas dentro de su cráneo como vapor de mercurio disipándose a baja presión: “Recién entonces...”. Algo que habría leído y que, como siempre, su memoria perfecta rehusaba sepultar. Miró el reloj.

—Todavía falta casi una hora, María -dijo. Le vino a la cabeza la dirección del departamento que habían alquilado por una quincena cuando llegaron a Mar del Plata. Piedrabuena dos mil, piso segundo “C” por escalera. Un edificio pequeño en Punta Mogotes. Nuevo, anodino. Un buen lugar para dos clandestinos con un niño.

Apenas llegados, liberó el hábito de armar en un santiamén algo transitorio que se pareciera a un hogar; había acomodado unos libros sobre la repisa del living comedor. “Reportaje al pie del patíbulo” de Julius Fucik, “La verdad sobre el caso Savolta” de Eduardo Mendoza, “Su hora más gloriosa” de Churchill -un viejo ejemplar de la editorial Peuser-, Alguno más, junto al que se podía viajar sin llamar la atención. También había guardado los dólares, detrás del zócalo que finalizaba en la puerta de salida al balcón, frente al corazón de manzana.

-Sí, una hora -dijo María-. ¿Sabés qué...? ¿Y si esta vez nos quedamos en Argentina? -ella, el Quinqui y Tucho caminaban entre la gente en la “Tienda los Gallegos”-. ¿Acaso no sos miembro del Consejo Nacional del Partido, Jefe de la Columna Rosario? ¿No sos Oficial Montonero; no tenés el grado de Mayor? ¿No es doctrina del Partido tratar de que las condiciones materiales que rodean a sus cuadros sean las más favorables para que sus decisiones y su ideología resulten influidas positivamente por el contexto?

Tucho miró el vientre que María mecía. Pensó en que ella misma parecía una cuna,

que del dosel de sus hombros colgaba el vestido ligero con el que protegía esa vida.

-Y bueno, mi corazón -la voz sonaba resuelta y práctica-, entonces vos tenés la posibilidad de plantear a tu enlace una reunión de área con las Secretarías Nacionales del Partido y desarrollar que esto de entrar y salir del país nos hace mal. Es mejor que nos quedemos en Argentina. Para el interés colectivo, me refiero. Buscando otra modalidad de cobertura, tal vez revisando el desarrollo del trabajo político territorial -sintió miedo de que el lardo morir de distancia la hiciera dejar de comprender que se estaba muriendo-, Mirá, estoy segura de que el Negrito Barragán, mi amigo santafesino, ¿te acordás?, atorrante y postergado, al que nunca le faltó el coraje para estar donde había que estar, debe de andar rodando por las villas, invulnerable por parecerse a los que son como él. En cambio nosotros... cuando el concepto político es erróneo, por más convicción que exista, es muy difícil que no se transforme en voluntarismo. Entonces, ¿cómo evitar el desastre?

Se detuvieron frente a una juguetería. La tomó de la mano y ella aferró la del Quinqui, al que hasta ese momento había mantenido a la par revolviéndole el pelo. Tucho se fijó en un Joe Súper Temerario que estaba en el escaparate. El muñeco tenía barba, polera negra, gorro comando de lana del mismo color, unas improcedentes botas de sublevado mexicano y estaba rodeado de accesorios: equipo de comunicaciones, granadas, mochila, ametralladoras. Advirtió que el niño miraba atentamente la figura erguida.

-¿No querés que le compremos el Súper Temerario? -susurró, para que la criatura no escuchara.

-No. Tucho, no. Es demasiado grande, andamos de aquí para allá, dentro de un rato, a las dos, tenemos que cubrir las citas... No me contestaste...

-Estaba pensando, María. Es un viejo dilema. ¿Cuál es nuestro deber? ¿Crear las condiciones para que la lucha revolucionaria se precipite o esperar a que estén dadas...? Nosotros queremos ir a la insurrección, no a la construcción de una sociedad con mayores niveles de justicia social, ¿no? —vio algo que apenas sobresalía encima de lo más oscuro de su alma, y recordó que en la taiga rusa los árboles morían acostados, como los hombres-. Los trabajadores que están dentro del peronismo son la potencia de la revolución y nuestra actividad es la que debería hacerlos revolucionarios. En eso estamos. No nos corresponde ni a vos ni a mí desarrollar otra doctrina de la acción, porque podemos confundir el campo de la revolución y pasar al contrarrevolucionario. Nuestra obligación es ser orgánicos, y hay que seguir adelante así.

-¡Pero yo no estoy proponiendo una decisión individualista! No te estoy pidiendo eso, hablé de canales formales —protestó María con urgencia, al tiempo que retomaban la marcha-. Lo que planteo es que nuestra experiencia nos enseñó cuál es la fuerza social capaz de protagonizar un proceso revolucionario. Esa energía está en los descamisados, en los cabecitas. La política está ahí, Tucho, y lejos se pierden todos los puntos de referencia y sólo queda la militarización de nuestra práctica. ¡Si hoy, dos de enero del setenta y ocho, hay un reflujo del movimiento de masas, lo correcto, pienso, sería que nos replegáramos sobre ellas! No me parece bien que sólo algunos nos resguardemos en el exterior, etiquetándolo como “repliegue táctico” o con otras expresiones pomposas y faroleras. A mí me gustaría que propusieras ese debate, que dijeras que la decisión aislada de afrontar la lucha armada no es en sí misma una política de masas.

-...no es en sí misma una política de masas... -repitió Tucho, como si hubiese perdido momentáneamente la fuerza para los sentimientos.

— ¡Es que noto tan lejos de nosotros a tantos argentinos! María percibió en el piso algo que no se movía pero que tenía vida, que roía—. Mirálos, Tucho, mirálos a nuestro alrededor. Pasean, compran, se ríen, toman sol, esperan el Mundial de Fútbol. Todas las cosas importantes en nuestra vida ocurrieron en Argentina. Nosotros tendríamos que estar entre los que estuvimos siempre, con aquellos con los que tomamos la decisión de estar...

Tucho se la quedó mirando. Sintió en la boca del estómago que alguien estaba viéndolo mirarla de ese modo. Sintió pudor. Sintió que en ella estaban las carencias, las enfermedades y la pobreza de los más necesitados. Sintió una confianza tan grande en ese ser que lo estaba mirando como nunca antes había experimentado. Confió en que ese lugar público, esa multitud, los haría pasar inadvertidos.

-Allí están —Jorge miró a Sebastián, que movió la cabeza como si hubiese recibido una orden. De la voz correosa manaba saña. Un hombre como de treinta y cinco años, una mujer algo más joven, embarazada, bonita, y un chico de dos, caminaban despaciosamente entre la gente ociosa.

El mayor Sebastián rastreó con una mirada en la que fulguraba un odio impávido, hasta ubicar el grupo de tres individuos que conversaban a poca distancia. La campera le daba calor. Fue hacia ellos con paso renuente, mientras el teniente coronel Jorge no le sacaba la vista de encima a la familia, sin dejar de frotar maníacamente la punta de su bota contra la parte posterior de la otra pierna del bluyín.

-Allí están -repitió Sebastián al llegar. Los tres miraron en la dirección que

señalaban sus ojos. Cuatro hombres algo abrigados para esa altura del año, aunque el día no era demasiado caluroso. Además, adentro de la tienda había aire acondicionado.

La confirmación del hallazgo disparó la adrenalina. Las ventanas de la nariz se dilataron, el resuello se exasperó, los ojos resplandecieron. Preparativos para una batida de caza.

-Ustedes tres se van y buscan los autos —el mayor Sebastián miraba a su alrededor, impaciente-. Les dicen a los de afuera que ya los tenemos, y que no le pierdan pisada a él cuando se separe de ella. Avísenle al grupo a cargo de levantarla. Luro y Catamarca dentro de cincuenta minutos, catorce horas es la cita que les tiraron Velasco y Gabino. El teniente coronel Jorge y yo nos quedamos. Cuando él salga para encontrarse con Velasco lo chupamos. Traigan la recortada. ¡Que no haya ningún problema con los autos, ¿eh?! Ah, y que esté listo el Tordo en el Mercedes 1114. Capaz que se toman la pastilla y hay que sacarlos -consignas cortantes para espesar el coraje.

El camión Mercedes Benz 1114 esperaba estacionado sobre la entrada de Parque Carnet, con el aspecto de ser un vehículo utilitario militar, su lona verde arremangada y lista para cubrir la parte posterior en caso de que hubiera que torturar allí mismo. El Tordo Magnum, teniente primero médico, era paciente y eficaz. Contaba con un sifón titular y otro de repuesto para hacer volver a la vida a la presa que decidió abandonarla para no detallar lo que sabe.

-No va a haber ningún problema ni con los autos ni con el camión ni con nada, mayor -dijo uno de los tres, tocándose con la mano derecha a la altura de los riñones. Los anteojos le daban un aire de pez que mirara insípidamente desde un globo de cristal-. Y si hay alguno, siempre está ésta -sonrió nerviosamente. Sebastián alzó las cejas, que se le trepaban a la frente como ciempiés. Otro hombre hizo el ademán de sacar el *walkie talkie* del bolsillo de su campera, como si estuviera por levantar una botella de whisky de una mesa ratona.

-Aquí no -dijo Sebastián-. ¿Hace falta...?

Caminó los pasos que lo separaban de Jorge, que no se había movido porque el hombre, el niño y la mujer embarazada seguían parados. Los adultos conversaban con tranquilidad. El la había tomado de la mano, y el niño a ella.

—Velasco nos avisó que tuviéramos cuidado, porque es un combatiente experimentado -dijo el teniente coronel Jorge, como si carraspeará—. Mirálos vos, ¿quién diría?, una familia tipo de vacaciones en Mar del Plata, haciendo compras para el día de

los Reyes Magos.

-Como todo chupado, Velasco agranda el paquete para subirse el precio -observó Sebastián-, Si fuese un combatiente curtido no estaría regalado, mirando embobado a su mujer, frente a una vidriera, como si se tratara de un empleado administrativo del Instituto Nacional de Estadísticas y no de un militante de la Banda de Delincuentes Subversivos Montoneros. ¿O no?

— ¿Quién hizo sucia esta guerra, Sebastián, decíme vos? -Jorge se balanceó sobre sus botas como si estuviese tomando envión-. La subversión, ellos hicieron esta “guerra sucia”. Un matrimonio con su hijito mimetizados dentro de la población. Cuando los chupemos no va a faltar el que chille, el argentino sensible que nunca nos va a entender... -la inminencia de la acción lo volvía locuaz-. La mente de estos guerrilleros está tan podrida que corren a poner bombas acompañados por los hijos que van pariendo... Fijáte Urondo, que fue a atacar una comisaría en Mendoza con su mujer y su hijita como escudo y después la abandonaron a su suerte. Un intelectual, de esos que creen que sus mujeres estarán haciendo los hijos que los reemplazarán... —expuso con áspera indiferencia—. Hay que tener una preparación mental y psicológica muy grande para no olvidar que nuestra misión es hacer inteligencia, ubicándolos y luego sacándoles toda la información. De esta última parte -se sosegó el Barba se encarga con verdadera vocación y profesionalismo. El Barba es completo... Está en el grupo que va a chupar a María y también es un virtuoso con la picana. Una herramienta de combate tiene que causar orgullo -Jorge deseaba ser preciso, punzante-, no convertirse en un dilema moral...

-Se mueven, van a cambiar de posición -advirtió el mayor Sebastián.

-Vamos, mantengamos la distancia. Todavía falta un buen rato.

-No tienen ni idea, están en bolas, regalados...

-Llegaron hace unos días de Rio, ciudad balnearia que ablanda la determinación, están en otro centro turístico -observó Jorge-, El confía ciegamente en Velasco. Ella, no sé si tanto... es mujer. Una cosa es pelear en la selva tucumana, otra es sumergirse en las masas proletarias protectoras como un pez en el agua, frase que les encanta repetir, y otra que el agua sea la de una playa en la costa atlántica.

Los dos hombres se detuvieron porque también lo había hecho la familia. Jorge miró el reloj, un Tressa automático flamante, con la esfera negra.

-La paciencia es amarga -dijo, mientras sentía un escalofrío intempestivo-, pero sus frutos son dulces -volvió a frotarse la bota derecha contra la tela del bluyín,

encaramándose sobre la otra pierna.

Tucho miró el reloj con dificultad, porque llevaba al Quinqui alzado sobre su brazo izquierdo. “Velasco, pedazo de pelotudo”, pensó, “la cita es a las dos de la tarde, no cuando a vos se te ocurra”.

El sol de enero, ocasionalmente enturbiado por nubes impulsivas, calentaba desde las paredes; un ramo de rayos, y luego el cielo volvía a magullarse. Fue aflojando la marcha al llegar a la esquina. Miró, instintivamente, por encima del hombro y creyó ver de reojo un par de siluetas separadas de él por unas decenas de metros. “Dos pibes, dos turistas. No pasa nada”. Precauciones sí, paranoia no, porque llama la atención. Dejó a sus espaldas Rivadavia y dobló a la izquierda por Catamarca.

-Usted se está portando como un hombre, ¿eh? -le dijo al niño, que lo miraba con sus ojos plácidos. Siempre había sido Velasco el que le había reprochado su impuntualidad, porque “contradecía la experiencia operativa y ponía en riesgo las condiciones, lugar y tiempo elegidos, exponiendo innecesariamente a los compañeros al enemigo”. A Velasco le encantaba la jerga de las discusiones en la Secretaría Militar. Ahora el impuntual era él.

Tucho solía completar en son de burla las frases de su amigo: “...en el curso de la segunda faz de la cuarta Campaña”. Un par de semanas atrás, en Rio de Janeiro, le había retrucado: “Lo importante, Velasco, no es llegar precozmente sino llegar a tiempo, saber llegar, ¿me entendés? A las citas, y también en el amor”. Quince días antes, el dieciocho de diciembre, Velasco y Tucho se habían reunido en Copacabana. “Ojo con el calor y las playas, Tucho, que te vuelven despreocupado. Se pierden los reflejos”, le dijo, con la risa germinando en los ojos. Lo echaba de menos, se reencontrarían.

Habrían pasado diez minutos desde que se había despedido de María a la salida del negocio, él rumbo a su cita con Velasco y ella rumbo a la suya con Gabino. El matutino local decía que para Massera la subversión había sido decapitada como expresión armada organizada, porque estaba quebrada su estructura corpórea. “Criminal presuntuoso”, pensó. Martínez de Hoz, “el oligarca vendepatria, agente por excelencia del partido militar al servicio del imperialismo”, había pasado las fiestas de fin de año en Malal Hue, su estancia, descansando después de jornadas de intenso trabajo. “Le debe de haber costado muchísimo tormento mental decidirse... a aumentar la nafta”, comentó María, mientras leía.

Para Tucho, reingresar al país siempre tenía el sabor jugoso y dulce de las sandías de su infancia en San Juan. Desde el momento mismo en que comenzaba la planificación

del operativo le parecía sentir las semillas resbaladizas del fruto pasando entre sus dientes. Esa sensación, que se balanceaba en su interior, jamás había desaparecido, desde la primera vez que regresó, por muchas que fueran las ocasiones en que lo hubiera hecho, o el infortunio o los peligros.

Aunque comprendía y compartía las razones políticas y militares del repliegue táctico hacia el exterior combinado con la estrategia de defensa activa en el país ante el avance de la dictadura, no convivía en paz con ellas. Tampoco con lo pretencioso del lenguaje: “Resistencia sindical y popular hermanada con la resistencia armada...”. ¿Cómo puede construirse una síntesis superadora entre la organización de vanguardia y el movimiento popular, frente a la imposibilidad de capitalizar políticamente las acciones en el terreno de los militantes, por ser materialmente inviable recoger la experiencia que resulta de la práctica? Preguntas que nunca lograba responderse de un modo satisfactorio.

Era cierto que el enemigo, por decantación, con el paso del tiempo tenía que perder la posibilidad de generar un centro de gravedad apto para constituirse en el punto alrededor del cual acumular fuerzas, pero no lo era que en todos los terrenos sobre los que intentaba avanzar había chocado con una exasperada rebelión, ni que no había podido consolidar todas las posiciones alcanzadas, ni que el tiempo y el poder consumidos fueran ahora fatales para él, como proclamaban las homilias de la Conducción. Allí están los políticos dialoguistas, los sindicalistas acuerdistas, la Iglesia comprensiva, el pueblo apaleado, la militancia diezmada, la gente distraída, por indolencia o por terror. Extenuada, la sociedad había optado por aplicarse a sí misma la médula lógica de la política de desapariciones, secuestrándose en el terreno de la muerte denodada para legalizarse en el de la vida anodina. Sí, aunque doliera aceptarlo, millones de compatriotas, en el mejor de los casos... ambivalentes.

Una noche el Formoseño, un compañero a quien le confió su ansiedad, le había dicho: “Los lugares y las circunstancias cambian, pero el proyecto sigue siendo el mismo”. Bajo la sombra carioca, densa como el caos, María había tomado la posta: “Estar en el mismo lugar pero en espacios diferentes, al final es estar en otro lado, que no es el nuestro. Sin convivir con una causa popular no se puede trabajar demasiado tiempo para ella. Una revolución no se hace sólo con la capacidad de organización y de síntesis, con la determinación de los militantes. Se hace junto al pueblo; no sólo por él”.

María... Ella y el Quinqui tenían los mismos ojos -que él amaba-, el arco superciliar alzado sosteniendo las cejas, la luz verdosa y castaña tiritando como desde lo hondo de un pozo. Seguro que María ya se había encontrado con Gabino en Avenida Luro y Catamarca; él, en cambio...

En cuanto los vio, desplegados sobre la vereda, supo que estaba frente a la calamidad. El ahogo hizo que su cerebro recibiera la información por fragmentos, como escisiones afligidas de vida. Uno, dos, cinco hombres enfrentándolo. Pistolas 9 milímetros, 11.25, una escopeta recortada Bataán. Ropa de civil, vaqueros, camperas, algún antejo oscuro, rostros descubiertos.

La fluorescencia ardiente de la tarde rebotó sobre la ventana de expulsión de un arma y le hizo daño en la vista.

Tres se adelantaron a los restantes. Uno calzaba botas, a pesar del calor. La puerta de la “Tienda Los Gallegos” que daba sobre Catamarca había quedado detrás de ellos. Se le vinieron encima con las armas en alto, gritando. Oyó insultos, órdenes confusas, un alboroto, gente desplazándose, algún disparo al aire. ¿Había sido un tiro?

Pensó en su arma, pensó en la pastilla de cianuro que llevaba en el interior del cinturón, pensó en gritar su apellido. Había consumido en un instante la capacidad de sentir miedo. Ahora le parecía estar flotando unos centímetros por encima de sí, sostenido por el tropel. El silbato entrecortado de una locomotora se abrió camino en el aire agrio. Luego, todo quedó sumido en un curioso silencio, que se retorció sobre la esfera del tiempo inanimado. La patota ya estaba sobre él. “¡Área libre! ¡Área libre!”, escuchó que decía alguno de los del fondo, pero no supo quién.

-¡¡¡Perdiste, tenemos a tu mujer, no te hagas matar, pelotudo!!! -dijo el de las botas. La voz era escuálida, como sus labios, pero fatal; un ramalazo de viento hizo que le llegara mellada. En cámara lenta, Tucho apoyó con esmero al Quinqui sobre la vereda. Uno que tenía anteojos negros lo alzó y volvió sobre sus pasos, acompañado del que llevaba la escopeta. El niño los miró con alarma y luego lo miró a él. Los restantes lo cercaron y le quitaron la pistola.

Intentó golpear al bulto pero sólo logró hacer pedazos el aire. “¡¡¡Terminála porque te quemamos!!!”. Sintió una sacudida a la altura de los riñones, creyó que perdía el equilibrio, un impacto directo en la nuca, se revolvió tratando de conservarse en su sitio, le doblaron el brazo derecho sobre la espalda. En medio de un impulso de movimiento, un impulso de ojos que parecían lanzar espuma, comenzaron a arrastrarlo mientras lo registraban.

Bajo un chaparrón de saliva, sílabas, trompadas y ceguera cruzaron Belgrano hacia el sur. Unas calandrias alocadas, como tachaduras, perforaron la atmósfera a baja altura. Alcanzó a ver -o creyó que estaba viendo un fragmento del rostro del Quinqui en el mismo momento en que un Peugeot 504 amarillo frenó, raspando el cordón de la

vereda.

— ¡¡¡Cerrá los ojos, hijo de puta, cerrá los ojos!!! ¡Cabeza inclinada, obedecé, carajo! -escuchó que le gritaron, mientras lo arrojaban sobre el piso del asiento trasero. En el instante previo divisó un hombre mayor de traje oscuro, parado en la esquina de enfrente, al que se le cayó el diario que llevaba bajo la axila. “Parcialmente nublado. Leve ascenso de la temperatura. Vientos suaves y variables. Perspectiva para mañana: bueno”. Era capaz de recordar fotográficamente cosas que leía; luego se le aparecían de repente sin que fuese evidente la relación con las circunstancias. Perspectiva para mañana... Tan muerto como sólo están los muertos, cuando ven crecer las margaritas desde abajo.

El de las botas subió adelante y los dos restantes atrás, flanqueándolo. Uno le apretó la cabeza contra el piso del automóvil; el otro le ató las muñecas a la espalda con un alambre de rollo.

-Tenemos a tu mujer y a tu hijo en nuestro poder -escuchó que decía la voz roída, desde el asiento del acompañante-. Espero que no te hagás el boludo y que colabores con nosotros.

El Peugeot arrancó sin demasiado ímpetu y Tucho supo, antes de perder la orientación, que iban hacia el norte. Advirtió, rotando su cintura contra la alfombra de goma, que en el forcejeo se le había caído la pastilla de cianuro. O tal vez se la hubieran quitado. “No es el día en que voy a morir, al menos no envenenado. Un cadáver postergado”.

A continuación, durante un fogonazo de sentido, comprendió. Velasco había cantado la cita con él. Gabino, la de María. Los habían entregado, atados de pies y manos. “Hijos de remil putas. Cuadros partidarios en poder del enemigo. Quebrados. Una cita envenenada. Traidores”, pensó. Después pensó en el Quinqui. En María. Habían perdido.

-El verano está tomando posiciones -notó. Con el tranco resignado y el traje de empleado municipal, el hombre camina en dirección a la zona del Casino Central. El viento, como una rutina chocante, le revuelve el pelo entrecano.

Llega a la esquina con Catamarca y antes de cruzar mira hacia su derecha. Lo que ve lo embota. Ve a tres hombres que empujan a otro. Ve frenar un auto amarillo contra el cordón de la vereda. Ve que el muchacho lo mira, antes de ser introducido en la parte trasera del vehículo con golpes y empujones.

Siente el deseo de correr hacia el lugar, pero en cambio se frota la solapa. El diario

que lleva bajo el brazo cae sin ruido. Siente un dolor inespecífico; sabe que ese dolor es del otro, del que están secuestrando. Ahora mismo, frente a sus ojos.

Mira a izquierda y derecha. No hay demasiada gente. Será la hora. La que hay ha dejado de mirar hacia lo que está sucediendo.

-Aquí todos saben todo, incluso antes de que suceda -piensa-, como yo sabía en el cincuenta y cinco, como sé hoy. -Hoy tiene sesenta y cinco años, en mil novecientos cincuenta y cinco tenía cuarenta y dos, pero es igual que entonces. La insomne tragedia argentina estaba otra vez allí, como antes, puntual, tenaz como siempre, feroz como cada vez. Un país aquejado por un raudal de historia. Da un paso adelante, para intervenir, pero cae en la cuenta de que hacerse visible es apenas la forma más extrema de su arrojo. En el cincuenta y cinco fue parecido, ahora es peor. Sacude la cabeza para desprenderse de su inamovilidad; la maciza parálisis no le permite otra cosa. La luz lastima como una pedrada.

-Es la costumbre de tener miedo o de sentir coraje lo que nos hace cobardes a unos y valientes a otros -recuerda. La revolución del cincuenta y cinco se ausenta de él a las apuradas. En su interior todo es ruido y arrebató; afuera, la misma desierta eternidad. Intenta respirar hondo; una dignidad patética y sin contorno.

—Serán hijos de puta... —murmura, en mitad del aire pajizo y estancado. Sabe que lo que está viendo está más vivo que su mirada. Todo es lento y paulatino, punzante, hirientemente.

-Hay maneras y maneras de callar -siente-. Ésta... es de las peores —el olor del mar llega como un molusco hostil, asustado de la propia adversidad. Le da vergüenza volverse de espaldas.

Entre sus ojos y el exterior se interpone una pared espesa de vidrio, por donde cae una sábana roja. Se quita los anteojos y se frota las órbitas. Se los vuelve a poner con urgencia, enérgicamente. Pero ya no hay nada más que ver.

Un tiempo transcurriendo dentro de las vísceras de otro tiempo. Con la cabeza apretada contra el piso del Peugeot por el pie derecho de uno de los acompañantes, Tucho traga el aire en forma de segundos. "Por fin. Lo que puse tanto empeño en evitar que pasara, está pasando. Hubo otra vez, pero dos veces de lo mismo nunca son iguales. El penal de Rawson. Los mates cocidos de las mañanas. Las charlas con los compañeros sobre el Negro Quieto, que ya se había escapado. El Negro, que iba y venía. De Chubut a Villa Devoto, para una intervención quirúrgica. La cárcel de Resistencia, que agravó sus

problemas intestinales. La vuelta a Rawson. 'Los combatientes del campo popular no deben subestimar tácticamente al enemigo', repetía el Negro. La fuga. Trelew. La Base Almirante Zar. El veintidós de agosto de mil novecientos setenta y dos a las tres y media de la mañana, la masacre. 'Libres o muertos, jamás esclavos! ¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria! Vigilar la habilidad del enemigo''.

El auto pega un sacudón. Tucho acomoda la cabeza de modo que el zapato que la presiona hacia abajo le moleste menos. Escucha cómo la voz picada del que va junto al conductor lo verduguea.

-Pensá bien en todas las cosas que sabés, casas, guita, gente, en todas, pero en todas, ¿eh?, porque vas a tener que contárnoslas. Y que nos las vas a contar, nos las vas a contar... Te lo puedo jurar-el teniente coronel Jorge sabía que había que hacer llover sobre mojado, para ablandar de inmediato la disposición a la lucha de los chupados.

"Casas, guita, gente... El Negro Quieto también perdió en verano, en diciembre del setenta y cinco. Llevaba a su sobrino en brazos, como yo llevaba al Quinqui, cuando se le vino encima la cana. Las pintadas de los primeros días: 'Que aparezca Quieto, secuestrado por las Fuerzas Armadas gorilas'. La movilización en el centro de Buenos Aires a principios de enero. La solicitada que firmaron Sartre y Simone de Beauvoir. Después, la orden abrupta de silencio''.

-Te lo puedo jurar -escucha el eco de la voz estriada de Jorge. "Recién entonces pudo ver lo que había que ver..."; la frase que había creído oír cuando todavía faltaba una hora para cubrir las citas, crepita en algún callejón perdido en lo recóndito de las cosas.

"Hoy un juramento, mañana una traición... El reguero de sospechas. 'Quieto traidor', pintado en los paredones de Mataderos y de Floresta. El juzgamiento. La deshonra de que un tribunal montonero te condene a degradación y muerte. La decisión de que los miembros de la Orga lleváramos una pastilla de cianuro hasta el nivel de soldados. Concepción y uso de esa arma defensiva. La medida de ingerirla debe basarse en el amor por nuestro Partido, tragarla para no sufrir la tortura del enemigo es una desviación suicida. Pero caer con vida lleva aparejado un retraso objetivo en el desarrollo de la guerra. Resolver la lucha mediante la fortaleza ideológica, el convencimiento político y la combatividad militante. Fue Paco Urondo quien le comunicó a la esposa de Quieto la sentencia del juicio revolucionario. El Negro cayó en Martínez, en la playa 'La Grande'. Nosotros a unas cuadras de 'Playa Grande'. Él también estaba con su familia. También estaba en un sitio público. La insuficiente predisposición a aceptar los sacrificios personales de la guerra revolucionaria. La conducta liberal e individualista que evidencia no haber asumido a fondo todas las implicancias de la clandestinidad.

Frases leídas, discutidas, repetidas, dejadas de lado. Al Negro le gustaba Camus. 'Tal vez lo que hacemos no traiga siempre la felicidad, pero si no hacemos nada, no habrá felicidad.' Su perífrasis: no puedo asegurar que estaremos mejor con un cambio, pero sí que si no hay cambio no habrá mejora".

El 504 frena bruscamente. Se abren las cuatro puertas y él baja por el lado derecho. El de la voz gastada lo impulsa a salir. Trata de orientarse. A una decena de metros ve un camión Mercedes Benz. Un poco más lejos está María con el Quinqui, sentada sobre el pasto, rodeada por varios hombres.

Ve más autos. Árboles, la ruta a la izquierda. Alguien lo agarra del brazo y lo conduce a la boca de la desolación. Sumido en la nada, todavía alcanza a respirar un ligero soplo de alivio, la tristeza y el desamparo, que ondulan enredados en la atmósfera del verano.

Capítulo 2

La tiranía de la perspectiva Funes-Sur de la provincia de Santa Fe

El Pelado Jaime salió de la sala precedido por Sebastián. Tenía la cara enrojecida pero parecía resuelto; adentro, había permanecido Galtieri. Sus ojos retrocedieron de la escena del rostro; desde allí lo miró. Tucho tuvo ganas de preguntarle cómo habían andado las cosas, pero en ese momento Jorge -con una voz que surgía de algún lugar posterior de la tráquea rechinó que entrara. Eso hizo, y se quedó a solas con el general, que lo recibió con una sonrisa esquinada. Un espasmo de incertidumbre y ansiedad le sacudió el cuerpo. Dolía pensar.

— ¿Cómo está, Mayor? -lo saludó, nombrándolo por el grado militar que Tucho tenía en Montoneros. A la izquierda, una puerta de madera vidriada y dos grandes ventanales daban al verde del jardín; la claridad rubia estaba apenas menguada por la galería exterior con alero y por las cortinas de tela rústica. Lucía impecable, enfundado dentro de una camisa blanca y una bombacha bataraza color beige, casi igual a sí mismo respecto de cuando se habían conocido en el penal de Rawson, cinco años atrás, en las jornadas previas a la liberación.

Por entonces, Galtieri revistaba en el Quinto Cuerpo de Ejército con sede en Bahía Blanca y era general. Había sido el interlocutor castrense que negoció con los presos la salida. El tono bonachón había añadido espesor y autoridad.

—Espero que los muchachos los hayan tratado adecuadamente, a usted, a su esposa y al pibe, teniendo en cuenta las circunstancias -la voz aguardentosa era la de siempre. Tucho, mordido por la inquietud, notó que en una mesita contigua descansaba un vaso de whisky, dentro del que se derretían algunos cubos de hielo. A la derecha del general había un sillón y enfrente, bajo un espejo, otro. Detrás, un piano vertical con la tapa levantada. No lo invitó a sentarse.

-¿Se resolvió el problema del compañero? -preguntó Tucho para ganar tiempo,

girando la cabeza hacia la puerta interior por donde había salido el Pelado, mientras se concentraba en excavar dentro de los enunciados de Galtieri. Su voz deambuló por distintos canales de prueba, hasta que la obligación de hablar y las palabras encontraron la misma frecuencia. Con una sensación de desaliento, más una intuición nerviosa que un ánimo comenzó a caminar por el desfiladero de tristeza que provoca un mundo conocido cuando va quedando atrás.

-Su compañero, "diputado y peronista" ... -paladeó Galtieri-. No era el mejor modo de conseguir la simpatía del general Jáuregui. Tampoco, cuando le preguntó qué pensaba del Ejército y le salió con Savio, con Mosconi y con Perón, ¡tan luego a él! En su tiempo, Perón lo metió preso. Pero, en fin, el general de brigada Jáuregui es un soldado y por lo tanto sabe cumplió órdenes.

-Nuestro funcionamiento operativo y militar está inspirado en los principios de conducción y de subordinación estratégica... -Tucho pensó en los antebrazos de herrero del Pelado Jaime, que no eran los de un herrador sino los de un virtuoso capaz de forjar un colibrí. Bruscamente, sintió que su cerebro era el extremo inferior de un tornado, ceñido por una nube de desechos y de polvo.

-Ya lo sé, ya lo sé, Mayor. Ustedes y nosotros nos estamos pareciendo bastante más que en eso, alcanza con fijarse en la estructura de los documentos internos. Es verdad que el general de brigada lo amenazó de muerte, es verdad, pero yo le he dicho a su compañero, y también se lo dije a Jáuregui y ahora se lo estoy diciendo a usted, que es hora de terminar con esta matanza entre nosotros, entre ustedes y nosotros -estaba parado con las piernas abiertas; Tucho se lo imaginó de uniforme.

-Tengo entendido... -hizo una pausa, abrió la boca como para decir una cosa, pero lo pensó mejor y dijo otra que cuando Jáuregui lo interrogó, el compañero estaba con los ojos vendados y esposado por la espalda. -El Pelado Jaime, la primera persona amiga que había visto al bajar del camión Mercedes Benz, la tarde anterior, le había relatado el incidente después de escuchar cómo los habían chupado en Mar del Plata.

-Vea, Mayor -el espinazo áspero de la voz del general tenía ondulaciones-. El grupo de operaciones especiales que funciona aquí, bajo mi mando, tiene su propia lectura de la realidad y nosotros creemos que hay que parar esta guerra. Existe la convicción de que hacen falta siete años más de gobierno, pero tanto yo como muchos otros oficiales estamos en contra de la política económica de Martínez de Hoz y no queremos ser su instrumento. Aunque le recuerdo que todavía estamos en combate, que nosotros peleamos para que el país tenga el perfil que queremos por los próximos veinte años y que necesitamos de la colaboración de todos para poder terminarlo. El

Campeonato Mundial de Fútbol se viene encima, y si no damos un golpe decisivo esto se va a prolongar cinco o seis años más. No queremos pasar por un mil novecientos setenta y ocho igual a lo que fue mil novecientos setenta y siete -dentro del chalet sonaba una cumbia. Tucho ladeó el oído izquierdo en la dirección de donde venía la música. -¿Le gusta “La Charanga del Caribe”?

-preguntó Galtieri-. A mí me encanta. La voz de Coco Barcala, Pellegrino, ¡gran pianista!, Fredy en bajo... Un alemán, radicado aquí...

Tucho recapituló tan rápido como podía su cerebro cercado por restos y ceniza. Avanzaba un paso en un terreno que parecía sólido y a continuación cedía bajo su pie y comenzaba una especie de caída libre, durante la que giraba despaciosamente sobre sí y cuando se agarraba a algo, eso también caía.

Una casa quinta en Funes a la que la patota llamaba “La Ponderosa”. Quebrados que estaban colaborando con el enemigo, Velasco, Gabino, el Negro, Migueles, de quien creía que había perdido en Córdoba, algunos de ellos zambulléndose en la pileta mientras un grupo de gendarmes de civil, cuatro o cinco, cuidaban el lugar formando un perímetro de seguridad. Jorge, Sebastián, Daniel, el Barba, miembros de la patota que los habían secuestrado con María y el Quinqui en Mar del Plata, trataban a los chupados con camaradería, escuchaban cumbia.

—Sí, me gusta “La Charanga”, ¿cómo no? -dijo Tucho por decir. Se enderezó, en un gesto instintivo de mostrarse íntegro.

Personas cuyos nombres habían sido difundidos por los diarios indicando que habían caído en acción estaban vivas y activas. Había leído con sus propios ojos la publicación de un parte del Segundo Cuerpo de Ejército, en mayo del año anterior, que daba cuenta de que el Negro había sido muerto en un enfrentamiento. Pero está acá, enciende sus Ducal con el Zippo de toda la vida, le dan un .38 largo cuando salen a operar, baja línea a destajo. “Estos son militares nacionalistas de verdad, que detestan al capital financiero tanto como nosotros”, dice, “... cometimos el error de haber pretendido reemplazar al Ejército por una milicia popular, y de ahí la bronca”, explica. El Negro se había pasado al otro lado, era uno de ellos. Velasco simulaba que seguía operando en Montoneros, cuando en realidad lo hacía para los milicos. En lugar de eliminarlo, lo habían quebrado y usado como cebo. Galtieri lo sacó de la apreciación imperativa del plano de conjunto.

-Mire, Mayor. Ustedes son los mejores guerrilleros del mundo, son los únicos que están a nuestra altura, y es por eso que la lucha ha sido tan tremenda hasta hoy, tan

despiadada -dijo, con un equilibrio que trasuntaba sinceridad, o el deseo sincero de cautivar-. Pero nosotros tenemos el mejor dispositivo de inteligencia, nos han combatido con fiereza pero los hemos obligado a replegarse, hemos destruido gran parte de sus fuerzas. Está en usted entender esta situación, ser objetivo y no subestimar el contexto histórico -había aprendido a ser cruel de manera calculada, que es la manera más cruel de todas-. Ustedes ponen el cuerpo mientras sus jefes los tripulan desde cómodas casonas en el exterior, sin saber exactamente lo que está pasando en el terreno. A usted mismo no creo que le haga gracia estar entrando y saliendo del país como si fuera empleado de una empresa *import-export*. “Que hay que transformar la Organización Político Militar en Partido Revolucionario” -parodió-, “que el Emeleéne, el Movimiento de Liberación Nacional, y sus ramas sindical, barrial, juvenil, femenina, campesina y profesional, sus Agrupaciones como núcleos básicos”, boludeando con el Partido Montonero como instancia de conducción, que el Ejército Montonero, que las milicias populares, pajarías pretenciosas... El año pasado Mendizábal dijo que prometían aglutinar una propuesta de poder para el pueblo en el Movimiento Montonero, “continuidad y superación histórica del Movimiento Peronista”. ¿A usted le parece?, ¿no será mucho? -Galtieri moderó lo que era un verdadero fragor de grandilocuencia. Se agachó para tomar el vaso de whisky y vació lo que quedaba; los hielos crujieron con un sonido plateado-. Ellos están sentados sobre los mangos, la vida la exponen ustedes. ¿A qué se arriesgan los integrantes de su Conducción Nacional? ¿A qué cruzando la Plaza Roja de Moscú el frío les provoque un síncope?

“El general nos lee a nosotros más que al coronel Trinquier”, se dijo Tucho, por cuyas manos había pasado un ejemplar ajado de “La guerra moderna y la lucha contra las guerrillas”.

-Somos un sector de las Fuerzas Armadas que comparte los objetivos de liberación nacional y social que ustedes levantan -caviló-, pero con el ataque de Formosa lo que consiguieron fue empujarnos a que los nacionalistas nos fusionáramos con los liberales y los enfrentáramos en bloque. Eso se tiene que acabar, porque no conduce a ningún lugar. Piénselo así, ¿cuántas vidas se hubieran salvado si el complot de Rommel contra Hitler del veinte de julio de mil novecientos cuarenta y cuatro hubiese tenido éxito? -conducía la situación como lo hubiera hecho un príncipe del siglo dieciocho: al triunfador le tocaba todo lo que pudiera interesarle del botín. Tucho pensó en que el poder se revela tanto en lo que muestra como en lo que disimula y trató de dilucidar qué perseguía el general con la alusión a Hitler y a la Segunda Guerra. Tendría que tratar de injertar su perspectiva utilitaria de aquellos episodios dentro de los circunloquios del militar.

— ¿Usted cree, general, que Rommel estuvo implicado en la “Operación Valquiria”? -le pareció estar repitiendo fragmentos de una conversación ya mantenida.

En las jornadas de mayo del setenta y tres había hablado con Galtieri de la Segunda Guerra Mundial, que era una de las obsesiones del militar; entonces se había jactado de ser “quien más sabía de todas las Fuerzas Armadas argentinas” de aquel conflicto. Pensó que Galtieri prefería no ser la muerte misma, aunque aceptara ser su delegado.

-Es verdad... todavía se discute si estuvo en el fragote o no -el general se puso la mano izquierda debajo de la axila y se llevó la derecha a la barbilla con forma de tubérculo.

“Demasiado acicalado”, se le ocurrió a Tucho, mirándolo. La luz se abría paso empujando los escrúpulos, espoleando la vida hacia adelante, traspasando las puertas, hacia donde quedaba la muerte. Pensó en que ese destello blanco que le ocupaba la cabeza lo había escrito Urondo. El movimiento se estiró en el vacío y luego se detuvo.

-De todas maneras, Mayor, está fuera de duda que el doce de junio, seis días después del desembarco aliado en Normandía, Rommel se entrevistó con el Generalfeldmarschall Von Rundstedt -dio un ligero énfasis al grado-, a quien le manifestó su convicción de que la guerra en el Frente Occidental no se ganaría militarmente y que el veintiséis de junio se vio con Hitler, por última vez. No podía ignorar, si estaba convencido de que Alemania debía firmar la paz con los aliados occidentales, que no iban a aceptar ninguna rendición mientras Hitler continuase en el poder. Además, Von Stauffenberg, que puso la bomba en la sala de mapas de la Guarida del Lobo, había sido su ayudante en el Cuartel General del Afrika Korps.

—Es cierto, general, todo eso es cierto. Pero según su esposa y otros testimonios, antes del día “D”, el general formó parte de una reunión de altos mandos del Frente Occidental y cuando se habló de matar a Hitler él se opuso y evaluó una acción más flexible, una dimisión, tal vez... —Tucho tuvo la corazonada de que debía irse por las ramas y, como tantas otras veces, su memoria absoluta le era de gran utilidad. Pero Galtieri atesoraba su propio objetivo, y decidió cortar camino.

-En primer lugar, Rommel era mariscal y no general -dijo con una sonrisa triunfante-. De todas maneras, y desde el punto de vista profesional, a partir del seis de junio la guerra estaba perdida para Alemania. La muerte de quien la sostuvo de manera insensata, en ese caso Hitler, hubiese ahorrado una enorme cantidad de vidas humanas. Ese es el punto, Mayor, y de eso es de lo que quiero hablar con usted.

¿Hablar de historia de la Segunda Guerra? Tucho, instintivamente, intentó volver al asunto del involucramiento de Rommel en la conspiración. Si se llegaba a materializar

lo que había comenzado a entrever iba a necesitar una tarima sobre la cual afirmarse.

-El diecisiete de julio el coche de Rommel fue ametrallado por dos cazas -dijo vigorosamente-, episodio del cual salió con fractura de cráneo y el ojo izquierdo casi colgando fuera de la órbita. Cuando Von Stauffenberg desencadenó la "Operación Valquiria", él se debatía entre la vida y la muerte...

-Mayor, Mayor, haga el favor de escucharme -lo interrumpió. A Galtieri había dejado de interesarle la esgrima con aquel joven memorioso, que se levantaba temblorosamente el mechón de pelo negro que caía sobre su frente—. Es imprescindible que nosotros podamos golpear en el centro de gravedad de la organización a la que usted pertenece. Como sabe, en septiembre del año pasado se celebró una reunión en el Distrito Federal de México, donde acordaron el sabotaje al Mundial "Argentina 78". Que suceda tal cosa no es bueno para nosotros pero tampoco es bueno para usted, para su familia, su mujer y su hijo, para sus compañeros y sus familias, para mucha otra gente. Tenemos que impedirlo, y para eso necesitamos su colaboración.

Tucho sintió que había dejado de oír lo que estaba tramando.

-Usted es uno de los seis Oficiales Mayores de Montoneros. En su carácter de miembro del Consejo Nacional del Partido y de jefe de una columna, le es posible desarrollar una infiltración en México que nos conduzca, en primer término, al Comandante Firmenich. No importa dónde esté, en cualquier lugar del mundo. Tenemos las condiciones para operar donde sea necesario —deletreó la última palabra como si sus cuerdas vocales fuesen el cabezal de impresión de un teletipo-. De este modo, sus convicciones nacionales y populares podrán converger con las nuestras. Mire, no estamos inclinados a exterminarlos, pero sí resueltos a vencerlos.

-Y... si se puede saber, ¿quiénes lo acompañan en esta... proposición, general, quiénes son los que están con usted? -preguntó Tucho. Buscaba fisuras en el dispositivo de exterminio dentro del que estaba aprisionado para aminorar su eficacia y tratar de atravesar el cerco.

-Al comienzo, todos los líderes decisivos somos solitarios -en cuestión de segundos, su expresión había virado a la que tendría en bronce si él mismo hubiese labrado el molde; Tucho volvió a los antebrazos del Pelado-. Nos toca ser los primeros en advertir un camino que todavía no es obvio para la totalidad de mis compañeros de armas, y que para algunos jamás lo será. Pero ya he adquirido ese hábito de la soledad, cuyos efectos negativos combato con... con algunos... atenuantes. Hasta que, por fin, la mayoría ve lo que yo había visto con anticipación -lo escrutó en silencio. Una pavesa de

sol, que luego de reflejarse sobre una superficie pulida impactó en sus órbitas, lo obligó a parpadear.

-Volviendo a quiénes están o estarán con usted en el proyecto nacionalista, ¿cuándo calcula usted que se dará esa... feliz confluencia?

—Creo en Dios, Mayor —pareció que iba a repetir la frase, pero no lo hizo-. Yo miro al futuro diciéndole que venga, que lo que traiga siempre será grano para nuestro molino, el de la Argentina. Todo, absolutamente todo -dejó de mirar hacia lo alto y comprobó que Tucho lo oía con atención.

-Estamos hablando de una operación compleja, general, usted lo sabe mejor que yo, de algo que no tiene nada de sencillo -a Tucho le resultaba difícil ensamblar la solidez de una construcción con la destreza de la manipulación. Pensó en María, en sus ojos anhelantes, iguales a los del Quinqui, el fulgor castaño resplandeciendo desde el fondo de un aljibe de agua de lluvia Los habían mantenido separados a ambos de él y del resto de los quebrados-. ¿Una operación en Roma, general? ¿En París: ¿En Praga? Con México no hay coordinación, como la tienen con Brasil o con Uruguay, con Paraguay, con Bolivia. Con Chile están las fricciones y contradicciones derivadas del conflicto del Beagle... -se frenó súbitamente. El corazón le latía de un modo locuaz, como si hubiese quedado palpitando al ritmo de las palabras dichas. Estaba hablando más de lo que era indispensable Se reprochó lo civilizado del diálogo. ¿Conversar llanamente no configuraría un grado de colaboración?

-Sobre las complejidades de la operación, ya llegará el momento de discutir. Aún no tiene por qué saber esas cosas. Nosotros no podemos actuar en ningún país de la órbita soviética es verdad. Tampoco, naturalmente, en La Habana, pero no por lo que usted cree, en ninguno de los dos casos. ¿O pensó que se trata sólo del comercio del trigo? —el general parecía regodearse-. En cuanto al resto del mundo, es ancho y nosotros sabemos cómo se hace lo que haya que hacer.

-General, Canadá y México, no mucho tiempo atrás, se negaron a suscribir compromiso alguno que implicara coordinar con el resto del hemisferio políticas contrarias a los movimientos de liberación nacional.

-Ya va a ir cambiando el léxico, Mayor, las palabras y la perspectiva -sonrió Galtieri, al tiempo que suspiraba—. En primer lugar, ustedes no se asilan en Canadá, así que olvídense de Canadá En segundo lugar, es precisamente la actitud de México lo que hace que estemos manteniendo esta conversación, en la que le pido que coopere. Y en tercer lugar, en México nosotros tenemos más juego del que se imagina.

—Usted dice que son nacionalistas. En cuyo caso también serán antiimperialistas, ¿no es cierto? Entonces, general, explíqueme por qué están haciendo el trabajo sucio de la CIA —Tucho se dio cuenta de que la jactancia de Galtieri lo había irritado y que por eso había dicho lo que acababa de decir. Ya era tarde.

-¡¡¡Qué trabajo sucio ni qué carajo!!! ¡¿Qué mierda tenemos nosotros que ver con la CIA y con el imperialismo?! ¡¿Qué boludeces está diciendo?! -las fatigas del orden cerrado y la naturaleza de sus antecesores peninsulares resonaron por detrás de las exclamaciones-. Lo que le estoy proponiendo es, precisamente, lo que la CIA jamás pudo lograr con Castro: que nos ayude a matarlo a Firmenich. ¡La extraordinaria “Operación Generosa”, la infalible “Operación Patty” de los yanquis! -tronó con sarcasmo, poniendo en evidencia que conocía algo más que detalles sobre la Segunda Guerra Mundial-, Ninguno de los demás se parece a Firmenich, como nadie se parecía a Castro, por eso es que tenemos que eliminarlo. ¡Y usted me sale con la CIA, el imperialismo yanqui y sus pelotudeces de siempre!

—Lo digo con intención constructiva.—Tucho no quería volver a dejarse llevar por las palabras que hormigueaban por su cabeza; era una empresa dolorosa.

-Hace algunos años, y usted me conoce desde el setenta y tres, que el azar, o como desee denominarlo, me mantiene bastante cerca de los acontecimientos, o formando parte de ellos. Créame que aprendí mucho de lo que se tiene que hacer, como está a la vista -no hablaba para doblegar a Tucho, sino para involucrarlo-. También aprendí mucho de lo que ya no tenemos que hacer.

Galtieri sacudió la cabeza platinada cerrando los ojos. Cuando los abrió, lo miró como si viese a un subalterno, pero fue sólo un pasaje de su cara. Dijo que tenía que ir al baño, cruzó la habitación, abrió la puerta corrediza y llamó a Jorge a los gritos. “¡Teniente coronel! Jorge! ¡Teniente coronel!”. La música irrumpió en el recinto. El hombre estaba conversando con otras personas fuera del ángulo de visión de Tucho y al instante estuvo allí.

—Vuelvo enseguida -carraspeó el general.

Jorge le pidió algo al Tucu, entró y se arrellanó bajo el espejo, sobre una butaca con tachuelas que destacaban el contorno y lo miró con una semisonrisa que reptaba por debajo de sus labios grises.

-Guerra sucia... -dijo-, ¿a vos te parece que ésta es *uní* guerra sucia? Estás a salvo, hablando con un general de división nadie te tocó un pelo desde que llegaste, ni a vos ni

a tu familia tus compañeros juegan al fútbol, al voleibol y se bañan en la pileta, vas a comer un asado, ¿de qué guerra sucia hablan apenas pisan Europa? -su voz parecía ser el detonador de una aprensión líquida, incorporada en el sistema nervioso de toda criatura que poseyera sentido del oído-. Lo peor que te podría pasar es que viniera Jáuregui, que dijo que a lo mejor se dejaba caer por acá Pero creo que anda con un quilombo familiar. -Miró para ver si la alusión había hecho daño, hasta que en el fondo de las córneas se agotó la última fuente de luz. Tucho se puso en guardia como si hubiese escuchado el siseo de una yarará y se quedó tenso, sin abrir la boca.

-El primer ejército para la lucha contra una agresión revolucionaria es un buen aparato de inteligencia y de operaciones como te consta —a Jorge no le caía mal la variación sobre un tema excluyente-. Ustedes le conceden una gran importancia a la actividad de solidaridad por la repercusión internacional lograda y por el saldo positivo que piensan que arrojó hasta el presente... -la médula de su tenacidad derivaba de la convicción de estar en lo cierto, y de poder convencer a los que por ahora sólo obedecían. La conciencia de Tucho, como un animal vibrante, resbaló hacia otros pasadizos sin ausentarse del todo de donde estaba.

“Ya pasaron casi cinco años de la liberación del penal de Rawson y seis desde que me detuvieron y torturaron en Salta Con Alcira, mi primera esposa, nunca quise tener hijos. En cambio, cuando María me lo pidió yo acepté inmediatamente, sin saber cómo ni por qué. Alcira nació en Buenos Aires por casualidad pero fue jujeña desde el día siguiente. ¿Qué será de tu suerte? De niñas, junto a tu hermana Estela, un día operaban de alguna enfermedad absurda a la muñeca rubia de loza y al siguiente vendían lechuga y tomates imaginarios. Nos separamos en el setenta y cuatro, hace ya cuatro años, en otra vida... En mil novecientos cuarenta y cuatro, Von Stauffenberg, manco y con un solo ojo por heridas de guerra, puso la bomba en el cuartel general de Hitler.”

Tucho erigía la tarima sobre la que debería ir con tiento y decidía en qué lugar se colocaría junto a sus actos, como las piezas del ajedrez. En su cerebro comenzaba a tomar forma una decisión grave y de enorme riesgo, pero no iba a encontrar otro medio para salvar lo que tenía que ser salvado. A veces la memoria era como un ataúd donde yacía enterrado vivo.

En ese momento sonó un golpe en la puerta corrediza, y tras la pertinente autorización entró un hombre de aspecto pasmoso, que parecía carecer de espina dorsal a juzgar por las reverencias con las que depositó un cuaderno y una lapicera en las manos de Jorge, quien tras decir “Gracias, Tucu” siguió con el fárrago. Antes de salir, lo miró a Tucho; tenía la cara alargada y anhelante de un dromedario.

-...actividad de solidaridad que tiene por objeto, hablemos claro, Tucho, generar presiones internacionales que posibiliten la recuperación, por parte de las bandas de delincuentes subversivos, de sus elementos de nota que son detenidos a raíz de sus actividades extremistas en sus países de origen o en cualquier otro del área... -mientras hablaba, con la cabeza ladeada a la izquierda, la barbilla despiadada un par de centímetros hacia arriba, la mirada fija en un punto incierto del horizonte, garrapateaba signos irreconocibles en hileras.

En la habitación desde donde había venido Jorge, se escuchó un arrastrarse de sillas, un tumulto de voces. Tucho pensó en Jáuregui, y a continuación en la vida entera que se suelta en perfecta lucidez durante la agonía final, bulliciosa y atrevida, balanceándose sobre el paladar de la extinción.

“A Hitler debieron haberlo suprimido sus propios ministros en mil novecientos treinta y siete. La muerte... pensé que me moría cuando la policía salteña me echó gas con un aerosol en la nariz y la boca. Estaba asfixiándome cuando resolví irrumpir despectivamente en mi defunción. ¡Lo que es estar ideológicamente entero! No mandé al frente a nadie... Fueron las debilidades de los funcionarios alemanes las que permitieron que Hitler descabezara a la diplomacia y a los viejos generales con títulos nobiliarios.” Trataba frenéticamente de establecer las relaciones y las analogías entre aquellos destinos y el suyo.

—...y así generan verdaderas campañas propagandísticas en contra de la tortura, las cárceles, las ejecuciones y las actividades de bandas de derecha, con las cuales presentan una imagen distorsionada y falsa, quiero insistir con esto, Tucho, falsa, con la cual pretenden conmocionar y movilizar la opinión pública internacional a favor de ustedes...

Las voces y el ruido contiguos fueron sofocándose, hasta desvanecerse.

“¡Andrés, tu Viejo, Alcira! ¡Empedernido defensor de Laburantes! En la casa del barrio de Ciudad de Nieva, hablábamos horas y horas de la Segunda Guerra, siempre oliendo a Old Spice... Se sumaba Estela y vos irrumpías de repente, esa risa que te achinaba los ojos, con algún poema recién escrito, un pan del molde de tu alma y me pasabas los dedos por el cabello peinado a la gomina, aquel pelo negro apretado como una franja de asfalto. ‘Salí una madrugada enfrentando las calles de la ciudad gastada. Se descolgó el paisaje en angustia de árboles.’ Jaime me dijo que estás chupada en la Escuela de Mecánica de la Armada. La muerte... un montículo de arena de construcción, la luz de los faros de los camiones militares, la opresión de la crueldad. Un pelotón de fusilamiento, diez hombres. Cuando pusieron a Von Stauffenberg frente a sus verdugos,

gritó: '¡Viva la santa Alemania!'. Dicen que la muerte llega antes que el sonido, que ni siquiera se alcanza a escuchar la detonación de los disparos." ¿Podría ser él a quien le tocara desempeñar el papel de Von Stauffenberg? ¿Quién sería Hitler? ¿Firmenich? ¿Videla?.. accionar que es permanente, complementario, paralelo y simultáneo con la actividad armada insurreccional que realizan en el área interna y está destinado a hacer conocer y resaltar los logros y disimular los reveses. Así y todo, Tucho, nosotros les extendemos la mano mientras que ustedes, ante capturas importantes, hacen que la opinión internacional se movilice y presione, a través de distintas organizaciones extranjeras, al Poder Ejecutivo Nacional en busca de la obtención de la libertad del detenido...

-Teniente coronel... —emprendió.

-Podés decirme Jorge.

—Jo... Jorge, usted utiliza la expresión "extender la mano" en un contexto en el que estamos desaparecidos, después de haber sido chupados por zurda, al mismo tiempo que siguen matando a nuestros compañeros a lo largo y a lo ancho del territorio nacional y en el exterior.

—Ustedes también nos matan cuando pueden y donde pueden -respondió Jorge-, y además no todos los que combatimos del lado del gobierno somos lo mismo. Si hacés un esfuerzo para entenderlo y si colaboras con nosotros, va a haber más manos dispuestas a extenderse.

A Tucho le costaba enormemente cuadrar aquellos labios crueles e inapelables, la voz cariada, las botas de insurrecto mexicano, con lo que estaba escuchando. Dos días atrás le había gritado: "¡Perdiste, tenemos a tu mujer, no te hagas matar, pelotudo!". La misma persona que estaba mirándolo repantigado en un sillón, una mañana soleada de enero, bajo un vendaval de ventanales abiertos. De un modo insondable, pero infalible, supo que volvería a escuchar esa voz antes de la muerte y a segundos de morir.

"De chica, Alcira, te gustaba pelear con los varones... después creciste... En el otoño de mil novecientos treinta y siete se echaron las cartas, como se están echando hoy, o se hayan echado cuando nos casamos Alcira y yo, o el quince de enero en que comenzó el terremoto que asoló mi San Juan, mi patria, mi tierra, el año anterior al de mi nacimiento, o el veintidós de enero de mil novecientos cuarenta y cuatro, cuando Perón y Evita se conocieron en el Luna Park, durante el festival organizado para condecorar a las actrices que más fondos habían recaudado en la colecta de solidaridad con la víctimas sanjuaninas. Checoslovaquia, Austria, Lebensraum, espacio vital alemán. Era la guerra

inevitable contra Gran Bretaña y Francia. ¿Por dónde pasa el hilván que me permita sacar ventaja de alguna semejanza?”

-... me sorprende que pueda haberseles ocurrido que íbamos a ceder a las presiones en procura de la libertad de ciertos detenidos, Tucho, una subestimación propia de la pérdida del rumbo estratégico de sus jefes. ¿Cómo pensaron que íbamos a sentar semejante precedente...? -dijo Jorge, empezando a esbozar su sonrisa engreída, tocando con la punta de la lengua el extremo de la lapicera.

-Hay cosas que es necesario hacer aunque se sepa que están de más -dijo Tucho, con voz indolente. Recordaba cada cosa que había aprendido, pero en ese instante no creía en ninguna.

—Por más esfuerzo expansionista que pongan, Tucho, cuando ustedes salen nosotros ya lo estamos esperando -agregó Jorge, con algo que podía ser una contorsión columpiándose en las comisuras-. Sabemos del viaje de Hugo a Angola, el acuerdo para montar una base de entrenamiento, los preparativos para el envío de medios económicos y de material a la subversión latinoamericana.

-¿Y nosotros qué tenemos que ver con Angola? -Tucho se sobresaltó.

En ese momento Galtieri volvió a entrar en la habitación, alisándose la camisa a la altura del abdomen. Hizo salir a Jorge, puso sus dos manos sobre los hombros de Tucho y le dijo:

-¿Y, Mayor? Ya estamos en Dunkerque. ¿Avanzamos o no avanzamos?

Tucho notó que el general había confundido la operación de evacuación de las tropas aliadas en terreno francés de mayo del cuarenta, después de que Francia fuera tomada por el ejército alemán, con los desembarcos ofensivos en las costas de Normandía del cuarenta y cuatro, el seis de junio, el “día D”. Dunkerque era la ciudad portuaria del norte de Francia desde donde cientos de miles de soldados británicos, franceses y belgas fueron embarcados por la Marina inglesa rumbo al Reino Unido. La analogía, en todo caso, hubiera debido usar la batalla de Normandía.

Lo miró y vio que dos parpadeos más tarde el general sonreía sin sacarle las manos de sobre los hombros. ¿Se habría equivocado, serían los efectos del whisky, esperarí una corrección, o habría utilizado a la antigua provincia como una referencia genérica?

Optó por consentir la denominación y seguirle la corriente. Puso las manos hacia

arriba, como diciendo: “¿Tengo alguna otra alternativa?”, mientras su cerebro trataba de resbalar hasta fundirse con la grieta gris de entre los acantilados.

Capítulo 3

Viejos días de los cuentos Funes-Sur de la provincia de Santa Fe

-María, ¿vos estás segura de hacer lo que resolvimos? Mañana a la mañana el Barba se lo lleva al Quinqui a lo de tus viejos en Santa Fe -desde la casa principal llegaba sin énfasis el ribete de "Santander de Batunga", un viejo éxito de "La Charanga del Caribe": "...no quiero yo besarla, no quiero enamorarla, la quiero solamente pa' bailar la cumbia...".

-¿Por? ¿Vos creés que podríamos hacer otra cosa?

-Siempre se puede hacer otra cosa. Todos los planteos iniciales son defectuosos. Para perfeccionarlos, hay que probarlos en la práctica. Y esa práctica puede cambiar. Además, en momentos así las intuiciones pueden ser más apropiadas que la caracterización de la realidad. -Tucho y María estaban sentados frente a frente sobre una cama individual, en la postura de la flor de loto. Desde el piso, en una colchoneta, el Quinqui los miraba en silencio, con los ojos grandes y ceremoniosos de la primera tristeza. En algunas de las estancias de aquella casa adyacente al chalet principal, donde dormían los chupados, había voces que se iban atenuando.

— ¿Tus dudas tienen que ver con los aspectos materiales de lo que ellos van a hacer o con lo que acordamos que vos ibas a terminar haciendo en el marco de esa operación? -hablaba en puntas de pie.

—Con los aspectos operativos, por supuesto... también con qué es lo mejor...

—'Tucho, ¡como si un cuadro como vos y una militante como yo pudiéramos elegir! Vos vas a hacer lo que dijimos que harías y yo también. Punto. No hay alternativas. Lo haremos porque es lo que hay que hacer. "La era está pariendo un corazón..." —gorjeó sin ímpetu—. Sé que estamos ayudando a que nazca el porvenir y también sé que, desde que tengo uso de razón, la Argentina vive en fase de parto. -Esa línea argumentativa la llevaba a un sitio adonde no quería ir, lo que le produjo una aflicción que se tradujo en forma de dos trazos famélicos, perpendiculares a su boca. Pero pasó, como un suspiro, y se esfumó. —Nuestros destinos individuales como revolucionarios, Tucho, nuestra pareja, el Quinqui, el hijo que va a nacer, todo lo que hay

de amado en nuestras vidas... -sujeta a su garganta, una angustia recobrada hacía contorsiones, como serpientes dentro de un cesto.

—A ver, a ver, ayudáme a pensar... —la voz blanda de Tucho traducía ambivalencia—. En primer lugar, tengo que comportarme frente a éstos como si viajara para infiltrar la Conducción y entregar a Firmenich, lo que implica para empezar la escritura de un documento de estado de situación y evaluación con todas las de la ley. Es lo que cualquiera de ellos haría, si buscara el mejor modo de no despertar sospechas de movida en México -se impulsó hacia adelante, como si quisiera regular su cuerpo con la velocidad de su pensamiento; las hojas del árbol de magnolia que estaba frente a la ventana brillaban como si hubiesen almacenado una fracción de luz solar-. Eso supone identificarme con una situación objetiva de traición para que aquí duden lo menos posible. Velasco está en la bolsa, pero el Negro malicia... el Negro malicia de todo. El Pelado es el único en el que se puede creer.

-Con el Pelado habría que hablar...

-Objetivamente, María, no tenemos que hablar con nadie, la consigna es la soledad, el silencio. ¡Si a tus propios viejos les dijimos que mi nombre es Marcos, imagínate aquí y ahora...! Gabino dice que el noventa y cinco por ciento de la Organización a nivel nacional está destruido, toma mate, escucha radio y cree que hay que adormecer los ánimos para que los suelten. Y completa su análisis con una recomendación: tener cuidado con las inversiones bancarias, porque si pagan el once por ciento a treinta días, eso quiere decir un ciento ochenta por ciento anual, lo que hará imposible devolver la plata depositada. Está de remate. Cree que, si la vida es lo suficientemente larga, la culpa y la vergüenza se le van a pasar. Migueles piensa que después del Mundial los largan a todos o los blanquean, en el peor de los casos. En la patota hay tipos más formados políticamente que otros, convencidos de sus ideas y por lo tanto del poder de persuasión que hay en ellas, y algunos como Jorge, que además de estar sugestionados te dicen o hacen cosas que parecen propias de un chiflado...

-Es que aquí adentro, Tucho, la locura es la normalidad... Lo que podría ser la vida está falseado, y lo que no es falso no es vida.

—Cuando todavía no nos habían autorizado a estar juntos, Jorge me visitó en la pieza que está frente a la pileta y declamó que la guerra entre ellos y nosotros no es convencional sino de inteligencia, y que en inteligencia hay un precepto muy viejo que determina la “necesidad de saber”, que figura en el reglamento dieciséis punto uno de Inteligencia de Combate, y que por lo tanto “el que no tiene que saber no sabe. Nube de silencio, ¿entendés, Tucho?”, “nube de silencio que rodee todo”, repitió. Luego me miró

como si me hubiera revelado una contraseña estrictamente confidencial y secreta, y salió con esas botas grotescas que usa sin agregar una palabra. Se regodea auscultando furiosamente los ojos de sus subordinados, uno por uno, como si pasara revista, y les suelta largos monólogos sobre la preparación mental y psicológica necesaria para hacer inteligencia, para transformarnos en desaparecidos, para extraer toda la información, y para extirpar de nosotros “el espíritu malo”, que es “grande, ¡muy grande!”, vocífera, para purificarnos. Eso es la inteligencia militar. ¿Eso es inteligencia militar, María? No, es locura criminal. Eso es lo que es.

En ese cuarto apenas iluminado por la claridad exterior, el ahogo y la precariedad se alzaban como catedrales. Una pena que sobrepasaba las palabras, que iba más allá de cualquier mecanismo biológico, rozaba la muerte con sus tirabuzones de palabras, con sus redobles por cardos y espinas, con su luz incierta y descompuesta. Era una tristeza ubicua que emplazaba a los cuerpos en otro lado, en un espacio sin referencias. El niño lo percibía, infausto. Se alzó titubeando, y apoyó su cabeza sobre el regazo de María, con el rostro vuelto hacia Tucho.

—Lo vas a poder hacer, vamos a hacerlo, Tucho. No es una operación lo que tenemos, es una misión -María cubrió con su brazo izquierdo al Quinqui, que temblaba en el aire pesado-. Hay que hacerlo -a veces, el impulso de su espesor la dejaba sin palabras.

-Para no desconectarnos de nuestras bases, la determinación de un objetivo militar tenía que ser una opción política -Tucho parecía hurgar dentro de un fichero cubierto de polvo-. Era un concepto fácil de entender. Pero esta situación, María... por esto no pasamos nunca. Una circunstancia así no figura en nuestra doctrina ni figuró en ninguno de nuestros escenarios. Una relación de fuerzas extremadamente desfavorable para nosotros o favorable para el enemigo dentro de la que no podemos elegir la muerte. Ningún ser humano puede vivir indefinidamente más allá del límite de sus propias fuerzas. Estamos preparados para morir por una certeza, pero no por una torpeza. ¿Qué otra posibilidad hay que ensamblar una doctrina nueva para estas condiciones?

El Quinqui se había quedado dormido, de pie junto a su madre. El compañero de María había descubierto lo que era el miedo a morir cuando los había conocido a ambos. Ella se incorporó con movimientos de títere y lo extendió al pie de la cama.

-Escaparnos, no nos podemos escapar, no ahora. Yo con esta panza, no conocemos el entorno ni nos van a dar el tiempo de conocerlo. Y si nos escapáramos, si por un milagro de Dios lo lográramos, ¿qué no harían con el Quinqui, con mi familia, con la tuya! Además, ¿para qué serviríamos afuera, desenganchados, habiendo entregado el

departamento de Mar del Plata, la casa de Rosario, los dólares? Intentar escaparnos sería la actitud más voluntarista, la más irreflexiva...

Tucho permaneció en silencio. Ya habían evaluado antes esa posibilidad. Sintió un malestar en la boca del estómago; le resultaba insoportable el hecho de que los traidores con los que convivía desde hacía unos días pudieran pensar que él era uno más de ellos. Recordó las inenarrables inflamaciones de oído que sufría cuando era chico, por lo general a comienzos del verano. Su madre calentaba aceite "Marolio" en una sartén. Luego, con un gotero, dejaba caer el líquido pegajoso hacia el punto mismo del dolor y el rodar redondo y pesado de la preparación lo enloquecía de aprensión. Su padre y las mujeres de la casa tenían que sujetarlo para que su madre consumara la curación.

-La patota puede estar imaginando la operación más descabellada para que yo me infiltre. No sólo son asesinos despreciables e incompetentes, no sólo son chorros; además están absolutamente cebados. "Podemos operar donde sea necesario", dice Galtieri. ¡Ni la CIA lo puede hacer y ellos, que se salen de la vaina por entrar en guerra con Chile, que deberían ocuparse de hacer inteligencia en esa dirección, se sienten capaces de pensar una operación interior como la que tumbó a Arbenz en Guatemala!

Si vamos vía Brasil, ya sabemos que hasta allí no van a tener problemas porque hay comunidad informativa y operacional. ¿Y de Rio para arriba?

-Pero... ¿por qué te preocupás ahora por eso, Tucho, para qué vas a vivir dos veces lo que sucederá? En algún momento te lo van a tener que consultar, o te lo van a informar, y entonces les dirás lo que pensás. El problema, esta noche, es otro, mi alma...

—El Che decía que cuando lo cotidiano se convierte en algo maravilloso es porque se está viviendo una revolución. En el setenta y tres sentimos eso, y ahora vemos estas ruinas que nos rodean como el resplandor atávico de aquella época -la ventana estaba resguardada por unas rejas improvisadas. A través de los barrotes, Tucho rodeó a la begonia y miró hacia el cielo, pero el reflejo de las luces del parque lo interceptó.

-Para vos... para vos es más difícil que para mí, Tucho. O los odiás, o los despreciás, o ambas cosas; son nuestros enemigos, los milicos y los quebrados. Pero vas a tener que convivir con ellos, viajar con ellos, fingiendo que formás parte de lo mismo, violando expresas medidas partidarias. En cambio, yo me voy a quedar esperando el nacimiento de nuestro hijo y cuando vos hagas lo que vos sabés que vas a hacer, yo voy a decir que me engañaste, que sos un hijo de puta, que no te importó nada de tu familia, y después de eso, después... ¿qué va a ser de vos, mi amor, mi vida, qué vas a hacer, lejos de todo...? -la voz se le astilló en una cascada de espinas roncadas que fluyeron en un llanto

manso y tenaz.

Tucho se inclinó hacia ella —“aun en estas condiciones piensa en mí “y la abrazó, sintiendo que ya no podría cambiar de vida, fundido con la certeza de que aun cuando pudiera, nunca elegiría otra. Miró hacia el Quinqui, el hijo de María al que amaba como propio, un pequeño ovillo de sombra entregado a la seguridad de su sueño. Su memoria total, que caminaba encorvada, que no lloraba y que aparecía siempre de improviso, como una bruja asturiana -ésa era una expresión de su madre—, lo condujo hasta el año sesenta y ocho. Raimundo Ongaro, los trabajadores gráficos.

“...el Confederal de agosto del sesenta y ocho. ‘Sabemos que hay miles de argentinos dispuestos a jugárselo todo en una acción heroica. Pero necesitan, para lanzarse a la lucha, la conducta de todos nosotros. Cuesta ir ganando una fe que fue engañada. Pero ésta es una lucha en la que hay que seguir golpeando, permanentemente, y eso es lo que conducirá en definitiva a la acción final que nos permita alcanzar los objetivos fijados.’ ¿Hay que seguir golpeando? ¿Hay una acción final? ¿Hay miles de argentinos dispuestos a jugárselo todo?”.

La voz de María, como si saliera de un estanque que la hubiera dotado de una invulnerabilidad mineral, lo sacó de los mítines ancestrales, cuando todos los pasos eran previos.

-Mirá, Tucho, no sé si esta circunstancia figura o no en nuestra doctrina. Pero los trabajadores, el pueblo, sí estuvieron siempre. En el sesenta y nueve, mientras nosotros discutíamos en otro canal si era mejor formar primero el partido y luego iniciar la bronca o viceversa, el pueblo ganó la calle en Rosario, en Córdoba. .. La cosa andaba por las suyas. En medio de una revuelta, si la vanguardia y la clase obrera coinciden en el escenario de la lucha, aunque cada uno haya venido por un camino diferente, están dadas las condiciones.

-Rosario... —Tucho volvió a aquellos años—. Le gritábamos a la cana que estábamos luchando porque queríamos que también sus hijos pudieran ir a la universidad. Así era la vida, era eso. Ahora, la gente se queda observando el espectáculo a distancia prudencial. Síntomas de huida, de miedo, de deserción.

-Ahí está, ¿ves? Es hacia allí donde debemos mirar. Nuestras vidas no nos pertenecen porque se las debemos a muchos y todavía no pagamos esa cuenta. Tu historia, mi amor, nuestra historia, tiene que poder ser la... la de cualquiera, la de cada uno de los laburantes, tiene que poder ser la historia de todos y en cualquier momento. La historia de la náusea, la historia de un sistema que agoniza con nosotros adentro,

haciendo daño y haciéndonoslo -estaba tan tensa que su voz sonaba como si levitara-. Siempre supimos que teníamos que apurarnos y que no era para ganarle de mano a la historia, porque eso es imposible. También sabíamos que ésta no era una carrera de velocidad sino de resistencia, pero que la debíamos correr todos los días de nuestras vidas. La única manera de aportar al proceso revolucionario es hacer la revolución, y lo que vos vas a encabezar es para seguir cimentando la revolución.

-¿Sabés lo que le dijo Ongaro a Habegger en un reportaje? Que la suya era una época de hacedores y que también era una época de búsqueda, que a la revolución había que escrutarla y hacerla. Que él estaba en esa tarea, llamando barrio por barrio, junto a la juventud, los sindicatos, los artistas, preparando las condiciones para que apareciera la forma argentina de hacer la revolución. -El Cabezón Habegger... lo había visto en Rio. ¿Por dónde andaría ahora? Tucho sintió una congoja que de inmediato se reveló como lo que era: la conciencia de los errores cometidos ("¿era lógico aceptar dos citas, la de María y la mía, a la misma hora, sin posibilidad de cubrirnos mutuamente?"). La zarpa de la culpa.

—En octubre del sesenta y ocho, Ongaro había declarado: "¿Y qué le vamos a hacer? Podría habernos tocado una época más feliz y no nos toca. No nos dejan, nos quitan todo, todo está prohibido. Y entonces nosotros decimos: no acatar, no obedecer."

—No hay que acatar, Tucho, no hay que obedecer. No por fatalistas, sino porque ése es nuestro deber. Somos los hijos de los pobres de todos los tiempos. No nos está doliendo nuestro propio dolor, nos engendraron con los dolores de todos, como si fuéramos cada uno de los que ellos han asesinado y perseguido. Es eso lo que tenemos que tener en claro.

El cuarto se había convertido en un suspiro profundo que de inmediato modificó los colores contiguos, dentro de una atmósfera encapsulada y distante. Desde las esquinas de las paredes, lenguas de vapor caían como una saliva espumosa.

Tucho recordó que el Pelado Jaime se había dado cuenta de que Velasco también estaba en Funes, porque un día lo llevaron tabicado hasta el chalet, y por debajo de la venda vio sobre la mesa del teléfono un juego T.E.G. que Olimpia, su compañera, le había regalado en Brasil a su amigo, el que le había tirado una cita envenenada... T.E.G., "Participe De una Apasionante Acción bélica Donde Intervienen Lógica, Inteligencia, Y el azar", una caja negra con una reproducción de un mapamundi parecido al de Homann, de mil setecientos dieciséis.

El mismo Pelado le había contado que el treinta y uno de diciembre del año

pasado, al atardecer, le habían sacado la capucha y las esposas y llevado adonde estaban todos los quebrados, quince entre hombres y mujeres, algunos conocidos, otros no, y que entre los árboles, en el parque, la patota estaba preparando la celebración del Año Nuevo. A la fiesta de Navidad, según le habían dicho, asistió Galtieri con unas cuantas botellas de sidra. Casi diez años antes, todo un espectro de tierras huidizas antes, millares de amaneceres y anohecidos antes, el periódico *CGT* había lapidado: “El año mil novecientos sesenta y ocho termina con un país sepultado en el silencio y la derrota”. En octubre, Ongaro decía que el problema de la violencia o no violencia no era un problema filosófico, sino la respuesta angustiada que tenían las mayorías populares.

Tucho sintió que esas palabras que llegaban desde el pasado se hacían cargo de su caída actual, al tiempo que le daban una certeza quebradiza de que habría de llegar la hora de convertirla en triunfo. Fuerzas y desfallecimientos que aparecían y se esfumaban como espectros, demonios acostados astutamente en los intestinos de la melancolía.

—La liberación es una semilla de larga gestación, mi alma, pero sus frutos van a durar más tiempo que el que transcurrió hasta que pudiera madurar -María advirtió que se le habían dormido las piernas; hacía tiempo que no cambiaba de posición. Se movió sobre la cama y se estiró al lado de Tucho, que permaneció inmóvil.

—A la historia no la para nadie, es verdad, mi cielo. Lo que no sé es si ya pasó o si viene, si somos su mascarón de proa, si la estamos siguiendo de cerca, si somos su sombra calcinada en el pavimento -Tucho se sintió juvenil, en el peor sentido de la palabra. Cambió a su vez de posición y quedó cara contra cara con María. Le acarició el pelo rubio y se derramó sobre él una paz sabida y efímera.

La panza de embarazada tocaba su vientre. Jamás había deseado tanto a una mujer como a María, jamás desearía a otra como a ella. Sin embargo esa noche, en un mar sin orillas, se sintió desocupado de todo lo que no fuese aquello que los zamarreaba y asfixiaba, su alma envuelta por las mortajas de sus entrañas. Supo que a su compañera le pasaba lo mismo. Los dos necesitaban ser parte de algo o se evaporarían.

Se acunaron el uno en el otro durante un tiempo que ninguno quiso precisar. Tucho cerró los ojos y pensó en el costado de ella. La fusión del final de las costillas con la parte escarpada de la cadera, mezcla de agua de rosas y bronce, de mantilla negra y hueso de onza. Los abrió a continuación y vio que María lloraba. Densa, sombría, irreparablemente lloraba. En silencio, hundida en un barro azul metálico, lloraba. Lo miraba sin dejar de llorar. Como un ronquido, el jadeo de un asmático.

Tucho le acercó la mano derecha al hombro que sobresalía contra la ventana

enrejada y sintió un golpe eléctrico que lo sobresaltó. Un fluido de existencia excesiva, una sacudida de muerte exterior e irrevocable. Unos arabescos nacarados se movían sobre la piel del brazo. Desde dentro de la boca salía un resplandor cárdeno, como si una brasa menuda estuviese ardiendo con modestia. Un recordatorio. La luz espoleaba la vida hacia delante.

Se zambulló en la angustia como un nadador de fondo, aspirando dentro de ella lo que soportaran sus pulmones, igual que un gladiador austral que hubiese decidido penar hasta el final en lugar de vencer. Luego, trató de resistir los tumbos que el sentimiento daba dentro de su pecho: debajo del corazón, a las puertas del esófago, en el tabernáculo del estómago, en ese sitio ubicado en el extremo de la dicha o el dolor, denominado alma.

Cuando se ha llegado al reino de la ruina, hay que suprimir todas las imágenes pertenecientes a la vida anterior. Ésa es la condición más importante para poder dar la pelea de la mejor manera. Mantenerse sin esperanzas de vencer requiere odiar las razones por las cuales existe el enemigo. Poder odiar al enemigo, tener las energías suficientes... Una bendición...

Fue entonces cuando supo que lo haría. Iría a México y -cuando llegara iba a contar absolutamente todo lo que estaba sucediendo en ese degolladero.

Capítulo 4

El silencio que surgió Funes-Sur de la provincia de Santa Fe

-“Cachito, cachito, cachito mío, pedazo de cielo que Dios me dio, te miro y te miro y al fin bendigo, bendigo la suerte...—el Negro estaba frente a Tucho, encuadrado dentro del marco de la puerta, susurrando una vieja canción de Lía Méndez que Nat King Colé había popularizado hacía ya muchos años.

-¿Qué hacés, Negro? Vení, dame una mano —la habitación se había convertido en una oficina hecha y derecha. Contigua a la del piano en la que había tenido lugar la primera conversación con Galtieri, estaban separadas por una puerta con dos hojas corredizas cerradas. Archivadores de lomo ancho y angosto apilados sobre la gran mesa donde estaba la máquina de escribir, ficheros de metal, carpetas de cartulina y de plástico, diarios, cuadernos espiral sobre el piso adoquinado color tabaco.

Sin moverse del lugar, el Negro encendió despaciosamente un Ducal suave con el Zippo. Lo miró con ojos baldíos; en él, sus ojos lo eran todo, el izquierdo fijo y amenazador y el derecho engastado en la órbita como una pieza de ónix. “A buen aire no hay pan duro, ¿no? ¡Quién te ha visto y quién te ve, Tucho! Los intelectuales les piden ayuda a los cabecitas negras...” En la Organización era conocido por abusar de los refranes y por decirlos mal.

-Dale, Negro, no rompás las bolas, acercáte que necesito pedirte algunos datos para el informe a la Conducción -Tucho llevaba una chomba de mangas largas con la mitad superior azul oscuro y la inferior arena, unas bermudas caqui hasta las rodillas y unas zapatillas Sorpasso claras, con la suela de goma a rayas que sobresalía en la puntera. Estaba sentado en el suelo, con un organigrama ante sus ojos, que comparaba con unas hojas con nombres que le había alcanzado el Pelado, musitando advertencias-. Decime una cosa, entre los integrantes de la Secretaría de Prensa, ¿se sabe que perdió la Nelly?

El Negro lo miró con unos ojos ardientes que no chispeaban. Dentro de la Quinta,

Nelly era su pareja.

-A la Nelly dejála tranquila, Tucho. Dejála tranquila. Ponélo a Catura, a Noemí y a Goropo. También podes ponerlo a Tancalo, que está desenganchado.

-¿Y el Gancho, Negro, qué es de la vida del Gancho?

—Se murió. Una cosa extraordinaria, fije una muerte hermosa, ojalá a mí me toque morirme así. Se quedó dormido y se despertó muerto.

Tucho sintió unos gélidos tentáculos de desconcierto atenazando su interior. El hallazgo de “despertarse muerto” lo hizo sentir todavía más afligido. “¡Qué cagada, Negro, ¿no?! Era flor de compañero...”

-Sí, muy solidario, muy...

-Con tan pocos, Catura, Noemí, Goropo y Tancalo, lo único que me falta es llevarles redactado a México el pliego de capitulación -le pareció estar dando unos pocos pasos de niño en la niebla.

-Ellos también tiene sus fuentes de información, no los tomemos por boludos. Además, después de todo, Firmenich le dijo el año pasado a García Márquez que en sus cálculos de guerra había previsto un número de pérdidas humanas no inferior a las mil quinientas bajas, sólo en el primer año posterior al golpe de Estado. También le dijo, el cagón hijo de puta, que nadie se deshumaniza en una guerra humanista. Fácil, ¿no?, en el exterior, teniendo por principal intimidación la contrariedad de no poder ir al cine con la *famiglia unita*... Aclaró, para que no quedaran dudas, que en los siete años anteriores sólo había podido ver tres películas.

-La retirada estratégica de la Argentina... En términos de relación de fuerzas, las consecuencias de tres años y medio de retroceso popular, Negro...

-¡Pero qué retroceso popular ni qué carajo, Tucho! Entre gitanos no nos vamos a andar adivinando la muerte, ¿no? ¡Es la concepción de mando, eso es, enviar a un subordinado a una misión que ellos no están dispuestos a realizar personalmente! -Tucho no supo si el Negro sencillamente se había equivocado una vez más, o si se trató de un lapsus digno del análisis de Freud en persona. -Mirá, tener bolas es lo que estamos haciendo nosotros... Una pareja de compañeros que conocí hace unos años, Yuyo y Marita, intelectuales como vos, siempre repetían una frase: “Nada está perdido si se tiene el valor de reconocer que todo está perdido y si se tiene el valor de recomenzar”. Es de Cortázar, me acuerdo porque ellos siempre lo remarcaban, para que los negritos como yo

supiéramos que eran “leídos”, no fuera a ser cosa... Bueno, nos dimos cuenta de que todo estaba perdido y pusimos lo que hay que poner para empezar de nuevo.

-Está bien, los voy a incluir a Catura, a Noemí, a Goropo y a Tancalo -escribió los nombres en una planilla apoyada sobre una pequeña pila de libros. Al lado estaba la libretita de María, donde ella anotaba ideas o el nombre científico de algunas flores y plantas, con las tapas de plástico azul y el interior rojo. A falta de otra cosa, se la había dado para que pudieran sentirse juntos cuando estaba cada uno por su lado. La tomó y se la guardó en el bolsillo posterior de las bermudas.

-¿Vos no me estarás escondiendo algo, Tucho? ¿No?

-No, Negro, no, ¡no y no! ¿Te referís a la libreta!?, ¡es un anotador que María me dio para que yo lo tuviera!, no te estoy ocultando nada -la mirada vitrea del Negro era la de un chimango ventajero, volando en círculos sobre su presa.

— ¿Ya escribiste?

-Unas partes tengo escritas... El marco externo y el interno, ciertos aspectos del estado de situación organizativa, por eso te consulté, los objetivos de corto y de largo, los lineamientos estratégicos y la conducción táctica, tengo los anexos, pero estoy atrasado...

— A ver, dejáme leer un poco, veamos por dónde anda el Mayor. ... -Tucho se estiró y le alcanzó las hojas mecanografiadas.

— Mmm... “...la clase obrera es la única que puede superar el tope de desarrollo de las fuerzas productivas en el marco del capitalismo dependiente...”, “...hacerse y asentarse en la clase obrera industrial y el conjunto del pueblo...”, “...la vía de acceso al poder asume como propuesta de lucha para las masas la guerra popular integral, que contiene la resistencia masiva, la lucha armada, la movilización gremial y la eventual lucha electoral. -pasó por alto dos, tres hojas y retomó la lectura— .Ahá: “...la definición de las tareas posteriores a la toma del poder deben sintetizarse en un programa que exprese las grandes aspiraciones de las masas...”. ¿No le parece una exageración, Mayor, no cree que está dando lo que nadie le ha pedido?

-Mirá, Negro, si lo que queremos es liquidar a la Conducción, hay que decirles lo que quieren oír. Soy yo el que va a ir, no vos. ¿Qué carajo querés que ponga en el informe, que la Banda de Delincuentes Terroristas Montoneros, la BeDeTé, se encuentra en una situación de crisis interna causada por la decisión de sus jefes de obligar a los subversivos a seguir muriendo sin una clara definición política por parte de ésta!? Bueno, escribílo vos, dale, viajá vos y no me hinchés más los huevos, ¿estamos?

-Uuuhhh, Tucho, no te pongás así, estamos charlando entre compañeros, nomás... Fue un comentario, "siempre que paró llovió", como dice el dicho.

Tucho estuvo a punto de corregirlo, pero se mordió la lengua. "Es uno de ellos", pensó, "autoritario, obsecuente, inestable".

-¿Qué sabés de tus pibes, Negro? Ponéme al tanto... -era una manera como cualquier otra de disminuir la tirantez.

-¿De mis pibes...? Horacio solía viajar a verme a Rosario, de cuando en cuando; Daniel es más remolón, tiene su vida. Hace mucho que no los veo pero están bien -Tucho conocía la debilidad del Negro por Daniel, el mayor, que ya debía de andar por los quince, los dieciséis años. Hablaba de política con él, eran amigos, el pibe lo idolatraba. Pero esa charla doméstica no daba para mucho más.

-Bueno, tomátelas, Negro, que tengo que seguir laburando. Andá, rajá...

-Yo digo que si vos sos capaz de escribir lo que estás escribiendo es porque pensás en lo que después escribís. Entonces, ¿en qué momento pensás como pensamos nosotros, que es como tenés que pensar para hacer lo que decís que vas a hacer?

Tucho hizo el ademán de pararse y se dio cuenta de que tenía el cuerpo mucho más entusiasta que el alma.

-Mirá, Negro, oíme bien... Los milicos no pueden redactar el informe para la Conducción por miles de razones. Estructuran su documentación interna como lo hacemos nosotros, pero no tienen ni los conceptos ni la jerga de la Orga. No es por vagos que me dijeron que lo haga yo, con la colaboración de ustedes. Si querés, pensálo en términos de correlación de fuerzas... Ya hablamos de que esta guerra está concluida y que Montoneros la perdió. María se va a quedar aquí y con ella nuestro hijo en camino. Como lo llevaron al Quinqui a Santa Fe, lo pueden ir a buscar y traerlo de vuelta. Si no tenés confianza en mí, te sobran argumentos para tener confianza en la situación objetiva y en el lugar que ocupó en ella. Ahora, ustedes tenían que ayudarme a hacer mi trabajo, y vos no lo estás haciendo.

-Yo lo único que digo es que no vaya a ser cosa de que de tanto escribir para que te crean termines creyéndotelo vos también... -el Negro encendió otro Ducal, aspiró lentamente y lanzó el humo hacia arriba. Lo miró como si estuviera haciendo una cuenta complicada y, volviendo sobre sus pasos, salió cadenciosamente de la habitación cantando en voz baja: "...Cachito, cachito, cachito mío, pedazo de cielo que Dios me dio...".

Tucho se paró y caminó hacia la ventana más pequeña. En el exterior, sentado sobre un tocón de leño, vio al Tucu oteando con su rostro desértico y arenoso a los “casados” que caminaban por el parque. El Negro y la Nelly, Kalisay y Eloísa, Velasco y la Yoyi... Unos metros más lejos estaba el Barba, el torturador excelso, contándole algo evidentemente gracioso al teniente Daniel, que se reía sosteniéndose los anteojos y haciendo unas curiosas contorsiones hacia atrás. Bajo la sombra de los cedros, los álamos y los cipreses, víctimas y victimarios no se diferenciarían en nada para alguien que los observara sin conocerlos. En mitad del aroma anaranjado de la mañana, como si sus ojos se hubiesen abalanzado hacia delante, los examinó hasta llegar a las manos de Kalisay, que acariciaban morosamente las de Eloísa. Sintió... timidez, mientras se mordisqueaba el labio inferior. De pronto se alzó un silencio misterioso entre él y el resto, que hizo que se considerara un extraño respecto de ellos y de sí mismo. Volvió a la silla.

La dulzura atroz de esa visión apaciguada, un fotograma amarillento de película muda... “¿Quién quedará en el mundo para pensar en nosotros con esa dulzura? Se recuerda a los que se lo ganaron, a los que se lo merecen. Voy a vivir si alguno de mis semejantes sobrevive. Al que no se lo merece, el olvido lo hace morir en el corazón de los otros, en los oídos de los otros, en las palabras de los otros.” Se sintió un condenado que, de un modo apenas inteligible, se atreve a sospechar que la vida que se acaba, de alguna manera inexpresable, ha valido la pena. Como si el olvido lo hubiera fulminado, creyó fundirse con lo que lo rodeaba mientras desaparecía la rueda de la vida y escuchaba, llegadas desde ningún lado, murmuraciones en peregrinación. “Nos podemos contemplar en esas voces familiares, sesgadamente, como si nos viéramos en un espejo. Al principio las voces son indistinguibles. Paulatinamente, sin embargo, cada una va adquiriendo una personalidad, un carácter, eh... un carácter único, aunque todas comparten el sello común de la argentinidad. Son voces de hombres reales, la cinta avanza, y poco a poco las voces se hacen cada vez más familiares, hablándonos, amenazándonos. Son los hombres, son los hombres que ordenaron a un padre sodomizar a su hijo si no quería que los mataran a ambos, son los capataces que introdujeron la punta de la picana eléctrica en la vagina de una militante de veintidós años a la que llamaron puta. Algunas voces dudan, la mayoría acata, vacilante, su ingenuidad en ocasiones es inmensa, son las voces de nuestra infancia, voces criollas como infiltradas en una película demasiado grande para ellas, voces que transmiten un diálogo en el otro lado, en el otro lado de la realidad, allí donde el diálogo es imposible.”

Tenía que seguir con su trabajo, ya debía de ser cerca del mediodía. Mientras estaba escribiendo, entró el mayor Sebastián.

-Si la operación finalmente se concreta, voy a ser de la partida -Sebastián no hablaba mucho. Como un pantallazo, Tucho volvió a verlo en Mar del Plata, cuando la

patota se le vino encima, las cejas subiendo por su frente rumbo a la línea del pelo, la piel del rostro arrugada como un monedero de cuero vacío.

-Será un gusto...

-El gusto nos lo vamos a dar cuando liquidemos a la Conducción.

-Se triunfa, Mayor, convirtiendo cada paso en una meta y cada meta en un paso, ¿no le parece?

-Lo que dijo se parece demasiado a “Resistir es Vencer”. Sólo falta que le agregue “Compañeros del pueblo argentino: conquistemos la paz con la lucha”, y tiene la consigna completa de abril del año pasado.

“Éste es el más inteligente de todos”, pensó Tucho. “Con el que es más difícil sostener la parada.” Sebastián miraba a los ojos como desde un callejón oscuro y el mentón partido le alzaba el labio inferior, dándole a la boca la expresión de una sonrisa incrédula. En ese momento entró el teniente Daniel.

-Con permiso, Mayor, necesito hacerle una pregunta a... al señor —Daniel tenía siempre un modo atolondrado.

Sebastián alargó el cuello hacia Tucho, como un diplodocus en el largo transcurso de su digestión. Lo miró fijamente; apenas parpadeaba. El tiempo parecía ir deteniéndose.

-Cada paso una meta y cada meta un paso, ¿no? Interesante... —añadió—. Quédesse usted nomás, yo me voy -le dijo a Daniel-. Y salió con paso cansino. Daniel y Tucho no cambiaron palabra hasta que dejaron de verlo.

-Oíme, Tucho, ahí están haciendo los documentos truchos para el viaje. ¿Qué nombre querés usar? —le preguntaban el nombre... Montoneros fabricaba identidades falsas sobre fotocopias de documentos verdaderos que obtenía con diversos procedimientos; sólo en situaciones muy extremas se armaban identidades con apellidos y números falsos, porque reducían las condiciones de seguridad. Pero, al fin y al cabo, los que hacían control eran del bando de los mismos con los que iba a viajar.

—Están generosos, ¿eh? A nosotros, la Orga nos daba los documentos falsos sin preguntarnos nada...

-Aquí somos así. Dale, decíme.

-Y vos, ¿qué nombre te pusiste?

—Manuel Augusto Pablo Funes Patinlynch.

-¿¡Cómo!?

-Funes Patinlynch. Funes por la quinta, obvio, y Patinlynch porque les cocinamos una hamburguesa de carne picada, un Paty hecho y derecho, con Guevara Lynch en Bolivia -la risa del teniente Daniel sonó como un puñado de monedas viejas cayendo dentro de un frasco de vidrio. Tucho no lo estaba escuchando.

-¿Por qué no usamos el documento que tenía cuando me chuparon? Es un muy buen tocomucho. Jorge Cattone... -no le había resultado difícil familiarizarse con ese nombre.

—Tenés razón, me parece, Jorge Cattone, el documento trucho que trajiste... Bueno, ahora se lo digo a Barbeta -Daniel se dio la vuelta, atropellándose. Tucho hizo el ademán de detenerlo para hacer una pregunta mientras el entusiasmo se disolvía entre las cuatro paredes.

-¿Y Sebastián, cómo se va a llamar?

-Se va a llamar Ferrer, no me acuerdo el nombre -pasó bajo el dintel y salió.

Si había viaje, él sería Jorge Cattone y el tarambana del teniente Daniel sería..., sería... no le había prestado atención.

“Fingir no es lo más difícil”, pensó. “La clandestinidad es un ejercicio de constante disimulo. Finjo que estoy colaborando. Todos fingen aquí adentro. Tal vez finjan ante ellos mismos. Fingen como estrategia de supervivencia. El Pelado finge como el mejor. Pero cuando viene el Negro, o Sebastián, es mucho más difícil. Eso me obliga a fingir que estoy fingiendo. Tengo que decirle al Negro que estoy escribiendo en el informe algo que no creo cuando, en realidad, escribo lo que creo. El informe es la ficción doble y es por eso que me resulta tan difícil discutirlo con él, o hablar con Sebastián. Finjo que estoy mintiendo cuando digo la verdad para poder sostener la ficción. Un camaleón puede fingir. Finge que se parece a lo que lo rodea siendo diferente. Yo finjo que me parezco a lo que me rodea y para eso tengo que escribir la verdad haciéndoles creer que es una mentira. Soy un rostro hacia afuera, una boca de donde salen palabras. Soy, hacia adentro, una correa de trabajo trasladando razonamientos e impugnaciones que me provocan vértigo, un hostigamiento y un furor que están mucho más allá del estremecimiento y del miedo. Me voy a volver loco. Cada mensaje, cada reacción física,

cada gesto es recibido por un espejo que me lo devuelve invertido.”

Volvió a la ventana, al aire fresco, a las copas de los árboles, donde la brisa bordaba “la imagen final que, sin embargo, no puede escapar de una vulgaridad familiar repetida hasta la náusea. En algún momento de nuestras vidas conocimos a quienes están hablando. Los soldados finalmente tienen su guerra, su mejor guerra. Frente a ellos estamos nosotros, desarmados. Pero mirando. Y escuchando. Mirando. Y escuchando. Aquí, el innombrable caso Desmundo Sachwerhalt”. El tiempo, que había tropezado, se había puesto a dar vueltas como una hoja arrastrada por un curso de agua y por fin se había detenido, volvió a este mundo.

“El caso Felipe Valiese”, pensó, con un cansancio que se parecía a la pena. “El caso Rosendo García. El innombrable caso Roberto Quieto. El oscuro caso Edgar Tulio, ‘Tucho’. ¿Así se lo recordaría?

“¿Seré recordado sin nombre?”, caviló. “¿Seré recordado con las marcas que imprime la duda? ¿Habrá alguien que me recuerde?”

Tucho entrecerró sus ojos fatigados. Los párpados comenzaron a henchirse en los contornos de un abismo negro y malva.

“Casi dos semanas desde que nos chuparon; tres días, cuatro desde la discusión con el Negro mientras escribía el informe. La última noche. La última que pasaremos María y yo hasta vaya uno a saber cuándo. Si hago lo que le dije a Galtieri que aceptaba hacer, ¿volveré a verla, volveré a ver al Quinqui, y a los mellizos que están en camino? Estoy seguro de que van a ser mellizos. ¿Los volveré a ver? Pero si en cambio hago lo que acordamos con María... ‘Vos conmigo tenés un problema, Tucho’, me explicó ayer, como si tuviera enfrente a un militante villero de Santa Rosa de Lima, ‘si vas y hacés lo que convinimos, lo que nos juramentamos que harías, me van a matar, es posible, van a matarnos como a perros a todos los que estamos aquí y no podemos escaparnos, pero si no lo hacés me perdés para siempre, porque te dejo, te lo juro, nunca más en tu vida me volvés a ver, ¿está claro?’. Sí que está claro, mi amor, claro con esa claridad que apareció en mi vida desde que te conocí, ese resplandor capaz de revertir decisiones categóricas, como la de no tener hijos. No sé si es la verdad la que nos hace libres. Acaso sea la libertad la que posibilita la verdad. A la par de tu claridad, fluía de vos un sentimiento de libertad como jamás lo había sentido antes. Anduviéramos físicamente juntos o no, siempre estuviste conmigo, y esa libertad que emanaba de tu presencia me hacía sentir dueño de una verdad recíproca, que por pertenecemos no se puede refutar. Una libertad tan hermosa como la verdad inapelable de Julius Fucik, que siempre repito en los momentos más difíciles: ‘...he vivido por la alegría. Por la alegría he ido al combate y por

la alegría muero. Que la tristeza no sea unida nunca a mi nombre'. Esta es la última noche hasta quién sabe cuándo. Hace doce días que subsistimos en la quinta. Hoy, es decir, ayer, porque ya deben de ser más de las doce de la noche, Videla le mandó el avión presidencial a Galtieri para que viajara a Buenos Aires a discutir con él, con Viola, con el Jefe de Inteligencia Carlos Martínez y otros miembros del Estado Mayor General del Ejército, si el dispositivo se disparaba o no se disparaba, si se daba o no inicio a la operación. Fue aprobada. Mañana volamos a Rio de Janeiro y hoy es nuestra última noche juntos. Siento como si nuestras vidas de militantes revolucionarios se hubiesen convertido en limadura de hierro y se hubiesen adherido al magnetismo de esta época, para condensarse en una tenaza que me estrangula el corazón. No soy un hombre ingenuo sobre el que cae el lastre de una historia sin inocencia, no estoy enfermo de revolución, no siento que el solo hecho de seguir viviendo sea indigno. Soy un militante que decidió defender las reivindicaciones del pueblo que menos tiene en lugar de los intereses de las clases dominantes. Si uno es de verdad un revolucionario, entonces debe probarlo cuando la hora ha llegado. Pero estoy a la intemperie, sin techo, en estado de desgracia y tengo que seguir fiel a mi honestidad de hombre aun sepultado. ¡El compartimiento a ras del piso que había en la cocina de nuestra casa en Moscú, hace tantos, tantos años, en una vida preliminar! Creo que había sido pensado para guardar las latas de conserva, los filetes salados de arenque, las setas en salmuera. Lena y Nastia, las mujeres que ayudaban a Mamá, tenían que bañarnos antes de que el Viejo volviese de la Embajada a la hora de cenar. Mis hermanos Héctor y Jorge eran más tratables, pero a mí no me gustaba bañarme. Cuando me llamaban, me deslizaba hasta el cofre, que estaba al costado de la escalera que llevaba a las habitaciones de servicio, extraía el aro de bronce, siempre pulido con esmero, levantaba la tapa de entarimado y me metía adentro de aquella cavidad estrecha. Acostado, con las manos entrelazadas sobre el pecho, examinando el mundo desde detrás de mis párpados, las oía ir y venir, como si estuviera en otro planeta. '¡Tulishka! ¡Tulishka!', gritaban las rusas, que me apodaban así. Era como un ataúd oscuro y frío, una cueva donde apenas si cabía un niño. Yo prefería eso a la regadera y el jabón. Un día Mamá me descubrió y se acabó el refugio. Encerrado me sentía a salvo. Chupado, ahora, estoy hundido."

— ¿Estás dormido? — preguntó ella, con la voz espesa.

-No, vida, estoy despierto. Creí que vos te habías dormido — a través de la ventana abierta de aquella casita frente a la pileta, donde les habían permitido pasar la noche, entraba el pestañeo de las estrellas. Tal era su profusión que parecían brotar y crecer en el cielo-. ¿Sabés? La historia es modificable, el tiempo no transcurre en círculos como si la única posibilidad fuera morderse la cola. Puede ser una línea ascendente. Y en nosotros cayó la responsabilidad militante de transformar la derrota táctica de nuestra caída en una victoria política. Hay que seguir dándole para adelante, que para aflojar ya vamos a

tener tiempo.

María estaba acostada de lado, casi sobre el borde de la pequeña cama. A sus espaldas, Tucho tenía la cabeza apoyada sobre su mano izquierda y con la derecha le acariciaba el vientre hinchado. “En lo que va de esta guerra, ella es el ejemplo más alto de conducta que soy capaz de imaginar”, pensó.

-Cerraré los ojos María, mi amor, traté de descansar -dijo-. No te creas que por tenerlos abiertos vas a perforar el porvenir...

-Vos no te creas que las cosas no suceden si no las nombras. Para nosotros ya no habrá más descanso. Pero si sobrevivir no figura entre las alternativas, todavía nos queda elegir la manera de morir.

-Galtieri no me quiere matar de inmediato porque me necesita en este momento -Tucho musitaba con los ojos cerrados-. Jáuregui me mataría por mucho que me necesite, porque no me perdona el ajusticiamiento del general Cazes Muiño y porque Dios es testigo de que “desde quinientos años antes de Cristo ya había una acción de connotaciones comunistas y marxistas subvirtiendo el mundo”. ¡Qué pedazo de ignorante hijo de puta! Como comandante de la IIa Brigada de Caballería Blindada de Paraná fue uno de los primeros en llegar a la balsa donde había quedado el cuerpo de Cazes Muiño. Está convencido de que, después de disparar sobre él, me incliné sobre el cuerpo, le saqué el documento de identidad para asegurarme de que era quien era y me llevé su arma reglamentaria. “Con una frialdad sádica.” “¡Esta es la que usaste para matarlo a Cazes Muiño, ésta, es ésta!”, gritó alguno cuando me chuparon en Mar del Plata y me arrancaron la Ballester Molina -Tucho se sentó en la cama y se restregó los ojos ardientes.

-Estás pensando en qué hacer, Tucho, dándole vueltas a la cosa... No estés mal, no sufras de vicio —María hablaba desde el zaguán del sueño, mientras en su vientre la vida se desperzaba entre una luz de sal y los humores del ojo violento de un cíclope.

—No, mi amor, no estaba pensando qué hacer, eso ya está resuelto. Pensaba en Galtieri, en Jáuregui, en lo desprolija, paradójica y discutible que es la realidad. ¿Qué pensás de Jáuregui?

-Si te pudiera matar en este mismo instante, te mataría. Por suerte o por desgracia, dicen que no está, que se le murió el suegro o que está muy grave y viajó a Gualeguaychú. La espada de su espíritu despiadado siempre va a buscar donde clavarse -su voz se fue adelgazando hasta disolverse en el silencio.

“Esta mujer... ¡Cómo me gustaría pasar con ella una temporada en San Juan!, ir con el Quinqui a la Escuela Sarmiento, mostrarle las aulas altas, subir por la escalera exterior hasta el primer piso, correr juntos como corría cuando era chico por el inmenso patio donde formábamos fila. Salir, cruzar las acequias... San Juan... agacharnos para oler el tomillo, arrancar las cortezas rojizas del algarrobo, acariciar los pétalos amarillos de la retama. Explicarle por qué Sarmiento escribió que siempre había que recelar de las masas. Compartir con él la historia del loco, la del dieciséis de enero de mil novecientos cuarenta y cuatro, el chiflado que se empeñó en rescatar a su novia que había quedado enterrada bajo las ruinas del terremoto, que atravesó tres metros de escombros, la encontró con vida y se casó con ella en ese preciso lugar, con la multitud desconcertada como testigo de boda. Caminar hasta el río por las calles de Concepción, perdernos entre los cañaverales y las cortaderas, hacerle un barrilete con papel de seda morado. Ahogado, pero ¡tan bello! Las formas como se revela el amor.”

Capítulo 5

Sobre los hábitos y las artimañas Rio de Janeiro-Sureste de Brasil

Apenas Velasco salió de la habitación, Tucho se dejó caer de espaldas en la cama y colocó -a manera de almohada- los dedos enlazados de sus manos debajo de la cabeza. Su compañero de cuarto había ido hasta la planta baja a buscar hojas y un sobre del hotel; dentro de la carpeta que estaba en el cajón de la mesa (en verdad, un cabizbajo pupitre) no había. “En dos minutos vuelvo”, dijo al salir.

Cuando oyó el sonido de la puerta al cerrarse, el escenario se disolvió en un tumulto. Al comienzo, sintió una especie de vértigo y luego, repentina y vigorosamente, la sensación de libertad, una alegría feroz, el hervor de la esperanza. “¿Y si me los saco de encima a los cuatro y pego la vuelta?”, indagó. “Primero a Velasco, y después a los otros tres, a Sebastián, al Barba y a Daniel. Están a unos centenares de metros de aquí, en el Hotel Meridien, Avenida Atlántica mil veinte, sobre Copacabana, por lo menos uno o dos en el apartamento número dos mil setecientos uno. Velasco es Vila Adelaida, Sebastián es Ferrer, el Barba es Caravetta y Daniel es..., Daniel...”, repasó.

Como si su mente hubiese comenzado a marchar con independencia de sí mismo, se puso a pensar afanosamente en las cuestiones operativas. ¿Cómo y con qué neutralizarlo a Velasco? Luego, ¿de cuánto tiempo disponía para conseguir un arma antes de que la patota se enterara? Conservaba varias puntas en Rio de Janeiro. Creía que el enemigo tenía una seguridad absoluta respecto del éxito de la operación, lo que le daba cierto margen de ventaja para sopesar las opciones. Tener la iniciativa y alternativas era mucho en su situación. Apenas se habían tomado el trabajo de alojarse en un hotel distinto, a poca distancia. Él y Velasco eran conocidos por los militantes refugiados en Brasil, donde habían estado hasta hacía poco y existía el riesgo de algún encuentro casual. No podían mostrarse todos juntos. Sebastián, el Barba y Daniel, ¿Daniel cuánto?, en la dos mil setecientos uno del Meridien; él y Velasco en la cuatrocientos dos del Rio Copa.

Su pensamiento voló a Funes. ¿De qué modo podía asaltar la quinta para

recuperar a María? ¿Cuál era la manera más rápida de regresar y de organizar el operativo? ¿A quiénes contactar allá? Ante sus ojos desfilaban lazos para ahorcamiento, el cinturón, los cordones de las salidas de baño; una carabina M1 calibre .30, con el cañón y la culata recortados y sin mira, fácil de esconder, que le había dejado en custodia a un compañero en Río; la Browning y la .45 que Beto Américo tenía en Rosario. Mientras él redactaba el informe a la Conducción, el Pelado le había susurrado, para mantenerlo blindado, que había dejado de funcionar orgánicamente y estaba fuera del espectro de detección de los milicos. Beto Américo era uno de esos hombres sencillos y concisos, del interior, tanto cuarentón como sesentón, que la Orga parecía parir completamente desarrollado. Recorrió los mapas ruteros que había consultado decenas de veces con anterioridad para el reingreso a la Argentina, pero el dinero... ¿cómo resolver el tema del dinero? Además, lo del compañero de Río tenía que manejarlo con cautela. Recordó a Ho Chi Minh, que era de la juventud de Formosa. Desde Río había viajado a Montevideo y de regreso, en Porto Alegre, fue detenido y se tragó la pastilla. Alguien lo había entregado. ¿Quién?

En eso estaba cuando el mismo cerebro en estampida retrocedió con brusquedad. Se había activado la advertencia: antes de poner a punto los procedimientos, tenía la obligación de evaluar sus argumentos políticos y sus consecuencias. Tucho sintió que estaba perdiendo la cabeza.

Si hacía lo acordado con María, la Conducción podría disponer la exhibición pública de la operación de contrainteligencia que, por su espectacularidad, iba a eludir el cerco informativo impuesto por la dictadura. Sería un acto encuadrable dentro de la tradición de la resistencia peronista, cosa que aportaría a la movilización popular. Su acción impulsaría la oposición activa y profundizaría la derrota del gobierno. Ésa era la hora a la que él debía hacer su aporte, terminada la cual acaso viniera la de la contraofensiva.

El análisis hizo desaparecer, como por ensalmo, el sentimiento de libertad y la alegría, y pasó de la esperanza al encierro. Estaba sitiado, hundido... y ya era demasiado tarde. Supo que seguir adelante era su mejor opción, donde más holgado podía llegar a sentirse, en términos operativos y afectivos. Tal vez fuera la impotencia, acaso la percepción de que en esa rendija seguiría siendo él mismo, como dentro del hueco en la cocina de Moscú.

“No vivo una vida”, sintió, “sino que desempeño un argumento, y en un mismo lugar hay dos versiones de quien soy. Aunque simultáneas, están en el anverso y el reverso de mi núcleo. Tengo que lograr que una salga de la otra, en el momento oportuno. Ahora, no puedo hacer otra cosa que lo que estoy haciendo”. Hiciera lo que

hiciera en adelante, entonces, no lo haría por otra razón que no fuera pagar una pérdida, aliviar un tormento, hasta el tiempo de dar con otra posibilidad. Sin embargo, no rechazó por completo la idea de deshacerse de los cuatro y de pegar la vuelta. Tenía opciones y podía tomar la delantera. Ya vería.

Velasco irrumpió sin que Tucho hubiese escuchado el ruido de la llave en la cerradura.

-Tenemos que hablar, vos y yo tenemos que hablar -le dijo, blandiendo el índice derecho, mientras apoyaba las hojas y los sobres en la tabla de la mesa estrecha.

—Me sorprendiste...

-No me sorprende que te haya sorprendido.

-Oíme, ¿y si le pedís permiso a Sebastián para que mañana por la mañana nos vayamos a caminar por Botafogo? Copacabana es muy riesgoso, está lleno de turistas argentinos y es un lugar abierto. Mucho más un domingo.

-No tengo que pedirles permiso, Tucho. Con que les avisemos alcanza, por si llaman y no estamos en el cuarto.

-Bueno, hagamos eso, mañana charlamos de lo que vos quieras. Ya informamos al contacto telefónico de México que el lunes por la tarde o el martes por la mañana los voy a estar buscando para una cita, también repasamos los detalles de la operación —a lo lejos se oyó una explosión, como si algo pesado y rígido hubiese caído de plano; las ventanas gorjearon. Tucho arqueó su espalda. Velasco permaneció de pie, mirándolo desde las dos circunferencias azules de partículas en ebullición que eran sus ojos.

—A ver, Tucho, repetime... ¿por qué motivo te vas a infiltrar para entregar a la Conducción? -la voz, la inflexión de la voz, eran la de Sebastián, no la de Velasco, como si no se hubiera dado cuenta de que seguía siendo un chupado. La traición hacía eso, que alguien no se comportara como era de esperar.

-Te voy a explicar lo mismo que le dije a Galtieri en la segunda reunión que tuvimos. ¿No te lo conté? -contestó Tucho sentándose en la cama, tasándole el cuello, pensando en volver.

-No, no me lo contaste -también Velasco se sentó en su cama. Quedaron uno frente al otro.

-Qué raro... -sabía perfectamente que no se lo había contado-. Bueno, Galtieri me conminó. “Escúcheme, Mayor”, me dijo, “quiero que me sintetice en una frase cuáles han sido las razones políticas por las cuales usted decidió ir a México. ¿Viaja para cumplir con la misión que acordamos que cumpla?”. Yo le contesté que había razones políticas y razones personales. Las políticas, le dije y ahora te lo repito, son que consideraba que esta guerra la habíamos perdido los Montoneros, que la Organización estaba destruida. Igual que durante la Segunda Guerra Mundial, después de que se produjo el desembarco de los aliados en Normandía. Los generales alemanes tenían dos alternativas, o bien combatían hasta que sucumbiera la última casa de Berlín, o bien pactaban e impedían que murieran cinco millones de personas. Por lo tanto, Velasco, mi disyuntiva –insistió– es la que tuvo el general Rommel, y consiste en golpear sobre el centro de gravedad, para salvar cinco millones de personas o el número de vidas que en nuestro caso esté en juego. Este argumento pesó tanto en su evaluación que ayer me confió que, cuando viajó a la reunión del Estado Mayor del Ejército, lo escribió en el pizarrón para Videla, Viola y Martínez, como acostumbran a hacer ellos. Y además de las razones políticas, hay razones personales, que son la salvación de María, del hijo que está en camino y del Quinqui. También está mi propia vida...

-Bueno, está bien, eso fue lo que le dijiste a Galtieri. Ahora decíme a mí cuáles son tus verdaderos motivos -Tucho no supo si Velasco estaba decepcionado por no haber recibido una respuesta privilegiada, o si en realidad lo estaba sometiendo a una versión tonificada de la sospecha.

-Mirá, Velasco, vos sabés perfectamente, porque me lo dijo Galtieri y porque durante el viaje me lo repitió Sebastián, que si yo tenía algún tipo de dudas con respecto a la misión, iban a respetar mi vida, no me iban a torturar y mi familia y mi hijo iban a estar bien. Pero que si no cumplía con lo planificado, o la operación fracasaba por alguna razón que pudiera imputárseme, a María y al Quinqui los mataban. ¿Necesitas algún otro reaseguro? -Velasco sacudió la cabeza, como si todo aquello le estuviese ocurriendo a otro, fue hasta donde estaban las hojas y se sentó a escribir.

Tucho volvió a sentir un vértigo voraz, “...primero a Velasco, después a los otros tres”. Cuando un combatiente se interna en una operación militar, los sentidos se adaptan a esa realidad nueva. Prácticamente no hay sonidos, los ojos buscan un punto dentro de un foco con figuras abstractas, el tiempo reptaba hacia ese punto y cuando lo alcanza, todo se desata. Como en Paraná. “Diciembre de mil novecientos setenta y cinco, general de división Andrés Máximo Cazes Muiño. Había que tomarlo en Villa Urquiza, un caserío cercano. Otro momento, iniciativa, opciones múltiples, el tamborileo de la garúa sobre un techo bajo de chapa acanalada. Teníamos información de que trabajaba en la planificación del golpe de Estado que se avecinaba. Aunque colaboraba con la

Inteligencia del Ejército, estaba razonablemente regalado.”

Levantó la cabeza; Velasco fumaba con las piernas cruzadas, mirando hacia la ventana. La carta incompleta estaba sobre la mesa angosta. Encerrado en sí mismo, Tucho deambulaba por fuera de la astucia elemental de la razón.

“En toda operación pueden producirse imprevistos, hay que tenerlo presente. El tres de diciembre, Cazes Muiño subió cerca de las siete de la tarde con su pick up Chevrolet roja en la pequeña balsa a mordaza que cruza el arroyo Las Conchas con dirección a Paraná. El Falcon lo manejaba Virgilio, yo iba de acompañante, en el asiento trasero Julia, a cargo de identificarlo, y otros dos compañeros. Llegamos cuando la balsa estaba empezando a navegar, Virgilio aceleró y el Falcon quedó cabeceando entre la planchuela y el agua. Julia bajó y gritó que era él. Después ocurre un silencio, una humedad algodonosa, el tiempo se comprime hasta la parálisis, salta como una ballesta, se posa sobre lo que está sucediendo adelante y los disparos se ven detonar en la forma como se astilla la luneta trasera, en las dos siluetas que ocupan la cabina, ¡dos! siluetas, sacudiéndose, como si estornudaran.”

De pronto, Velasco inclinó el torso sobre las piernas hasta que la frente casi tocó la convexidad de sus rodillas y comenzó a dar una especie de respingos. Luego soltó un suspiro seguido de un sollozo y su torso se enderezó hasta la posición original. Tucho hizo el ademán de levantarse de la cama pero no quiso completar el gesto.

“El balsero se zambulló en el arroyo. El Falcon resbaló hacia atrás, hundiéndose un poco. Cazes Muiño quedó tirado al costado de la camioneta. Julia se trepó a la cabina. Yo me senté al volante. Virgilio en la caja, con los otros cumpas. Ahí empezó el eco de botellas rotas y el tiempo retomó su paso. No había mucho lugar; el segundo cuerpo, inerte, estaba recostado sobre la puerta derecha. Era el de una mujer. Dos siluetas. La esposa de Cazes. La humedad y el estrépito del silencio se habían evaporado. Tocamos la orilla de enfrente. Manejé unos kilómetros y dejamos el cuerpo sobre el lecho de una zanja. Jáuregui fue uno de los primeros en llegar al lugar. Después, Entre Ríos se convirtió en un infierno. La Conducción decidió sacarme del país por un tiempo. Me fui a Roma.”

-¿Terminaste la carta? -Velasco fumaba mirando fijo a la ventana.

-No, todavía no. ¿No te pasa que hay días en que no sabés cómo dirigirte a tus viejos, como si hubieras perdido los sobreentendidos del cariño? -se levantó, caminó unos pasos y apoyó la frente en el vidrio de la ventana, totalmente de espaldas a la habitación.

Tucho lo miró y volvió a pensar en desnucarlo, en volver a Funes. Había parado el zumbido de la lluvia menuda sobre el cobertizo galvanizado; giraba furiosamente sobre sí mismo, como un perro alcanzado por una bala incendiaria, aullando hacia adentro, mordiendo, tratando de aferrar todo lo que pudiera aliviar el dolor y el vértigo. “Vos conmigo tenes un problema, Tucho”, recordó, “...si vas y hacés lo que convinimos, lo que nos juramentamos que harías, me van a matar, es posible, van a matarnos como a perros a todos los que estamos aquí y no podemos escapar, pero si no lo hacés me perdés para siempre, porque te dejo, te lo juro, nunca más en tu vida me volvés a ver, ¿está claro?”.

Sí. Estaba claro.

Se despertó sobresaltado. Miró hacia la cama de Velasco, vacía y deshecha. Se fijó en la hora y saltó en dirección al baño para pegarse una ducha. Antes de salir de la habitación, apagó el aire acondicionado Brastemp que les había aligerado la noche y abrió la ventana. La mañana estaba soleada y aquel codo de la ciudad, taciturno. Sobre la vereda, dos gorriones disputaban una hoja tumefacta de lechuga como un par de puños amputados cubiertos de plumas.

Bajó por el ascensor y cuando se asomó al salón de ingreso lo vio de pie, contra el mostrador de la recepción, leyendo el diario. A excepción de ellos y del conserje, el lugar estaba vacío. A la derecha había un macizo televisor Telefunken; debía de tener un selector electrónico de canales Varicap. Desde Argentina, con la proximidad del Mundial, llegaban en legiones para llevarse todos los que pudieran. A la una de la tarde, por Canal Cuatro, pasaban el recital con el que Roberto Carlos había cerrado mil novecientos setenta y siete.

-¿Qué pasó, Velasco?

— Nada, dormí para el culo, me desvelé, eso pasó.

-¿Por qué no me despertaste?

— ¿Para qué? Apenas son las ocho, tenemos toda la mañana por delante.

-¿Cómo está el tiempo?

-El diario dice que va a estar bueno, templado... Recién para la noche anuncia lluvia.

-Bueno, dale, vamos, salgamos...

Velasco ordenó despaciosamente las hojas del diario, lo plegó en dos partes y lo dejó sobre la mesada, con un escueto *obrigado* hacia el portero. Salieron a la calle. Tenía los ojos hundidos y no miraba directamente. Tucho batió sus párpados en la magnanimidad del día y le siguió el paso remolón. Doblaron hacia la derecha.

-¿Qué noticias hay? -pensó que era preferible dejar pasar el tiempo, esperar a que Velasco resolviera cuándo y cómo iba a hablar de lo que quería. Instintivamente, miró por sobre su hombro. El sol de la mañana teñía la cresta de los tejados con un rosa que comenzaba a entrar en combustión; la luz, fina y vidriosa, tenía carácter.

Velasco levantó la vista y sonrió, pero no con los ojos. Un grupo de cormoranes, borrachos de ingravidez y altura, se lanzaban en picada sin propósito alguno. Se acercaban al túnel Engenheiro Marques Porto, que los llevaría hacia Botafogo. Los morros parecían muñones de piedra que hubieran desistido de su quehacer primordial.

Velasco dijo algo sobre la Escuela Superior de Guerra de Brasil, pero los sonidos de los automóviles, la turbulencia de una galería de doscientos cincuenta metros de largo y el suspiro mecánico de los airados amortiguadores de los ómnibus lo aturdieron y Tucho no pudo escucharlo. Luego, caminaron en silencio un buen rato, hasta que encontraron un tabique con una reja contra el que apoyarse y hacer un alto.

Sobre sus cabezas, los árboles tenían las ramas arqueadas por el peso de las ciruelas azules y de los duraznos abiertos por donde asomaba una gota de miel. La atmósfera estaba embalsamada en olores despreocupadamente fétidos. Retomaron la marcha.

-Yo no te soy ajeno, Tucho -la luz retrocedió en los ojos de Velasco; el cielo sacudía su azul liviano como a la funda de una almohada-. No me refiero a todo lo que vivimos en común, a lo que compartimos antes. A veces cuesta encontrar el papel que te toca interpretar, y si lo encontrás todavía te queda saber interpretarlo. Yo no te soy ajeno en cuanto a la opción que tomé. Mi elección está mucho más adentro tuyo de lo que vos podés permitirte imaginar —miró a su alrededor, como un ciego que recobrarla la vista-. Frente a la evidencia del peligro que corrías con tu familia, el peso de las condiciones materiales fueron determinantes y mandaste al carajo la doctrina y el interés colectivo que ese dogma dice privilegiar, identificándote conmigo y con quienes yo estoy identificado. ¿O no?

Lo miró con dos líneas malévolas en las comisuras; Tucho pensó que las palabras no iban donde quería que fuesen, sino que era él quien iba detrás de sus palabras, como si hubiesen adquirido una voluntad propia, siguiendo el instinto del rebaño. Sintió que

en Rio su entregador podía darse el lujo de ser penetrante y desdichado a la manera de los hombres libres; en Funes, en cambio, su único propósito era llegar al día siguiente. Un día más, otro día. Mañana quería decir que todavía algo era posible. Se miró en él, y en ambos vio las cualidades complejas del estado de desgracia.

Sus pasos los habían llevado hasta Praia do Flamengo, donde hace esquina con la Rúa FerreiraViana. El edificio "Seabra". A ambos les gustaba, lo mismo que la casa de Rúa do Russel setecientos treinta y cuatro, que estaba algo más adelante. Aunque Velasco había estudiado ingeniería electrónica sabía mucho de arquitectura y Tucho no era una mala compañía.

La construcción de Praia do Flamengo ochenta y ocho era un neogótico cubierto de mampostería de piedra y de sillares almohadillados. El coronamiento de líneas puras recortaba el cielo, que comenzaba a nublarse mezclando los colores.

-La verdad, Tucho, la más pura verdad, es que yo te entregué pero no te traicioné, ésta es la más pura verdad. Te entregué, pero no al precio de engañarte, o al menos no al precio de engañarte del todo. Era eso lo que tenía que decirte. Por supuesto que no podía conocer las consecuencias de mi acto en todos sus detalles, cómo ibas a comportarte. Pero nunca pensé que te condenaba a la muerte, sino que te possibilitaba la vida. Mis motivaciones están a la vista. Tengo un juicio formado sobre el estado general de situación en el país y del papel que puedo y podemos jugar en ese marco. No hubo nada de perverso ni de codicioso en lo que hice, nada de rivalidad entre nosotros que yo buscara inclinar en mi favor, ni recompensa, como no sea la de conservar mi vida y la de los demás, dentro de las que incluyo la tuya, la de María y la del Quinqui. Ni robé, ni masacré, ni hice el mal por gusto, ni te traicioné. Te entregué para salvarnos y salvarte.

Tucho pensó en el Negro, la Nelly, Gabino, la Bampi, Migueles, Kalisay, Eloísa, Yoyi, la esposa de su delator. Trató de valorar lo que Velasco le estaba diciendo, sin dejar de tomar en cuenta a los que habían quedado en Funes.

-Por eso es que el suicidio no es una posibilidad para mí ni debiera serlo para vos ni para nadie —prosiguió Velasco—. A los que nos dirigen manipulando el Varicap desde Roma, el Distrito Federal o La Habana, les resulta fácil ordenar que la consigna de todo Montonero es resistirse hasta escapar o morir, y hacerse los finolis definiendo el concepto de defensa activa y pasiva. Pero ¡por favor! Nosotros vamos a resolver nuestra lucha sin la pastilla de cianuro y como a ellos les gusta, con fuerza ideológica, con convicción política y con aptitud de combate. Pero no con ellos ni para ellos, sino contra ellos. La vida es lo que estuvo y está presente. No mi vida, la de todos los que estamos como estoy y como estás.

—O sea, en otras palabras, ¿me estás diciendo que sos un héroe, Velasco? -Tucho, con algo de ironía exploratoria, le seguía la corriente. Se sintió el personaje de una comedia, donde cada uno engaña a los demás engañándose a sí mismo, pero por un santiamén. Velasco miraba el repertorio de formas que desplegaba, como un plumaje pétreo, el edificio “Seabra”.

-¿Un héroe? No me refiero a eso, o no sólo a eso, pero ¿quién sabe?, ¿por qué no?, aunque yo no lo pongo en esos términos... sos vos el que lo trae a colación. Desde cierto punto de vista, según determinada moral elaborada por los demás, bajo otros cielos, en la razón óptima de nuestro mundo previo, el de la obtención de conclusiones sobre cómo evoluciona la relación de fuerzas “entre el Pueblo y la más sanguinaria dictadura militar” —con el índice y el mayor de ambas manos hizo el gesto de las comillas, como si manejara marionetas en puntas de pie-, héroe es el que yo podría haber sido si no fuera el que soy. Pero estamos en una esfera inferior que tiene sus reglas, y tal vez lo más saludable sea tragárselas o fingir que se las aprueba no aceptando ninguna.

Por entre las palabras de Velasco, enlazándolas y dándoles empuje, circulaba un residuo insensato y subterráneo de confianza. “Siempre es posible hacer algo para que termine la infamia”, pensó Tucho, “pero en él la noción de infamia fue borrada por la determinación de vivir a cualquier costo”.

-Sos Judas, Velasco, Judas, Judas! -dijo Tucho, riéndose mientras cantaba las palabras como en un juego infantil-, Ju-das, Ju-das... -se hacía el loco, representaba ahora una comedia de segundo grado, el engaño del engaño, decía la verdad dándole un desenlace burlón al momento.

La cadencia lo impulsó hacia delante y Velasco se le acercó acompañando la marcha. Dejaron atrás las paredes grises del edificio “Seabra” rumbo a Rúa do Russel. Llegaron raudos.

Ante ellos se alzaba la construcción bohemia y vanguardista que tanto les gustaba, con sus disonantes columnas neocorintias, los falsos sostenes truncados. La fachada chasqueaba como un tema de Jorge Ben, un músico que ambos disfrutaban, inclasificable e hincha del Flamenco.

-Llega un momento en el que todo se termina. Ahora basta, se acabó —retomó Velasco, con la voz áspera—. Perdimos, y fue por eso que me rendí, o me rendí como tantos otros y fue por eso que perdimos. Valdría la pena charlarlo más, meditar sobre eso. Saber o llegar a saber si fue una cosa o fue la otra cosa. Pero una vez que me rendí y tomé la decisión de trabajar en el bando en el que estoy, tenía que aportar, inventar mi

utilidad, imaginar operaciones, justificar la confianza que se había depositado en mí, la vida que me habían devuelto -en ese preciso instante Tucho recordó una frase que solía decir su padre: "Sólo muere lo que antes nació; el nacimiento es deudor de la muerte"-.

¿Por qué lo hice como lo hice? Nadie es una persona débil, sin más, Tucho, así como nadie es totalmente fuerte. A veces predomina la fortaleza y resistimos. Y otras, el impulso por vivir es la debilidad. Cuando caemos en ese estado, la debilidad pasa por un período de crisálida y en un momento determinado salta a la fase perfecta y se convierte en una mariposa quebradiza. No falta mucho para que reconozca el cielo abierto y entonces... -Tucho advirtió que Velasco había golpeado contra el tramo final de su miseria.

—Pero vos habías soportado la tortura... No sabés la confianza que yo te tenía precisamente por esa razón -a veces, de la respiración de Tucho emanaba una intensidad granítica.

-Haberla soportado no es ninguna garantía respecto de volver a soportarla. El cuerpo es una cosa y la mente es otra. Las órdenes las imparte la mente. El cuerpo jamás sigue solamente las leyes de la naturaleza. La mente se interpone entre el instinto y él. Pero nadie sabe cuánto o qué cosas puede la mente. Y allí hay una zona de incertidumbre que sólo se aclara cuando te toca poner a prueba tu mente y tu cuerpo, en un instante determinado y en un mismo lugar.

-Me parece, Velasco, que no es una cuestión que pase por el cuerpo... —Tucho estornudó, con una expresión desconcertada. Se preguntó cómo la conversación había llegado hasta ese punto y no supo cómo iba a salir de allí. Sintió temor de que Velasco, encendido y alerta, descubriese en su semblante que él tenía decidido no quebrarse y había aceptado las consecuencias. La voz de Velasco volvió en tropel.

—A vos también te torturaron, Tucho, te hicieron pedazos, y soportaste la tortura. Hemos hablado del tema. Pero nunca ocupando los lugares que ocupamos ahora.

Tucho se preguntó si su verdugo no le estaría diciendo todo aquello para provocar en él una adhesión y alertar a la patota que en México no iba a hacer lo acordado. Sintió un cansancio que nunca antes había sentido, el cansancio de quien va por un camino fatigoso que lleva a un sitio al que no quiere ir. Un cansancio semejante es para siempre, pensó; sólo la muerte puede traer descanso. Cuando aceptaba que estaba condenado y pensaba en la muerte, Tucho se concentraba en sí mismo, en un silencio de abadía. Sacudió la cabeza, como si estuviera espantando un insecto y sintió un escalofrío que se arrastraba por su columna vertebral. Lo rodeaba el olor de la trampa, a óxido y palo.

-¿Estás pensando que más me hubiese valido no haber nacido? Yo digo que más te valdría entenderme que odiarme, Tucho. Odiarme es muy fácil y muy conveniente, porque te exime de preguntarte algunas cosas, que yo me pregunté antes de tirarte la cita cantada, y después también -de repente, escuchaba a otro Velasco. Alguien que hubiese cruzado con infinitas precauciones por sobre una planchada peligrosa y lo llamara desde la otra orilla-. ¿Se tomará la pastilla?, pensé. Odiándome, vos evitás preguntarte si no te la pudiste tomar o no te la tomaste lisa y llanamente. ¿Se resistirá a los tiros? Es cierto que te resististe, Tucho, pero yo te conozco. ¿Te resististe todo lo que sos capaz?

¿Estás seguro? Yo le advertí a la patota que tuviera mucho cuidado, porque eras un combatiente de la puta madre. ¿Por qué aceptaste que mi cita con vos y la de Gabino con María fueran a la misma hora? Podrías haber calculado que si la de María hubiese sido una hora más tarde, eso te hubiera permitido darle algún tipo de cobertura, incluso contando conmigo, en quien hasta entonces confiabas. ¿Fue un descuido operativo o algo adentro tuyo te decía sin palabras reconocibles que era mejor descuidarse porque la tensión ya se había vuelto insoportable y era hora de mirar cara a cara la verdad? Te habré entregado, pero no te engañé del todo. Si me odiás por lo que hice, yo te pediría que recordaras lo que te dije hace un mes en Rio, estando ya chupado. "Ojo con el calor y las playas, Tucho, que te vuelven despreocupado. Se pierden los reflejos." A mi modo te alerté, te tiré una cita no envenenada dentro de esa frase. Y eso que el plan de hacerte bajar al país y chuparte para que entregaras a la Conducción estaba decidido y perfilado. Es mejor entonces, me parece, que comprendas. En todo caso, y hasta ahora, te salvé la vida.

-Si vos me pedís que entienda -replicó Tucho-, entonces creo que tenemos que tomar dos momentos del análisis, para poder encuadrar correctamente tu actitud desde mi perspectiva. Uno es anterior al dos de enero, cuando caemos con María. El otro es hoy, pero no se puede analizar completamente el hoy sin haber caracterizado antes el ayer -en esa posición se sentía más cómodo. Sólo debía subrayar su coartada, actuar en un sentido único y con una sola dirección-. Es cierto que ahora los hechos y las concepciones que los explican son otros, pero en aquel momento no. Me parece que es esencial que hablemos de esto, no sólo para que la charla tenga sentido, sino para que yo pueda saber, o para que podamos saber, si en definitiva no terminaremos convertidos ambos en verdugos de nosotros mismos y de los que más queremos. Porque es indudable que perdimos la guerra, pero ¿no tenemos dudas, una vez que yo cumpla con mi infiltración, acerca de si ellos van a cumplir o no con su compromiso? ¿No terminaremos los dos y todo el resto colgados y con las vísceras desparramadas? Si así fuera, no sólo me habrías traicionado entregándome, sino que habrías traicionado a todos, incluido a vos mismo.

-Pero, ¿cuáles eran mis opciones? Perdimos la guerra, el que era nuestro enemigo

nos hace un lugar, es necesario terminar con quienes nos llevan a la muerte sin arriesgar su propio pellejo, vos podías hacerlo, y por añadidura yo estaba en condiciones de convocarte. Era una especie de predestinación; no tenía opción. Además, fuiste vos el que desde Rio me habías enganchado a mí llamando una y otra vez al pie telefónico.

-Pero si es así, ¿juguete en las manos de quién eras? -a Tucho el enojo era el papel que mejor le salía—, ¡Si estabas predestinado, entonces no existías! En realidad me parece que estabas autorizado pero fuiste vos quien se tomó el permiso. Allí reside tu responsabilidad, para bien o para mal. Espero que sea para bien. Yo voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que así sea. Sólo nos queda completar nuestros días con un bien superior a todo lo hecho hasta ahora...

A unas cuantas cuadras todavía del Rio Copa, las entrañas del morro, cortadas longitudinalmente a la vera de la boca de los túneles, eran idénticas a las fibras de los músculos masticadores. Tensas, gruesas, cortas. Tucho apreció el escenario en abstracto, pero no lo encontró gratificante. Bajaron las cabezas y enfilaron hacia allí. En absoluto silencio.

Capítulo 6

Esos perros, todos parecidos Ciudad de México-Distrito Federal

Llegaron a aquel hotel por casualidad, la tarde del lunes dieciséis de enero. Fuera del Aeropuerto Internacional Benito Juárez, al indicarle al taxista que los transportase hasta el Premier, próximo al Monumento a Colón, les dijo que estaba completo y propuso otro, cercano a Ramírez y Reforma, el Mayaland. Se miraron, alzaron los hombros y prestaron su consentimiento. Un chofer bien informado e intencionado, o un farsante que manejaba un Volkswagen Tipo 1 verde y blanco.

Subieron hasta la habitación cuatrocientos cuatro, y mientras Velasco organizaba sus pertenencias sumarias, Tucho pasó quince minutos debajo del agua tibia. Habían aterrizado en la ciudad aproximadamente a las tres de la tarde y venían de una demora en la escala de Venezuela. Estaban agotados.

El vuelo de Pan Am, que hubiera debido salir a la una y media rumbo a Guatemala, había despegado una hora más tarde. Allí hicieron una pausa Sebastián, Daniel y Barba, para que -según dijeron el arribo de cinco argentinos juntos no llamara la atención de las autoridades migratorias mexicanas. Prosiguieron sólo ellos dos. Estaba previsto que el resto del cortejo viajara el martes.

El lunes expiraba. Velasco le propuso que saliera y tratara de establecer el contacto estipulado el sábado desde Rio. Tucho asintió. Mientras buscaba un teléfono público, decidió aplazarlo para el día siguiente. Necesitaba pensar; además, el plazo era el lunes, o el martes como fecha límite.

Se demoró un tiempo contemplando la versión mexicana de los lustrines rioplatenses, unas atalayas altísimas donde se daba resplandor a los zapatos. Variaban sus formas, desde estafalarios templos aztecas tachonados con espejos e incrustaciones espléndidas en los que el usuario subía rumbo a su cúspide con aire jurisprudencial, hasta torres más practicables cuyos dueños se aletargaban mientras llegaba el próximo

cliente, que los hacía saltar como rosetas de maíz tostado golpeando el diario enrollado contra su muslo, una fusta gráfica de finca.

Sin rumbo fijo, caminando en círculos para no alejarse demasiado del Mayaland, prestó atención a las fisonomías y las expresiones de los transeúntes. Vio a un mestizo con ojos ambarinos y piel de ojera, criollos con las aletas nasales dilatadas que hendían en su marcha una malla de nubes en suspensión, mayas de cabellos lisos, una cara preciosa, una máscara olmeca de jaguar con los pómulos de obsidiana, la frente de piedra tallada y el pelo de caracoles, que pasó a su lado sin mirarlo, transportada por el oleaje de sus polleras. Mostraban sus caras, aunque daba la sensación de que el rostro verdadero estaba debajo del que tenían encima.

Hacía fresco y corría un viento penetrante. El sol ya se había puesto detrás de las montañas y desde allí coloreaba con unas piezas de encaje ensangrentadas el cielo nuboso y plomizo. Tucho se arrojó dentro de su anorak azul marino.

El regio Monumento a Colón y el Hotel Imperial, un vigoroso ejemplar art decó, aparecieron de improviso en la intersección entre el Paseo de la Reforma y la Avenida Morelos, como esquirlas de belleza dejadas caer en el caldero donde se cocía la angustia. “Tengo que venir aquí con María”, pensó, y al instante se le habían humedecido los ojos. En los aledaños del sufrimiento, todo se desvanece en un segundo y sus escamas caen al abismo helado de la consumación.

Luego, el rito lo escribió el ahogo: los latidos del corazón se aceleraron agónicamente, sintió un estado de confusión y desconcierto, le pareció que la ciudad se detenía, que se arqueaba, que las calles temblaban como una baya a punto de abrirse, que los mofletes de la vorágine sorbían la aureola del monumento y las placas de cobre de la cúpula del hotel. Una alucinación. Algo en la imagen había franqueado el foco y miraba a Tucho -que había dejado de ver y pasado a ser mirado-, como si aquello no le estuviese pasando a él sino a esos elementos de extrema perfección. El “Monumento”, el “Hotel”, María. Fue en ese momento que irrumpió la empresa de muerte, la angustia más violenta.

“No puedo”, se dijo, aturdido, “no puedo seguir ni siquiera un segundo más sin María. ¿Soy un revolucionario o en realidad cargo con la osadía de haber pretendido serlo? ¿Hay en mí verdaderamente algo más trascendente que María?”. Las preguntas, que no encontraban respuesta, fermentaban en su interior como un presagio. “No, no voy a poder hacerlo. No voy a poder hacerlo.”

El anochecer tenía una calidad tan desolada que la noche nacida de él no podía

sino ser eterna. Lo esperaba el insomnio, con sus ojos hipertiroideos del color de los camalotes.

La descompostura comenzó a retroceder, en oleadas lánguidas. Respiró más regularmente. En ese punto, procedente de las gradas de su memoria, se cruzó con la historia de Moni, contada por su compañero para una revista partidaria. Cuando se vive esa clase de vida la razón llega a inciertas transacciones consigo misma. Lo había leído tres años antes.

Estaban en la casa de los viejos del compañero cuando llegó la cana. “Moni sacó los fierros del embute. Salieron agazapados al patio, vivando a Montoneros. Llegaron al baño bajo fuego enemigo. Moni sangraba por el pecho. Le pidió que la ayudara a matarse porque no pensaba en la rendición. Ambos compañeros antepusieron la Revolución y la Organización a su propia existencia. Con entereza, metro a metro, la animó para cumplir con la orden de no rendirse sino resistir. Se calzó el arma de ella, tiró una pepa y saltó a un taller por donde logró escapar. Concretó una cita con su responsable y le informó de la situación.” El compañero había sido promovido a Oficial y condecorado por su acción destacada en cumplimiento del deber revolucionario. La compañera Moni, que había demostrado frente al enemigo suficiente comprensión política y solidez ideológica como para integrar nuestro Partido como miembro pleno, fue retribuida con la concesión de dicha posición por el Consejo Nacional Montonero, como homenaje a su memoria. Morir sin nombre propio, integrarse después de muerto...

“¿Cuántos habrán muerto ya?”, se preguntó. “¿Qué dice el cómputo de los que se incorporaron? ¿Él, Tucho, era el animoso compañero? ¿Moni sería María?”.

El recuerdo estaba diciéndole algo. Pero él también tenía algo para decir a ese recuerdo. Aquello había sucedido en el paleozoico. Un año atrás existía diversificación de las formas de vida: arrecifes, esponjas, hongos y algas. ¡Un año atrás! Se combatía frente a frente... Ahora estábamos en el mesozoico, los dinosaurios dominaban la Tierra. Prevalecían los lagartos, los erizos y los insectos, que aplastan o vacían.

“No, no puedo, no voy a hacerlo”, repitió como un conjuro. Entonces apareció María, la voz voluntariosa de María. “Vos conmigo tenés un problema, Tucho...”. Otra vez la noche del mundo, el rayo preciso de la agonía. El vértigo, la desintegración.

La llovizna fría que había empezado a caer le hizo daño, porque el viento arreciaba. Vacilando, Tucho trató de orientarse para volver al hotel. “La desmesura de todo esto es su propia medida”, razonó. Temblaba dentro de una angustia tóxica y naranja. “Desatar lo que anudó mi destino es una pretensión insensata. Lo que me pasó

ya está dentro de mí y va a seguir pasándome hasta mi extinción. Voy a llamarla; voy a hablar por teléfono con ella. En la Argentina han de ser las cinco de la tarde, más o menos. Velasco no se va a oponer.” Desanduvo a los tumbos la distancia recorrida.

Veinte minutos más tarde, estaban los dos en una sucursal de la Compañía de Teléfonos de México. Velasco pidió la comunicación y fueron hacia una cabina libre. Cuando el timbre sonó, su escolta levantó el auricular, dijo unas frases y al cabo de un par de minutos se lo pasó. María estaba del otro lado.

-¿Tucho? ¿Sos vos? ¡Eh!, habla Tucho, habla... ¿Pasó algo? -pasaba que nada de lo que debía ser dicho y era deseado podía desearse y decirse.

-María... compañera... era para avisar que llegamos bien.

-Yo te amo, Tucho -como María no se daba importancia tampoco le importaba quién pudiera estar escuchándola.

-Bueno, compañera... -Tucho carraspeó para aclarar la voz-, Eeeh, como lo hablamos tantas veces, María... Hace mucho que decidimos darlo todo por el pueblo, ¿no es cierto? Hay momentos y momentos, así como hay responsabilidades y responsabilidades —Velasco parecía asomarse a cada palabra como por sobre una tapia detrás de la cual estuviese la respuesta a un jeroglífico. María titubeó un instante.

-¿Todo anda bien, entonces?

-Bien... Tal cual lo planificamos allá, ¿comprendido? Adiós, compañera... Chau, María, chau...

-Te amo, Tucho, te amo con toda mi alma, nunca te olvides de eso -luego se oyó un sollozo y la comunicación se interrumpió.

Velasco y él salieron callados y cabizbajos del local. Fueron a cenar a un restaurante cercano al hotel, el “Sep’s Antoine’s”, de aspecto estafalario y con olor a aceite recalentado. Tucho no probó bocado, a pesar de que lo último que había comido era un sándwich en el avión, durante el trayecto entre Guatemala y México. Se acostaron temprano, cada uno aferrado por su propia osamenta.

Al día siguiente, bajo la mañana soleada y pura del martes, doblando por la calle de Vallarta, Tucho se encaminó hacia la calle Alabama número diecisiete. Tenía decidido ir a pie, a pesar de que eran casi cincuenta cuadras.

Caminó unos metros entre los puestos donde hombres y mujeres vendían alimentos. El exceso de las meriendas, su disposición confusa, las voces superpuestas, comenzaron a retornar en visiones que no supo cómo apartar. Sudarios escarlatas sobresalían de un sepulcro entreabierto, cicatrices queloides por entre las que asomaban infecciones aceitunadas, alambres en los que se habían ensartado extremidades de criaturas. La angustia le volvió a la garganta como el agua enrarecida y violenta de un naufragio.

Tucho pensó en María, en el hijo que esperaban, en los hijos. “Evadirse es para hombres solos”, repitió. Desobedecer a los asesinos puede convertir al que lo intenta en un pedazo de carne sanguinolenta. Ser huérfano es una ventaja inapreciable en tiempo de guerra. Creyó escuchar el pulso lento de la respiración de María. Imaginó con un silbo de entereza lo pendiente, todo lo que hubiera querido decirle, todo cuanto habría tenido que decirle. Siempre falta algo cuando algo se termina. Ese amor...

Ese amor sucedió a espaldas del silencio, durante una acometida. Pensándolo ahora, en el fondo de su corazón —allí donde uno nunca se equivoca siempre supo que no se iban a conservar el uno al otro, que iban a perderse fatalmente. Dentro de la angustia estaba el duelo, engarzado en ella como una gema negra. El silencio de momentos como éste es baldío, no hay nada que ofrezca algo desde donde asirse. Recordó las circunstancias del primer diálogo con Galtieri.

“El trastorno de mi corazón fue castigado con el trastorno de mi iniciativa. El premio es haberme revelado una verdad que desconocía. Haber podido ver que hay una frontera que separa el amor del compromiso. Ahora tengo que saber si estoy dispuesto a cruzarla y a tolerar lo que va a suceder con lo que queda detrás.” Como Velasco en Río, Tucho había tocado su propio fondo. Pensó en lo que le esperaba y aceleró la marcha.

“Sólo conozco una parte de la operación, la que se comunica a los que como yo apenas servimos para prestar una sumisión. Tengo que tomar contacto con la Conducción, informarme sobre los secretarios nacionales y sus conexiones, dejar abierto el canal, volver con el tesoro a Funes. Sebastián, el Barba y Daniel, ¿se quedaron un día más en Guatemala para evitar que entraran cinco argentinos juntos en México? No parece creíble. Tal vez mi operación sea una parte de un dispositivo más vasto. Los milicos cuentan con el apoyo del Ministerio de Defensa guatemalteco, que mantiene un estrecho contacto con la Embajada Argentina. En algo andan con el entrenamiento de oficiales guatemaltecos en tácticas de inteligencia y contraterrorismo. En Guatemala, la patota puede hacer y deshacer como si estuviera en Funes. Aquí, deben de tener gente en la agregaduría militar de la Embajada, tiene que haber gente de la Side, del General Martínez, la cabeza de un movimiento para sacarlo a Martínez de Hoz y revertir el

rumbo de la economía, según dicen. Seguro que hay algunos otros agentes por la suya pero orgánicos. Algunos nombres escuché durante el viaje. ¿Habrá además un avión de la Marina preparado para despegar llevándose a los que puedan? ¿Van a creerme todo lo que les diga?”

En esas especulaciones estaba, cuando se encontró a metros del “Vips” de Alabama esquina con Insurgentes. Tras los cristales donde se reflejaba el color lavanda y lila de los jacarandás, divisó a un grupo. Reconoció las facciones de Chacho.

“Los muchachos del puerto de Acapulco”, pensó, “que escalan hasta lo alto de La Quebrada con una antorcha encendida, calculan el momento en que la ola hace que el nivel del mar sea más alto, y se arrojan al vacío desde treinta y cinco metros de altura. Los tres segundos previos a tocar la superficie. Las paredes del acantilado”.

Entró y les contó todo, hasta el detalle en apariencia más insignificante.

“Ya deben haber pasado más de tres horas desde el momento en que empezó la conferencia de prensa”, recuerda Tucho sobre la cama, con la habitación a oscuras. “Miércoles dieciocho de enero, a última hora. Fue convocada en la airosa casa porfirista de la calle Alabama diecisiete, Instituto Libertador General San Martín, primer piso. Restringida, por razones de seguridad. En la planta baja, un grupo de compañeros de la Orga controlaba discretamente cualquier movimiento imprevisto, y en las manzanas circundantes circulaban algunos agentes de civil mexicanos junto a juiciosos patrulleros policiales. Mientras yo hablaba frente al puñado de periodistas locales, los rostros de Obregón Cano, de César Calcagno, del Loco Galimberti, de René Chávez se dilataban y se contraían como si latiesen y cambiasen de forma y de color. Un sombrero de copa de papel crepe, un zueco de tela con suela de madera gruesa, un tulipán de sangre... No sé cómo logré comenzar a hablar ni el modo en que terminé. Frente a mí veía ojos de estaño abiertos al abismo vacío, bocas de barracón profiriendo el zumbido del cielo. Era un fardo humano marchito, un huérfano en un páramo de cemento pretencioso. Se enfrentan el cielo salvaje y la tierra bárbara, y yo estoy en un agujero exiguo debajo de uno y sobre la otra. Debo haber dicho todo lo que tenía para decir; eso espero; lo que acordamos. Las cosas se me superponían, me costó encontrar una secuencia lógica, cada pregunta o interrupción me dificultaron retomar el relato. A estas horas la Conducción ya estará a buen resguardo, me imagino. Cuernavaca era una opción, la Embajada de Cuba en Polanco era otra, eso comentaban, andá a saber... Algunos compañeros, Buendía -el periodista y columnista estrella de *El Universal*, un especialista en cuanto a la intromisión de la CIA en la política mexicana—, la enviada especial del diario *Unomásuno* y otros pocos periodistas más salían y se subían a los autos como temblorosos banqueros papales conspirando contra los Médicis, mirando a derecha e izquierda. Hubiera tenido

que reunirme con la patota a las nueve de la noche de ayer, miércoles dieciocho, en el Mayaland, en eso habíamos quedado. Lo llamé a Velasco a su habitación y le dije que se me había complicado, que iba a andar por allí hoy sin falta, a media mañana. La suerte está echada, triunfarán los que ya vencieron. Sé quiénes son los que salieron conmigo de Funes: Sebastián, el Barba, Daniel, Velasco, pero no sé si aquí hay más. A lo largo del viaje soltaron algunos nombres, el mayor Pedro, el capitán Saúl, el agente Gertrudis, pero no sé si hablaban de México. Una operación de inteligencia es susceptible de una de contrainteligencia. Cualquier operación puede ser parte de otra más grande. Nuestros milicos, que hacen el trabajo sucio de la CIA, ¿no habrán jugado esta ficha contra López Portillo, que está ayudando a los revolucionarios de Nicaragua?" "Afuera de esta habitación están Beto y Segundo. Una casa de seguridad, me dijeron, con el acceso severamente vedado, donde funciona el equipo de informática de Montoneros. Juegan al T.E.G. Por suerte la música no molesta. Suenan los Huerque Mapu. 'Si he de morir mañana...'. Tengo que volver, María. Lo más rápido posible. Terminar con lo que está pendiente y volver."

-“De Argentina a Chile” -anunció Segundo, al tiempo que tiraba dos dados y Beto arrojaba otro-. Desde un pasacasete Sanyo, baqueteado y asmático, la voz de Claudia Lapresa fraseaba: “Si he de morir mañana, sepan que cuando caiga, hermanos míos, será de amor, no de balas, aunque me encuentren herido”. Los acordes batientes del tiple eran como breves ladridos que partían a mordiscos la atmósfera de celaduría.

— ¿Sabés lo que me dijo René Chávez cuando terminó el round de preguntas y respuestas? —la voz de Beto se esquinó—. Tucho la conocía, pero ella no se acordaba de él. Lo había visitado en Rawson como diputada electa, antes de la liberación del veinticinco de mayo del setenta y tres. Me contó que estaba muy pálido y tenía los labios blancos, que la muerte se sentía cómoda en ese rostro. Eso me dijo.

-Es una situación de guerra, el pueblo resiste y el Partido constantemente da ejemplos de heroísmo. Pero esto, te lo digo francamente, es algo muy espinoso de imaginar. Si trato de ponerme en su lugar me tiemblan las tabas. Pensá en su compañera, en su hijo, en lo que puede pasarles cuando se enteren allá -Segundo se inclinó sobre su izquierda y aumentó levemente el volumen del equipo de sonido. Conservaba el olor de su origen villero: húmedo, a lana secada con fuego de leña verde. Las cuerdas y los coros de Huerque Mapu se abatieron contra las aberturas de la habitación-. Inclusive su propia situación aquí, en México. Obregón y Calcagno van a tener que explicarle a la Dirección Federal de Seguridad que no le den el mismo trato que a la patota. No va a ser fácil convencer a la policía de que un tipo que entró por zurda con el enemigo es diferente del resto. ¿Se habrá dormido el Tucho?

“Era muy importante enfatizar frente a los periodistas que las circunstancias de nuestra captura en Mar del Plata impidieron que pudiéramos no caer con vida.” Tucho confronta las palabras dichas. “Explicué el traslado a la quinta de Funes, hablé de Galtieri, detallé la propuesta de penetración en la Conducción. Conté que se caracterizaban como un sector de las Fuerzas Armadas que compartía los objetivos de liberación nacional que nosotros levantamos, pero que habíamos cometido el error de enfrentarlos, en particular a partir del ataque de Formosa, aglomerando a todos esos sectores supuestamente progresistas y obligándolos a desarrollar el enfrentamiento en un pie de igualdad con las porciones más duras del Ejército. Ahí me dispersé, porque me puse a hablar de los cuadros del Partido que estaban en la Quinta y que se habían quebrado, y que con el argumento de que era preferible salvar todas las vidas posibles ahora metiéndose en ese proyecto supuestamente nacionalista del Ejército, en realidad lo único que los unía era querer salvar sus vidas. Detallé que entre ellos estaba el Negro, al que creíamos muerto, y el Pelado, quien me relató la historia de su detención. Velasco dice que está seguro de que el Negro va a sobrevivir. En cambio yo, si tuviera que apostar por alguien, me inclinaría por el Pelado. Tiene esa mirada que parece carente de espesor, liviana, y se mete por los intersticios de cada conversación, pendiente del más mínimo ademán, pesando pacientemente, con una decisión imprecisa, indefinible, concentrada totalmente en las enterezas del contexto y en sus flaquezas. Se les va a terminar escapando, me juego los huevos.” “Aunque trato de dormir, apenas consigo sumergirme en un sueño que más bien parece un desmayo. Me despierto al primer susurro. Cuando todavía no éramos sólo tribu, gente sin patria, que es lo que hemos llegado a ser, dormía como un tronco. No sé si lo que siento es alegría. No tiene esa apariencia ni viene de los lugares conocidos. Es como si algo con vida propia se hubiese posado en el rincón más perpetuo de mí. Sobre las costillas, en mis vértebras, dentro de la clavícula, en los huesos. El esqueleto me vibra a causa de lo que hicimos, esta acción empecinada. Huesos victoriosos. El abismo en el que vivo es el que elegimos. Es como si hubiera un palmo de tierra íntima por donde vagás, María, mi suelo patrio, hundido en las profundidades del cuerpo y del alma. Al conocernos, desde la primera vez que nos acostamos juntos, me encapriché con la pelusa amarilla y sesgada que empieza debajo de tu ombligo, en la pendiente fértil que baja al pubis, ese minúsculo campo de girasoles que me gusta revolver con las rachas de mi mano abierta. ¡Ay, dios, María, esa imagen me cae encima, tu vientre estalla esparciendo sus fragmentos sobre mi cabeza! No hay un solo sitio en mi interior donde no parpadee este dolor de vos. ¿Por qué no habré almacenado cada paso que dimos, cómo no advertí que las caricias nacían con vocación de recuerdo? Para mí el pasado siempre será todopoderoso. Tendré al pasado como futuro, del que no me queda otra cosa que la incertidumbre acerca de cómo será el final. Esta música la estoy tocando mañana. Sólo si no hay olvido no nos moriremos. A Barry, que estaba con el Pelado, lo liquidaron mientras trataba de fugarse, ése fue su final, eso dije en la conferencia de prensa, resistirnos y escapar o morir, ése es el objetivo que todos los Montoneros nos

proponemos cuando nos encontramos con el enemigo en una relación desfavorable de fuerzas. Después seguí con la Escuela de Mecánica de la Armada. El nivel de tortura y salvajismo que le propinaron a los compañeros y el que el Pelado pudo constatar y contarme es realmente impresionante, como también es indignante el grado de atención que reciben los colaboracionistas...”.

-Estábamos hablando con Segundo sobre lo destrozado que debe de estar el compañero -Beto le soltó las palabras al Loco Galimberti, que acababa de entrar, sin sacar los ojos de sobre la mesa. En el Sanyo sonaba: “Son tus peijúmenes mujer, los que me sulibeyan, los que me sulibeyan, son tus peijúmenes mujer”. Era un tema nicaragüense, interpretado por Carlos Mejía Godoy y Los de Palacagüina. La grabación se oía accidentada, como si hubiese sido tomada directamente de la radio.

-¿Qué mierda querrá decir “sulibeyan”? Se lo pregunté a algunos compañeros nicaragüenses y todos me dieron significados distintos -en el serpentario verbal del Loco convivían un redoble de metal, una alusión de mando, el betún de la parodia-. Sí, el Mayor tiene que estar hecho mierda, así es la guerra. La guerra... -los ojos de porcelana miraban hacia atrás la guerra es lo más fuerte que existe, hoy se lo decía al Tucho, antes de la conferencia de prensa. Es lo que construye los lazos más serios entre los seres humanos. No es sólo la miseria, el sufrimiento físico, la impiedad, la crueldad, la guerra. También es la solidaridad, el afecto, el amor a los que están con vos... La guerra es el acto de amor más grande que existe. ¿Qué tipo acepta sacrificar su vida, la de su familia, la de sus seres queridos, por una idea compartida?

—Me imagino que habrás buscado darle ánimo -dijo Segundo-. Y si era el caso, yo no le hubiera hablado de sacrificar la vida de los seres queridos.

-Bueno, sí, traté de animarlo, pero... La verdad es que tenés razón, yo soy medio bestia para esas cosas -un énfasis que no se correspondía con lo que estaba diciendo se filtraba desde la compunción de las palabras-. “Tus ojos son de colibrí, ay cómo me aleteeeeyaaaaannnnn, ay cómo me aleteeeeeeeyaaaaannnnn, tus ojos de colibrí.” “Al Loco le dije que compartía lo que me estaba diciendo acerca de la guerra, pero sólo para no tener que escucharlo más. Sé que el pueblo va a triunfar, que los milicos van a ser derrotados, que la historia seguirá su curso. Pero el triunfo del pueblo no va a ser el que nosotros creemos su triunfo, los milicos doblarán el lomo y lamerán el polvo, pero no vencidos por nosotros, y la historia tiene sus tiempos. No es ahora. Los tiempos de la revolución son otros. A los desenlaces de las luchas colectivas no se llega cortando camino. Esas ideas se me cruzaban durante la conferencia de prensa. Para que se sepa, pero también para que no se olvide, dije que hice lo que hice para poder llegar hasta acá e informar a los compañeros y a la opinión pública que el gobierno argentino piensa operar

militarmente en México y también en Europa y en todos los países del mundo donde pueda haber un montonero o un argentino progresista dispuesto a luchar contra la dictadura. Para que no se olvide conté que quieren infiltrarnos, matar al compañero Obregón Cano, a Firmenich, Perdía, Mendizábal, Vaca Narvaja, Galimberti. Para que nadie se olvide dije que Sebastián está con un documento falso a nombre de 'Ferrer' el Barba con un documento falso a nombre de 'Caravetta'. Dije que Velasco está alojado en el Hotel Mayaland, habitación cuatrocientos cuatro, con el nombre de 'Miguel Vila', y que está el teniente Daniel, cuyo nombre verdadero y su alias desconozco, ¿cómo carajo se había puesto en el pasaporte trucho? Para que nadie se olvide detallé las condiciones en las que había llegado. Mi compañera, que está embarazada de seis meses, y mi hijo que tiene un año y medio, quedaron en manos del enemigo.

Ellos eran rehenes, y yo había sido amenazado de que los ejecutarían inmediatamente si la misión de infiltración que debía cumplir fracasaba o se producía algún hecho de la naturaleza del que estaba ocurriendo. Identifiqué la quinta de Funes, les di el número de teléfono, dije que la confianza en nuestro pueblo, que día a día nos demostraba hasta qué punto vale la pena luchar por él, era la razón por la que nosotros, no tanto por mí mismo, sino por mi compañera, que tuvo el coraje de quedarse, hemos tenido la fuerza para hacer lo que hacemos. Ahí la miré a René Chávez y me di cuenta de que ella sabía en lo que estaba pensando mientras hablaba, y me pareció que ella sabía que yo lo sabía. Después vinieron las preguntas." "Yo quería que la conferencia de prensa se acabara de una buena vez. Dije que el Pelado no era un traidor, y en cuanto al Negro, con una firmeza tal vez inusitada para el momento, que yo no iba a identificar quiénes son traidores y quiénes no lo son, que me resultaba suficiente con estar casi seguro de que, tarde o temprano, los asesinarían a todos, y que ellos también tenían familia y amigos. Conté lo de Dunkerque, y expliqué que lo había engañado dos veces a Galtieri, primero al hacerle creer que yo no iba a perder la oportunidad de colaborar para que se salvaran vidas en Argentina, y segundo con una artimaña interpretativa. De lo que el general no se dio cuenta, precisé, fue de que el ejemplo histórico tenía una pequeña trampa ideológica, porque Firmenich no es Hitler y ellos no son los aliados, y eso pasó desapercibido, por cómo se desarrolló la charla y la discusión. Resultó más o menos como pensé que sería todo, pero ver esas caras y ceños graves y tan lejanos me resultó difícil. Por suerte el Loco Galimberti habló bastante; yo me hubiese ido pegando un portazo y dando todo por terminado apenas empezaron las preguntas. Cerró la conferencia presentando a los compañeros del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero que se encontraban presentes: Ricardo Obregón Cano, René Chávez, César Calcagno, y cuando destacó el heroísmo y la brillantez de la maniobra de contrainteligencia contra el enemigo yo ya no escuchaba nada."

Tucho leyó: "México, D.F. Jueves diecinueve de enero. 'Fui enviado a México por

la Junta Militar argentina para infiltrarme entre los exiliados y colaborar en el asesinato de sus dirigentes', declaró ayer en conferencia de prensa...". Los rostros de Obregón Cano, César Calcagno, el Loco Galimberti y René Chávez volvieron a dilatarse y contraerse como dos aurículas y dos ventrículos autocontrolados. El corazón de la tiniebla.

Segundo volvió callado y le dejó dos comprimidos de tylenol con un vaso de agua al lado del *Unomasuno*, página ocho: "En un vuelo de la Pan Am viajamos a México vía Venezuela haciendo escala en Guatemala, desde donde continuamos viaje...".

-¿Yo dije "la" Pan Am, Segundo?

-No sé, no te escuché, no estuve ahí, pero algo oí de que había habido un problema con nuestra grabación, y los periodistas habrán tomado notas a mano. Aquí le dicen "la" Pan Am.

"Nuestros reporteros tuvieron en sus manos el billete de vuelo de la compañía Pan Am, que con el número 0269403436122 fue expedido por la agencia de viajes D. E. Johnstone el día trece de enero en Rosario, Argentina... Las operaciones que intenta llevar a cabo el gobierno militar argentino en México 'se hacen a la zurda', expresión utilizada por los mandos castrenses de su país para referirse a actividades realizadas sin la colaboración de los gobiernos de los países donde se efectúan... Miembros del Consejo Superior del MPM, presentes durante la conferencia de prensa, manifestaron que comunicarían de inmediato a los organismos pertinentes del gobierno mexicano las revelaciones hechas...".

-Me parece que estoy "a la zurda"... con los mexicanos. Entré con un documento trucho, admití que le hice creer a la patota que desarrollaría una misión de infiltración clandestina para matar al Jefe en territorio extranjero... todo mejora las posibilidades de mantener la iniciativa táctica, ¿no? -dijo Tucho, en un tono que se debatía sin éxito con el intento de sonar irónico. Humor vitriólico de tropa montonera.

—Obregón Cano y el Ave Calcagno están en contacto desde ayer por la tarde con la Federal de Seguridad.

-¿Y eso es bueno o es peor?

-Es lo único. Me imagino que no podíamos organizar la conferencia de prensa sin avisarles, entre otras cosas, porque necesitábamos algún tipo de seguridad por parte de ellos. O sea vigilancia, patrulleros circulando discretamente, esas cosas. -Segundo prefería la primera persona del plural; sentía que eso los ponía a salvo de morir por no

estar juntos. -El director, Javier García Paniagua, no es lo que yo llamaría un combatiente revolucionario, así como la Dirección Federal de Seguridad no es nuestro Partido. Pero el secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, es un liberal en el mejor sentido que aquí le dan a la palabra. Son amigos con el director del *Unomásuno*, Manuel Becerra Acosta... Además, es autor de algunas frases antológicas de la política local, como por ejemplo “en política, la forma es fondo” o “en el ejercicio de la política hay que aprender a lavarse las manos con agua sucia”. Estudió en Argentina, ¿sabés?, integró el grupo Praxis y se considera discípulo de Silvio Frondizi. Además, el hecho de que hayan cubierto y publicado la conferencia se me hace que es una buena señal. Y lo pusieron en tapa: “Envió la Junta a un grupo a matar argentinos aquí”. Lo único extraño es que el artículo no tenga firma. -Tucho revolvió los chilaquiles que había preparado Segundo sin atreverse a emprender un bocado. Recordó que el *Unomásuno* había enviado a una mujer. Un pasado arremolinado, un presente asfixiante, un futuro de mampostería.

“¿Cuánto tardarán en Funes en enterarse de todo?”, pensó. Pensó en María, en el Quinqui, en los mellizos en camino. “Los mexicanos me la van a hacer difícil. Pero además tengo el problema de lo que la Conducción va a resolver hacer conmigo... Colaboré con el enemigo en el planeamiento y desarrollo de una acción de infiltración en la reunión de área y ayudé en la puesta a punto de una doctrina para asesinar a Firmenich. Entregué la vivienda de Mar del Plata donde se había ordenado nuestra instalación provisoria y el embute con dinero del Partido. Le demostré a María que, en el marco de la operación de contrainteligencia que habíamos acordado, no tenía sentido derrochar energías negociando lo que ya no tenía importancia y que teníamos que proporcionar la casa partidaria que compartíamos en Rosario”.

Echó bruscamente hacia atrás la cabeza, como si los marchitos chilaquiles lo hubiesen espantado. Cerró los ojos, le pareció escuchar la voz cortante del Comandante Firmenich y se dijo: “¡Estos son capaces de hacerme un juicio revolucionario!”. La voz de Segundo cortó el hilo de su pensamiento.

Ramos Navas pensó que tenía que pedirle a la operadora que, cuando atendiesen el teléfono en Argentina, sólo dijera que era alguien que llamaba desde México, sin más datos. Antes, escribió las tres preguntas que no podía dejar de hacer a su interlocutor, fuera quien fuere el que tomara la llamada. Un oficial montonero denunció que la Junta Militar argentina envió a México un grupo operativo; ¿cuáles son sus responsabilidades? La misión especial para asesinar a líderes del Movimiento Peronista Montonero está integrado por los señores Vila, Ferrer y Caravetta, todos éstos nombres falsos; ¿cuál es su relación con ellos? El oficial denunciante manifestó que en la quinta de Funes está, en calidad de rehén, su mujer; ¿todavía se encuentra allí?

Repasó lo que sabía de la historia, lo cuadró con las instrucciones de don Manuel Becerra Acosta, y pensó que fuera lo que fuese a suceder, posiblemente la noticia al otro día sería plantada por sobre la historieta cómica de José Palomo que cerraba la página, “El Cuarto Reich”, dos andrajosos cariacontecidos que se llevan por delante con graciosa resignación lo que ha quedado de sus vidas. La comedia y la tragedia en cinco minutos de lectura ligera.

A siete mil kilómetros al sur de la redacción del *Unomasuno*, Jorge estaba desenvolviendo sobre la mesa de la cocina del chalet lo que había comprado en la panadería “La Flor” de Córdoba y Tarragona: bizcochos salados de grasa, libritos, pan casero. Abrió el frasco de jalea de membrillo, puso la manteca “Upar” sobre un plato y le preguntó al Tucu con su voz cuarteada si había calentado la leche.

-Al instante le alcanzo el cafecito con leche como a usted le gusta, coronel —el Tucu resbalaba por sobre las lajas lacre como sobre patines. Jorge se sacó las botas; eran unas texanas legítimas, carmelitas y aderezadas en las medias cañas con una flor de lis de color blanco y grana, cuyos pétalos estaban respunteados por un canutillo traslúcido. Más tarde le iba a pedir al Tucu que se las dejara sonriendo de tan brillosas. Sonó el teléfono.

-Debe ser Sebastián. Deje que yo atiendo -giró a la izquierda y pasó entre la puerta del baño y los placares del cuarto de desahogo. Tras la puerta abierta, el sol acribillaba las cortinas de voile del dormitorio que eventualmente usaba Jorge. El aparato estaba sobre una mesita—. ¡Sí, es de México, coronel...! Hola, hola, ¿cómo dice? Uno más uno es igual a dos, je je je, ¿no es cierto?

Jorge comenzó a untar con manteca una rodaja de pan casero, crujiente y blanco.

—Coronel -graznó el Tucu—, me parece que va a ser mejor que hable usted... -Jorge lo miró interrogativamente y fue hasta el teléfono con parsimonia. Del mismo modo levantó el auricular. “Diga...”. El tiempo empezó a descascararse como pintura vieja. Germán Ramos Navas había descerrajado la primera de sus tres preguntas.

-¿Mis responsabilidades? ¿A qué se refiere? -la voz turbia se estrelló contra el vidrio de la perplejidad—. Mire, yo no controlo a mis agentes que están fuera del país... Negativo, señor, ignoro quiénes son esas personas, no puedo confirmarle nada porque no las conozco, no sé quiénes son, no existen... no... ¡no existen! -el tono desabrido comenzó a hervir, un agua regia destronada por las sospechas del descalabro—. No, señor, de ningún modo, desconozco... No sé de qué lugar me habla... Aquí, está llamando a una casa de familia, hágame el favor de no volver a molestar, no llame de nuevo,

¿entendió? Esto es una casa... de familia... -cortó, estrellando el tubo contra la base.

Mientras lo miraba calzarse las botas vaqueras, Tucu supo que no debía decir ni una sola palabra y que, en sus términos, la "Operación México" se había ido al carajo.

En la redacción del *Unomásuno*, Germán Ramos Navas hizo sus deducciones. "Efectivamente, el número de teléfono revelado anoche se corresponde con el de la quinta y también es cierto que allí funciona un centro de operaciones, porque primero me atendió un hombre que luego me pasó con otro, el segundo con más aplomo o con mayor capacidad y autoridad para responder, porque si no al inicio no me hubiese contestado que no controlaba a sus agentes que están fuera del país. Además dijo 'sus' agentes, por lo que cabe colegir que hablé con un jefe. El jefe que mencionó el oficial montonero anoche fue el general Fortunato Galtieri, bajo cuyas órdenes está el segundo cuerpo de ejército. En consecuencia, la persona con la que hablé en último término ha de ser Galtieri."

Apoyó los codos sobre el respaldo de la silla y acercó sus dedos formando con ellos un techo alpino a dos aguas. Pensó en la entrada y en el título del artículo que escribiría para el día siguiente, viernes veinte de enero. "Consulta a militares argentinos-No controlo a mis agentes que están fuera del país: Galtieri-por Germán Ramos Navas."

"No está nada mal para un joven periodista de esta parte del mundo, y más a estas horas áridas de la mañana", concluyó. Pero tenía que seguir trabajando y todavía quedaba alguna información que exprimir.

Terminaba el jueves diecinueve cuando el encargado de negocios a cargo de la Embajada Argentina en México, Juan Gimeno, el agregado militar Fernando Andrés, su hijo Fernando Daniel, el agregado administrativo Aldo Mario de la Cuenca, el mayor Rubén Fariña -quien en un primer momento se había identificado como Eduardo Ferrer y el personal civil de inteligencia del ejército argentino Juan Andrés Cabrera -que, al igual que Fariña, al comienzo insistió en ser llamado Carlos Caravetta-, habiéndose verificado la información y obtenido las autorizaciones correspondientes, empezaron a planificar los pasos a seguir en relación con el gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, con el lugar donde vivirían los evadidos hasta el momento de su anhelado regreso al suelo patrio y, fundamentalmente, con respecto a qué podían hincarle el diente, ya que hacía más de doce horas que no probaban bocado.

Capítulo 7

Ocho ojos rojos

Ciudad de México-Distrito Federal

Jueves diecinueve de enero, diecisiete y treinta horas. Un hombre menudo y pulcro está sentado en su despacho mientras otro, de pie, ha depositado sobre el escritorio un documento oficial. El veterano, con los dedos acariciando las páginas, ordena al capitán que lo deje solo. El joven, flaco, alto, con un brillante y asfaltado cráneo de cobra, de corbata, traje negro y anteojos para un sol ausente, retrocede hasta la puerta sin darle la espalda y sale. El hombre arrellanado se pasa la mano sobre el rostro de rasgos angulosos, en el que parece sobrevolar un resentimiento secreto que lo consume. El Director Federal de Seguridad comienza la lectura.

D.F.S.-191-78.

A SUPERIORIDAD SECRETARIO DE GOBERNACIÓN JESÚS REYES HEROLES
DETENCIÓN DE ELEMENTOS DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO ARGENTINO, EN
MÉXICO El día de hoy Agentes de esta Dirección Federal de Seguridad detuvieron a los
argentinos MANUEL AUGUSTO PABLO FUNES PATINLYNCH y MIGUEL VILA
ADELAIDA, el primero Teniente del Área de Inteligencia 121 y el segundo

elemento civil en la misma área del Ejército Argentino, quienes en unión de otros
dos militares de ese país que no han sido localizados se encontraban en el Distrito
Federal, con la intención de localizar a miembros del grupo subversivo argentino
denominado "Partido Montonero" y del "Ejército Montonero", ya que, según han
manifestado, en México se encuentra la sede de esos grupos que actúan en diversos
países, con la intención de organizarse y reclutar a nuevos miembros para que regresen a
la República de Argentina a cometer actividades clandestinas y delictuosas.

Ambos han manifestado que fueron enviados por las autoridades militares de su
país de origen, ya que tienen conocimiento que en el Distrito Federal en el mes de

septiembre del año próximo pasado se llevó a cabo la más importante reunión de los dirigentes del Partido y Ejército Montonero, en donde se planearon las actividades para un período de un año y entre las que destaca la planeación de actos terroristas durante la celebración del campeonato mundial de fútbol "Argentina 78".

Agreden que su propósito era el de identificar, fotografiar e infiltrarse en esa organización clandestina, para que pudieran ser detectados en Argentina cuando éstos, con documentación falsa, trataran de internarse en el país.

Se tuvo conocimiento de la estancia de estos dos elementos, en virtud de que un individuo también de nacionalidad argentina de nombre EDGAR TULIO, quien se ostenta y ha sido identificado por los detenidos como Oficial Mayor del "Partido Montonero" y que se encuentra en nuestro país como turista, el día de ayer, en una reunión con periodistas, denunció que "militares argentinos fueron enviados a México para asesinar a dirigentes Montoneros", procediéndose a la localización y detención de los mencionados, quienes se disponían a abandonar la República Mexicana en avión.

FUNES PATINLYNCH y VILA ADELAIDA fueron localizados y detenidos en el Hotel "Mayaland", habitación 404, en las calles de Antonio Caso N° 5, Distrito Federal, y al ser trasladados a las oficinas de la Dirección Federal de Seguridad, en forma profesional, afirmaron ser turistas y pretendieron evadir los interrogatorios con esa cobertura, la que iba complementada con el hecho de que entre sus pertenencias no se encontró documento alguno que pusiera en duda su calidad de abogado y comerciante, respectivamente, que pretendían proporcionar.

Una vez que se logró descubrir la verdadera situación de estos individuos en nuestro país, ambos coincidieron en manifestar, mostrando lealtad, apasionamiento y respeto por el gobierno de su país, que desde hace varios años se han dedicado a investigaciones de carácter subversivo dentro del Área de Inteligencia 121 del Ejército Argentino, ya que según lo han dicho, desde hace 4 años aproximadamente Argentina se vio invadida por diversos grupos subversivos, entre los que destacó de manera definitiva el "Partido Montonero", que está integrado por dos sectores, el primero denominado "Ejército Montonero", y que llegó a estar formado por 25.000 guerrilleros armados que realizaron múltiples secuestros, asaltos, homicidios y otros delitos, y el otro denominado "Movimiento Peronista Montonero", que ha sido formado hasta por 250.000 individuos que servían como apoyo político a los guerrilleros y además colaboraban con ellos aportando datos para la realización de las actividades clandestinas.

Manifiestan que las autoridades militares y civiles de su país reprimieron durante los primeros años a estos grupos en forma drástica y severa, cometiendo además

múltiples arbitrariedades en perjuicio de la estabilidad de la sociedad, motivándose que el número de adeptos se incrementara, pero que desde hace dos años aproximadamente las tácticas de ataque en contra de estos sujetos han variado de tal forma, a tal grado que ha sido posible entablar el diálogo con los miembros del sector denominado "Movimiento Peronista Montonero", y con ese sistema y la insistente actividad de la Inteligencia del Ejército Argentino en múltiples enfrentamientos con guerrilleros han logrado bajas en sus filas y principalmente que estos sujetos abandonen ese país y se hayan trasladado a otros, estimando que en la actualidad únicamente hay guerrilleros del Ejército Montonero en número aproximado de 100 en Buenos Aires, Argentina, y en el exilio alrededor de 500.

Los detenidos indican que sus fuentes de información les han hecho saber que México, Distrito Federal, es la sede a nivel mundial del "Partido Montonero" y que se encuentran en esa ciudad los principales dirigentes del mismo, así como de los sectores "Ejército Montonero" y "Movimiento Peronista Montonero", formando parte del primer sector alrededor de 40 individuos que con documentación falsa se han radicado, dedicándose al traslado de armas y dinero así como elementos reclutados hacia Argentina.

Indican que el "Movimiento Peronista Montonero" que se encuentra en nuestro país no representa para ellos peligrosidad, ya que se concreta a difundir con "bases ideológicas equivocadas" las actividades del "Partido Montonero", sin relacionarse con el "Ejército Montonero", por lo que no es de interés incluso la identificación de sus miembros.

Por otra parte han manifestado FUNES PATINLYNCH y VILA ADELAIDA que entre las nuevas tácticas para detener a los guerrilleros del "Ejército Montonero" en el último año se encuentra la de tratar de convencer a los militantes detenidos de que colaboren con el gobierno para la localización de otros militantes y así evitar la pérdida de vidas en enfrentamientos, reforzando su invitación con ciertas medidas de presión moral y principalmente relacionadas con las familias, a las que en las más de las ocasiones los aprehendidos acceden.

Que, una vez convencido el guerrillero detenido, lo obligan a proporcionar datos sobre la ubicación de casas clandestinas y de "citas" con otros elementos, para acompañar a ellas a estos sujetos y capturar al mayor número de Montoneros que sea posible, los que una vez detenidos son sometidos a las mismas proposiciones.

Que en el lapso en el que han aplicado este sistema fue cuando descubrieron que en el mes de septiembre de 1977 se celebró una reunión "cumbre" en el Distrito Federal,

que estuvo presidida por MARIO EDUARDO FIRMENICH, quien radica en La Habana, Cuba, y en la que se llegó a la planificación de actividades para el año subsecuente, con la aprobación de los otros 15 integrantes de la presidencia del "Partido Montonero", acuerdos de los que, según dicen, se elaboró un plan de trabajo por escrito y que obra en poder de sus superiores en Argentina, en el que se planea como actividad principal el sabotaje al campeonato mundial de fútbol denominado "Argentina 78", incluyéndose en la planificación el hecho de que se trasladaran elementos y armas de la República Mexicana hacia su país.

Con relación a lo antes mencionado, los detenidos manifestaron que el Área de Inteligencia 121 detuvo un sujeto de los Montoneros en Buenos Aires, Argentina, y que éste les manifestó que uno de los 16 principales dirigentes del "Ejército Montonero" que radicaba en México llegaría a esa ciudad a fines de diciembre de 1977, por lo que tomaron las medidas conducentes y lograron la captura de EDGAR TULIO, al que ya tenían identificado como uno de los 6 Oficiales Mayores del "Partido Montonero", con quien aplicaron el sistema narrado con anterioridad para convencerlo de que colaborara con ellos, agregando que la única presión fue la de indicarle que tenían ubicada a su amante y al hijo que con ella procreó hace varios años, negando que ambos se encuentren detenidos en Argentina.

Que después de diversos interrogatorios y pláticas EDGAR TULIO aceptó colaborar con el Área de Inteligencia 121, pero destacándose la importancia de que los datos de mayor interés para el gobierno argentino se los proporcionaría en la ciudad de México, toda vez que sus citas, los domicilios y los individuos se encuentran en esta ciudad.

Los detenidos manifiestan que su gobierno les giró instrucciones a través del organismo del cual dependen para que se trasladaran a la República Mexicana, viniendo resguardados por otros dos militares de los cuales desconocen sus nombres por medidas de seguridad, con la misión de identificar, fotografiar e incluso infiltrarse entre miembros del "Ejército Montonero" para concertarles "citas" en Argentina y así, cuando éstos se presentaran en ese país, lograr su captura.

Que de esa forma el día 14 de enero del presente año salieron de Buenos Aires, Argentina, por vía aérea, y después de pasar por diversos países llegaron a la ciudad de México el lunes 16 de enero, habiendo llegado en diferente avión, pero en la misma fecha y sin compañía EDGAR TULIO, del que se habían desprendido en Guatemala.

Que ya en México, en el Aeropuerto Internacional "Benito Juárez", MIGUEL VILA ADELAIDA instruyó a TULIO para que hiciera contacto con los Montoneros en México,

con los fines manifestados, quedándose de reunir en la habitación 404 del Hotel "Mayaland" el miércoles 18 por la noche, para hacer comentarios y preparar las investigaciones.

Que la noche mencionada recibieron una comunicación telefónica de TULIO en la que les hace saber que no podrá asistir ya que está en una reunión con los Montoneros, citándose para el día de hoy a las 10.00 horas.

FUNES PATINLYNCH y VILA ADELAIDA indican que a las 12.00 horas aproximadamente recibieron una llamada telefónica de un sujeto que se dijo periodista de apellido RAMOS, quien les solicitó una entrevista relacionada con una publicación periodística, desconociendo los interrogados tal publicación, pero percatándose de que habían sido detectados por alguna persona, decidiendo abandonar el hotel y el país.

Manifiestan que para evitar que las autoridades mexicanas los trataran de localizar si no pagaban la cuenta del hotel encontrándose ya fuera del mismo, retornaron y en ese momento fueron detenidos por Agentes de esta Dirección Federal de Seguridad.

Por lo que respecta a EDGAR TULIO, los detenidos manifestaron que además de lo expresado con anterioridad existe el antecedente de que el año próximo pasado mató físicamente al General Andrés Máximo CAZES MUINO, Comandante del 2o grupo de Inteligencia, privando de la vida en ese mismo acto a la esposa de éste y a mayor abundamiento, fungió como jefe del comando que atacó a un grupo de militares, causándoles la muerte entre los que se encontraba el padre del detenido MANUEL AUGUSTO PABLO FUNES PATINLYNCH.

Cabe hacerse notar que VILA ADELAIDA y FUNES PATINLYNCH manifestaron que su gobierno no comunicó a las autoridades mexicanas sobre las investigaciones que en nuestro territorio pretendían realizar, porque desconocen cuál es la política de las autoridades mexicanas cuando en unión de Canadá se negaron a firmar un pacto en contra de los grupos subversivos que signaron todos los países de América.

MANUEL AUGUSTO PABLO FUNES PATINLYNCH nació el 24 de julio de 1952 en la ciudad de El Rosario, provincia de Santa Fe, en la República de Argentina; siendo hijo de Manuel Funes Alearas y EDELMIRA PATINLYNCH, con los estudios propios hasta el grado de Teniente en el Ejército Argentino y con domicilio en la calle de Peregrini N° 1145 en la ciudad de El Rosario, Argentina.

MIGUEL VILA ADELAIDA nació el 28 de noviembre de 1950 en la ciudad de Santa Fe, en la República de Argentina; siendo hijo de CARLOS RODOLFO VILA

CROATA y RA-

QUE ADELAIDA BONAFEDE; con instrucción hasta el 6o año de Bachillerato y con domicilio en la calle de Agustín Delgado N° 1137, en Santa Fe, Argentina.

Se continúa interrogando a los detenidos.

Muy Respetuosamente.

EL DIRECTOR FEDERAL DE SEGURIDAD
JAVIER GARCÍA PANIAGUA

Le gusta lo de “se continúa interrogando a los detenidos”: enérgico, solícito y profesional. Sonríe afectadamente para sí. Se para, se quita unas gafas de montura metálica y ensaya con la cabeza y los hombros el movimiento deslizante que hace un boxeador para esquivar un golpe al cuerpo.

“En setenta y dos horas como máximo estos dos cabrones y los otros dos que están encerrados en la Embajada se tomarán el avión de regreso a su Argentina”, piensa.

Llama por el intercomunicador para pedir que envíen el informe de manera urgente al Señor Secretario de Gobernación, don Jesús Reyes Heróles, y que lo pongan al teléfono con él. Debe explicarle que en el curso de las horas inmediatas podría llegar a ser necesario corregirlo, y posiblemente incluir en él a alguien más.

Capítulo 8

Blanco y negro nocturno Ciudad de La Habana-Cuba

“Hoy no voy a almorzar en la Comandancia. Me hace bien este asueto, contemplar el mar, dejar caer mi mirada sobre la superficie del agua, pensar que las corrientes la van a llevar hacia el sur, que el sol la convertirá en nubes, que lloverá, que gotas de mí van a empaparte la cara.” El viento embolsaba la camisa de Tucho imprimiéndole una vida agitada.

“Avenida Primera y Calle Dieciséis, Miramar. En el edificio de la esquina hay otro de los departamentos que el gobierno cubano asignó a nuestro Partido; tal vez me toque vivir allí, más adelante, ¿quién sabe? Al cuidado de la casa está Juanita Grassi, la encargada. Tiene una hija, Encarnación Farré Grassi. El padre se fue a los Estados Unidos y nunca volvieron a saber de él. Era dueño de una hacienda cafetalera y una torrefactora en el Wajay, antes de la Revolución. Juanita hace de abuela antillana de los hijos pequeños de cuanto revolucionario de la Tricontinental pasa por Miramar. Encarnación es blanca, como su madre. Lleva el cabello teñido con unos reflejos cobrizos, color que con el correr de las semanas deja a la vista las raíces oscuras originales. La cara es rara: pómulos altos, las mejillas descarnadas casi a la altura de la boca, la nariz aguileña dominando el mentón, los ojos acuciosos, como crías con hambre pugnando por entrar en una despensa. El rostro de Marcel Marceau, pero en el cuerpo de una mujer. Porque debajo de las clavículas, todo cambia. Los senos desbordan la bata de algodón estampado con botones y sin mangas, la cintura afila la tela traslúcida y las piernas podrían ser un producto acabado de Alicia Alonso y el Ballet Nacional de Cuba. Los compañeros le hablan en voz baja y ella se ríe con grandes dientes radiantes, soles de África. Porque, a pesar de ser blanca, tiene ancestros africanos. Es muy cumplida, me saluda agitando sus manos de criatura. Desde la verja entreabierta donde suele estar parada y este lugar hay ciento cincuenta metros hacia la escollera. Debajo de la pequeña arcada que señala la Playa Catorce espera Roly. Un joven compañero de las Tropas Especiales del Ministerio del Interior que nos fue a buscar al aeropuerto cuando llegamos, junto con otros dos.

Desde entonces, no se separa de mí ni a sol ni a sombra. Me alegra su modo de hablar: 'Deja ya, sólo un sanaco que se sobrepasó y tuve que ponerlo en su sitio, chico'. Para Roly, todo el tiempo hay sanacos que se sobrepasan a los que hay que poner en su sitio. 'Si le echo el extra a la mirada es igual a si te quemara.' Casi siempre cree que ha llegado la ocasión para echarle el extra a su mirada. Es un afroantillano color tabaco cubano, inquieto, flaco como un gajo, con voz de instrumento de viento. Le gusta Guillén. '¡Ah, qué pedazo de sol, carne de mango! ¡Quencúyere, quencúyere, quencuyere!' El 'quencuyere' lo dice con la estridencia de una gaita testaruda. Tiene un Moscovi negro del Estado con el que me pasa a buscar por la magra vivienda donde vivimos por ahora, vecina al Estadio Pedro Marrero de la Avenida Cuarenta y Uno, en las inmediaciones del Parque Almendares. 'Di algo bien dicho, bicho, ¿sabes tú quién fue Pedro Marrero?', me preguntó a los pocos días de estar en Cuba. Yo no lo sabía. Murió en el asalto al Cuartel Moneada. ¿Será que, como los cubanos tienen a tantos que han muerto heroicamente, están dispuestos a hacer lo mismo y a ser como ellos? Pueblo de desterrados, de condenados a muerte, de guerreros, de perseguidos, de mártires. Llegamos de noche desde Praga a La Habana. Roly y sus dos colegas, un jabado y un blanco, nos fueron a buscar a la escalerilla del avión. Subimos a un pequeño cuarto en el primer piso del aeropuerto de Rancho Boyeros, entregamos los tocomochos, y al rato volvieron con los documentos sellados y el equipaje. Al Papi le faltaba un bolso, que más tarde fue recuperado. A mí me llevaron hasta el departamento en un Lada. No recuerdo haber transpirado tanto en mi vida. Tal vez porque, como aquí dicen que es invierno, habían encendido la calefacción. Sentí un hornazo, como si estuviese junto a la boca de una cocina de ladrillos. Esa fue la primera vez que lo escuché reír a Roly. Se ríe como un camello, echando el morro para adelante y dejando ver los dientes. Es una risa completa, contagiosa. 'Afuera no hay tanta flialdá, mi cuadro, no es la calefacción, es el jodido termostato que debe de estar perjudicado'."

Tucho se volvió hacia atrás. Roly lo esperaba debajo de la arcada con un *walkie talkie* entre las manos, como si manipulara un hurón. El Papi había desaparecido.

"Aparece y desaparece, siempre con una sonrisa, siempre telegráfico, algunas veces confidente. No muchas. Me parece que la Conducción Nacional está de acuerdo en que me vuelva a la Argentina. Eso me trae un gran alivio. Lo más angustiante es la incertidumbre, la inercia, la posibilidad de la desconfianza. ¿Quién voy a ser cuando vuelva? ¿Nosotros, ellos? ¿Yo? ¿Cómo estarás, María? El instinto me insiste con que estás viva, con que el pibe o los mellizos nacerán saludables y gritones. Los deben haber evacuado a todos de Funes después de la llamada telefónica de Ramos Navas. ¿Qué estarán haciendo Velasco, Gabino, Migueles? ¿Y el Pelado? No tengo descanso, por momentos no sé si estoy vivo o si ya estoy muerto; aquí cumplí con lo que tenía que hacer, necesito volver. ¿Adonde se los habrán llevado? ¿Cómo reaccionó Jáuregui? Ese

hijo de puta... El Pelado dice que usa aquellos zapatones anchos y grandes no porque le duelan los juanetes sino porque parecen de muerto. Sebastián, Jorge, el Barba, ¿sus superiores los habrán sancionado? Los deportaron desde México el sábado veintiuno de enero por la noche. Supimos que más o menos por la misma fecha expulsaron también a un tal Mayor Pedro, un Capitán Saúl y un agente de la Bonaerense, Gertrudis, a los que alguna vez la patota hizo referencia mientras viajábamos rumbo al Distrito Federal, afortunadamente Obregón Cano y el Ave Calcagno lograron que los mexicanos me autorizaran a venir a Cuba. Aquí establecieron para mí un trabajo previsible. Escribir de nuevo todo lo sucedido, otra vez, hasta el más mínimo detalle. Luego, esperar. Y lectura de prosa de prensa, análisis, cruce de información, escenarios. Bien acotado. Temas: el conflicto con Chile por el Beagle, el proyecto político personal de Massera, la interna Viola-Videla. Pedí investigar Funes; 'no es recomendable'. También sistematizar la información sobre Galtieri y Jáuregui; 'vas a subjetivar el abordaje y el análisis'. Pregunté por María; 'nadie sabe nada ni de ella ni del resto'. Puedo escribir sobre López Portillo, sobre Cárter, sobre Geisel. Para que nadie se enoje, '...pa' que nadie esté volaísimo conmigo', como dicen en La Habana. Llego a la Comandancia a las nueve en punto de la mañana. Entro en la primera oficina de la derecha, planta baja. El archivo está al fondo, cruzando el patio con la exigua pileta, que nunca se usa. Es un depósito a cargo de la Teniente Raquel, compañera del Comandante Yáger, resguardada por unas rejas de hierro forjado pintadas de verde, unos diez metros de frente por cuatro de fondo. La Teniente es muy minuciosa. En el primer piso, con ventana a la piscina, está la computadora, una Tandy Radio Shack Z-80, con dos unidades de disquete de 5 'A ampliables, impresora y puertos paralelos para líneas telefónicas y grabador. Las características las sé por el Papi, que es un loco de los aparatos electrónicos. No tengo acceso a la máquina. La compañera de la Secretaría Técnica, una Teniente Primero, es la que la programa para hacerla trabajar sobre diversos tipos de información. A medida que voy produciendo documentos se los entrego a Raquel, los suben al primer piso y, luego de incorporado lo relevante, vuelven al archivo. Tampoco tengo acceso a toda la información almacenada allí, lo que es comprensible. Conozco los procedimientos generales, participé de varias situaciones como ésta, aunque antes siempre lo hice desde otro lugar, no después de haberles salvado la vida a los miembros de la Conducción Nacional. Cada vez que cruzo el patio veo que desde la construcción contigua se asoma por alguna ventana la cara de cirio de una monja. Van rotando, es una distinta cada vez, miran sin disimulo y con enorme regocijo. Creo que se trata de un convento o de algo por el estilo, una casa hechizada con galerías superiores, aberturas pardas de madera coronadas por vidrios cobalto y unos ojos de buey en la planta principal, que da sobre Primera. Luego de la mañana de trabajo se almuerza en la cocina, cuya puerta da al patio con pileta, y se continúa trabajando hasta las seis. Roly me pasa a buscar y me lleva hasta mi actual domicilio. A veces cambia bruscamente de dirección, doblando a un lado o al otro, a la voz de '¡quítate tú pa' ponerme yo!', para añadir a continuación con aire de

conspirador: 'Ambiente de camancola, chico', de lo que debo deducir un aire de emboscada, de encerrona, de trampa. Buen pibe. Ambiente de camancola, dice él. Ambiente de camancola hay en la Comandancia, digo yo." -¿Cómo está el mantecado allí, mi hermano? -cada vez que Roly hablaba por el radio con algún colega de la oficina central miraba al cielo, donde unas nubes de muselina cabeceaban como barriletes buscando lo alto dentro de un arco iris que se desplomaba. Las crepitaciones y las interferencias le zumbaban lo que necesitaba saber-. ¡El Tucho, fíjate, como si tuviera una rabieta en los cabellos, esere, que se pasa la mano y se los tira pa'trás mirando el mar! Dejando a un lado ese detalle, todo tranquilo. ¡Ve echando! Más tarde te informo.

De las anotaciones que Tucho dejó en La Habana

"Siempre llevo encima, María, la libretita de anotar ideas o el nombre científico de algunas flores y floras, con las tapas exteriores de plástico azul y el interior rojo. Para sentirnos juntos cuando estuviéramos cada uno por su lado... '¿Vos no me estarás escondiendo algo?', me preguntó el Negro cuando vio que la guardaba en el bolsillo de las bermudas con las que andaba en Funes. 'No, Negro, no, ¡no!, es un anotador que María me dio para que yo lo tuviera'. Su mirada vidriosa, de chimango. Escribo: 'moreras, almendras, cocoteros. Vos y yo somos dos paredes sangrantes de una herida profunda. Rozo el plástico azul y las paredes se acercan, los labios de la herida se empatan y cicatriza, hasta la próxima vez.'" "Todavía me queda un rato, son apenas pasadas las dos. Los compañeros deben de estar almorzando. Pantalón azul, camisa celeste con porta charreteras de ojal y botón, cinturón de cuero negro con hebilla plateada, zapatos abotinados. Sé que la Conducción está pensando en uniformar a los miembros del Ejército Montonero y a los de las Milicias Montoneras. También se habla de simplificar las estructuras organizativas, por la duplicación de trabajo de los comandos estratégicos y tácticos o funcionales, tanto en el Partido como en el Ejército Montonero, además de la superposición de tareas de las estructuras políticas y militares. Hay gente redactando las pertinentes resoluciones y anexos. Sobre estos cambios y sobre casi todo, nadie me ha consultado ni comentado una sola palabra."

"Por aquí cerca, en un terreno baldío sobre Primera, hay una verdulería donde venden frutas del día. Más tarde voy a pasar, tengo que comer algo. El que mastica como un tiburón es el Papi. Al día siguiente de llegar a Praga, procedentes de México con escala en París, en el 'Café Savoy', sobre la orilla izquierda del río Vltava, se zampó un plato hasta los bordes de svichkova, ternera con salsa de crema. Subimos al primer piso porque allí estaba más tranquilo y yo le quería escribir una carta al Quinqui. Había traído el papel y el bolígrafo que me había dado un compañero de la Embajada cubana en Checoslovaquia. El Papi me dejó tranquilo y se fue a explorar. Por razones de seguridad feché la carta en Ámsterdam, Holanda, veintiséis de enero de mil novecientos setenta y

ocho; un compañero se encargaría de despacharla: 'Querido Quinqui, ya sé que ahora sos chiquitito y no podés leer... pero algún día aprenderás y mucho tiempo después podrás comprender esta carta. Yo te escribo porque no sé si te voy a volver a ver. Mi vida es una vida muy difícil y la muerte se cruza con frecuencia en mi camino. Cuando puedas comprender, tus abuelos, que te quieren mucho, te contarán esta historia. Te leerán esta carta. Con la responsabilidad de ser quien sos, deberás enfrentar tu propia vida, como tu madre y yo enfrentamos la nuestra. Si quisieras saber qué te aconsejaríamos como guía de tu vida, yo te diría tres cosas básicas: sé sincero contigo y con los demás; búscate una causa noble por la cual luchar, y haz de ello el eje de tu vida; sé consecuente con lo que piensas aunque te vaya en ello la vida o puedas perder todo lo que tengas. Sólo quien vive así puede alcanzar la felicidad y la trascendencia como ser humano. Se sufre, pero sólo sufriendo se sabe valorar a fondo los momentos felices, los éxitos y la satisfacción que surgen del deber cumplido'. En ese momento el Papi asomó la nariz, pero yo tenía tal dolor adentro, las lianas de una luna roja envolviéndome los ojos, que debe de haber visto todo eso en mi rostro y salió disparado escaleras abajo. Mi vacío y mi soledad sólo encontraban abrigo cuando podía pensarme en María. Agregué que sus abuelos podían escribirme a 'Segundo Álvarez-Alabama 17-Colonia Nápoles-México D.F.México', poniendo dentro del sobre otro dirigido a mí, que tardaría un tiempo en recibir la correspondencia,*... pero si el correo entrega las cartas las recibiré. Querido hijo: voy a hacer lo imposible para que esta carta te llegue y te voy a escribir todas las veces que pueda. Te quiero muchísimo y te mando un beso enorme. Tucho'."

Sobre la Avenida Cuarenta y Uno los camiones renquean por el macadam picado de viruela. Los olores habaneros labran el aire. Frutos maduros, sal de mar, gasolina quemada, brea caliente, crustáceos, pinos desmelenados por la ventolina. Tucho se siente relegado a ese territorio que pueblan las personas que más amó cuando era un chico, donde están los compañeros que murieron por los mismos ideales. Una vez más. Confinado en el valle donde saludan los que van a morir. Piensa que cuando vuelva a la Argentina intentará idear una operación para rescatar a María, emprenderá una de esas cosas imposibles que dan al hombre una grandeza tan incuestionable que pone a la acción más allá del fracaso. La desmesura de su atrevimiento, como si fuera un contragolpe, lo devuelve con brutalidad al lugar desde donde le toca luchar contra lo que se enfrenta, el del niño que ya no es, el del hombre que está siendo, el del combatiente que no murió, el del soldado que vuelve a morir. Cuando se está preparado sólo hay que pensar en la acción. Entonces se refugia en un brote con nombre de mujer.

A los padres de María les había escrito al día siguiente del almuerzo en el "Bar Savoy" de Praga. Eran las cuatro de la tarde y ya anocheía. Hacía mucho frío; durante la noche anterior había nevado. Papi y él tomaron el tranvía Doce, bajaron en la parada Malostranské náměstí y subieron por un callejón hasta Trzisté Veintitrés, la cervecería y

restaurante “Barácnická Rychta”, en el barrio de Malá Strana. Lámparas de cobre colgaban sobre las mesas, artesonado en madera, una atmósfera sosegada en la planta baja de un edificio secular y despojado, de tres plantas. No le daba igual escribir en cualquier sitio. Papi odiaba el frío; en un apartado para cuatro pidió una sopa de ajo. Se puso a escribir mientras el mesero traía una cerveza no filtrada “Svijany”, unos pepinillos en vinagre con pan negro y una copa con agua.

Fechó la carta en Amsterdam, veintisiete de enero de mil novecientos setenta y ocho: “Queridos Rogelio y Mela, recién ahora... entenderán por qué les enviamos al Nene en esta oportunidad. Fuimos secuestrados por el enemigo el dos de enero y yo logré fugarme el dieciocho de enero en México. María sigue en poder de ellos, amenazada de muerte. Como parte de la maniobra que simulamos hacer logramos el envío del Quinqui con ustedes, para preservar su vida. La mujer que lo llevó fue compañera nuestra y es ahora del grupo de traidores que nos entregó. Yo estoy haciendo lo posible ante distintas personalidades internacionales para que intercedan por la vida de María. Ustedes deben presentar un recurso de ‘habeas Corpus’ y presentarse ante los obispos para que intercedan. Preséntense en la sede del Segundo Cuerpo de Ejército y pidan hablar con Galtieri. El la tiene en su poder en una quinta de Funes, Rosario (teléfono nueve tres dos cero cero). Probablemente lo negará, pero insistan. Si María los llama personalmente por teléfono y les dice que está bien, léanle esta carta y díganle que ya lo saben todo. Ella iba a seguir simulando la traición un tiempo hasta estar segura de que todo había salido bien, a fin de no dificultarme la acción y previendo una trampa. Con un poco más de tiempo les volveré a escribir. Lamento darles tan malas noticias. Les mando un gran abrazo, Marcos”. Ya había llegado la hora de aclararles que el “Marcos” que su hija les había presentado en realidad se llamaba Edgar Tulio, Tucho, era él. Le preguntó al Papi, mientras terminaba la sopa, si estaba bien hacerlo, y la respuesta fue que tuviera cuidado con lo que decía por escrito. Luego se levantó a indagar. “Postdata. Soy sanjuanino y mi familia vive allí. Si se quieren comunicar con ella, su dirección es: Sra. Zaharay, Nueve de Julio Seiscientos Cincuenta y Uno, Este Once. El teléfono de mi madre es dos tres ocho ocho dos, mi padre murió hace muchos años. Tengo dos hermanos, abogados y políticos conocidos, que los pueden asesorar sobre el caso. Yo les envío también la dirección de ustedes. Otra postdata: el aparente error de seguridad de enviarle fotos mías con el Nene se debió precisamente a que estábamos secuestrados. Otra más: hasta la última vez que la vi a la María, no había sido maltratada y tenía atención médica (fue el catorce de enero)”.

De las anotaciones que Tucho dejó en La Habana

“El Papa Pablo VI (aunque rechace la revolución y el empleo de la fuerza) sostiene en la encíclica ‘Populorum Progressio’ que la paz en el mundo está condicionada a la justicia y ratifica el derecho a un salario justo, a la seguridad en el empleo, a condiciones

de trabajo razonables, a afiliarse a un sindicato y a hacer huelga. Lograr una instrucción suya al Nuncio Apostólico Pío Laghi o al Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Raúl Francisco Primatesta para que den visibilidad al caso de María tiene que ser parte de las iniciativas a adoptar. (Hablar con Firmenich; él es el que maneja esas relaciones, por su historia y por su residencia en Roma). Aunque Primatesta es quien bendice las armas de Menéndez, es de los que dicen 'algo habrán hecho', no sé si por ahí... En cuanto a Laghi, el hecho de que Massera hable siempre bien de él no es la mejor credencial. Habrá que ver lo que está comunicando al Vaticano, lo que seguramente influencia en Pablo VI."

"Antes de ayer, después de la audiencia de juicio, el Tribunal Revolucionario —Firmenich, Perdía, Yáger dictó sentencia. Sí: el Mayor Tucho fue degradado a Subteniente. A partir de entonces, eso es lo que soy: un disciplinado Subteniente." "No es vergüenza lo que siento, ni angustia, ni culpa. Es tristeza. Una tristeza compacta por ser responsable de haber deseado el ayer y empezar a recordar lo que va a ser el mañana. No pienso dejar el combate, aunque me quede solo. Necesito ser parte de algo; de lo contrario, me desvanezco. Todavía estoy sin instrucciones precisas para el reingreso, las citas de control, las reuniones, el presupuesto, el contacto al llegar para el reenganche. Secreto, medias palabras, el miedo inexpresable pero audible de estar infiltrados, de tener un filtro en el corazón del acorazado Potemkin. Ambiente de camancola. Cuando los ademanes reemplazan a los razonamientos se está más cerca de la cumbancha, como dicen acá, de la murga, que del pentagrama. Y la música siempre empieza por el pentagrama. Ser riguroso no es lo mismo que ser esquemático. 'Está en juego la desaparición histórica de Montoneros como vanguardia política', escucho decir. No es así. Para ser vanguardia política hay que hacer política de vanguardia, lo que permite la presencia en la historia y la posibilidad de cambiarla. No existe un ámbito para discutir cómo transformar una reflexión personal en una política distinta. Pero yo no me voy solo a ningún otro lado. Este es mi lugar, el que fue y el que será hasta el fin. Un borrón sin cuenta nueva. No fui condenado a fusilamiento —¡muchas gracias, compañeros de la Conducción! por los mismos jefes que probablemente hoy estarían muertos si yo no hubiese producido los actos por los cuales me juzgaron. Practican con solvencia el arte de plegar el papel una y otra vez para que de las manos resulten figuras de las formas más variadas. Lo que es una hoja termina siendo una grulla, una serpiente marina, un escorpión. Tienen la destreza de acomodar un espejo frente a otro y denominar crítica y autocrítica al efecto del alud de reflejos sin ilación. ¿La línea político-militar habrá cambiado de dueño? ¿Estarán coproduciendo con algún sector que no conocemos? Origami y Feria de Variedades. Pero una guerra no se gana con fusiles de papel y granadas de vidrio. A través de la sentencia ordenaron el cese de las medidas de libertad vigilada, durante las cuales la libertad más absoluta de la que gocé estuvo custodiada por quienes la compartieron conmigo. El absurdo de las formas sólo conduce a la

excentricidad de los comportamientos. Ahora estoy abocado a fundamentar mi autocrítica. No apelaré el fallo. La resolución, un sumario de la audiencia del juicio y mi ampliación serán puestos integralmente en conocimiento del Partido. Contando desde el siete de marzo, tengo cinco días. La presentaré el sábado. Cálculo que por la mañana. Se la dejaré a Graciela, la cubana, que se queda hasta los fines de semana. El departamento que comparto con dos compañeros, en Avenida Primera y Calle Dieciséis, es muy cómodo. Tercer y último piso, contrafrente, con un espacio techado y abierto que da al mar. Incomparable respecto del primero y mejor incluso que la casa de Calle Treinta y Seis, número ciento quince, planta baja al fondo, con la que me había llegado a encariñar y que no estaba tan mal. Es un edificio funcional, bastante nuevo, pintado de un verde grisáceo moscovita. Queda a tres cuadras de la Comandancia. Por aquí pasaba los primeros días rumbo al mar, a la hora del almuerzo. Encarnación, la hija de Juanita, me tuvo la vela el martes por la tarde. No había forma de hacerle entender el contenido de la sentencia. Movía la cabeza y el pelo lacio pintado parecía la crin requemada de un alazán. Dos horas contándole que sus jefes habían condenado a un cuadro revolucionario por haber hecho lo que les salvó la vida. Necesitaba hablar con alguien y Encarnación estaba frente a la vega cuando llegué. A lo mejor fue un error. Hace apenas unos minutos que estoy trabajando; no me sale escribir que ‘colaboré’ y ‘traicioné’. ¿Colaboré? Para decir las cosas por su nombre, sometí a los milicos y a los que nos entregaron a mis propósitos, luego de acordarlo con vos, María, que estás allá, a expensas de las consecuencias. ¿Traicioné? En todo caso, contrarié una doctrina vigente, que exige minimizar los errores y alejar el campo de la revolución del contrarrevolucionario, pero que luego de todo esto va a tener que ser repensada. Porque está el que es traidor y colaborador, el que se pasó al otro lado, el que marca, hace inteligencia y tortura. Pongámosle, el Negro. Pero también existen los que colaboran sin traicionar, los que se mantienen íntegros, salvan la vida y la dignifican, los que luchan en manos del enemigo y conservan su dimensión humana y revolucionaria. Los que, aun chupados, no están quebrados, como el Pelado. Lo que hoy es doctrina antes fue otra cosa y será otra en el futuro. Y cuando haya otra doctrina, por virtud de nuestras acciones y no de nuestras palabras, ¿será todavía una ‘traición’, para repetir las palabras del Tribunal Revolucionario? ‘Tenemos que actuar una doctrina, no meditar sobre ella.’ Sí, de acuerdo. Lo que no entiendo es el error de lectura, o en realidad me rebelo porque sé que ellos incurren en él con conocimiento de que se trata de una equivocación. El enemigo cambió una doctrina y aplicó una nueva particular como consecuencia de la cual terminé en México... Apenas unos minutos de trabajo y la cabeza me late, me da vueltas. Y estoy escribiendo estos apuntes en lugar de la autocrítica. Me comprometí a escribirla sabiendo cuánto la necesitan. La van a tener puntualmente, como tuvieron y tendrán de mí todo lo que sea útil para el Partido y para la revolución en la que nos empeñamos hace ya tanto. Origami, Feria de Variedades.”

-¿Quieres un cafecico, Tucho? —Juanita siempre se agachaba ligeramente cuando ofrecía algo, como un paje-. ¿Y tú, mi hija? -El departamento de la encargada era pequeño y estaba en la planta baja del edificio de Avenida Primera y Calle Dieciséis; consistía en un living comedor con la cocina integrada, dos dormitorios y el baño.

-Déjame a mí, madre, que a este hombre le hace falta uno de esos cafeses que sólo yo me sé cómo se cuejan. -Encarnación se puso al mando.

-Entonces, y con permiso, yo me retiro a lo de Regla para conectarme con “Changó”, que siempre está en línea conmigo. Algo rápido, el Cotorro no es tan lejos de aquí, sólo algunos rezos en viejo dialecto africano, el sacrificio de una paloma y una cruz en mi frente con su sangre purificadora, una humeada de incienso y tabaco negro, un baño soplado de ron... y para terminar la lluvia de cascarillas de yeso, con eso me va a avisar lo que sus antepasados andan rumiando sobre nosotros. En un momentico vuelvo -cerró tras de sí la puerta con un sigilo litúrgico. A Tucho lo asombraba ese consorcio cultural tan afrocubano entre esoterismo y socialismo. De espaldas a él, las piernas de Encarnación pafaban sobre el piso de mosaicos hidráulicos entre los hervores del agua y los pocillos.

-El momentico de mi madre, cuando va a lo de Regla a escuchar difuntos, se cuenta por estaciones del año. Pero en el entretanto vamos a hacer una coladita, que en esta casa el café es la ofrenda que la tradición le brinda a la Revolución. Mi ‘apá tenía una finca cafetalera en el Wajay y cuando se fue, con él se nos llevó el corazón pero no los gustos. -Tucho veía el vaivén de su espalda, el aura blanca detrás de las axilas, producto de la combinación de bicarbonato y agua de hammamelis con la que reemplazaba el desodorante, olía su sudor donde se confundían el estropajo y una flor de hoja caduca. -Toma, Tucho, saborea tu buchito y anda, cuéntame mientras enciendo mi cigarrillo. Fumo cantidad...

-Mirá, Encarnación, nuestro Partido considera que el mejor método para saber la verdad, cuando aparentemente no se respetaron ciertas normas legales que nos obligan, es aplicar la crítica y la autocrítica, sin fiscales acusadores ni abogados defensores...

-Pero, chico, si tú les salvaste la vida, ¿qué normas puedes haber violado...? Esa bola está dura, durísima. La tienen cogida contigo, Tucho, ya te lo tengo redicho yo. —El la miró sólo con los ojos, con el entendimiento en otro sitio. La vida le había sido proscrita de cuajo por el acertijo de su propia vida.

-La cuestión consistió en establecer si yo había puesto mis intereses individuales, mi familia, María, el Quinqui, todo lo que ya te conté, por sobre los intereses colectivos

expresados por el Partido, que es una tensión eventualmente contradictoria que ocurre en la vida de todo militante. El Partido y su práctica son los encargados de encontrar la síntesis, porque ambos persiguen imponer los intereses en la estructura social al tiempo que los agentes de la transformación, nosotros, los militantes, también nos modificamos a causa de la experiencia ganada. El Tribunal no tiene acusación ni defensa, como te dije, y estuvo integrado por el Comandante Firmenich, que es Secretario General del Partido, el Comandante Perdía y el Comandante Yáger.

—¡Tribilín, tríquiti, trío! Tres truhanes, de lo más instalados en sus sillones con sus ideas puñeteras. Pero, ¿no era a ese Comandante Firmenich a quien querían matar los militares asesinos de tu país? ¿Qué hace castigándote? —Tucho recordó la lectura de la sentencia, el Secretario General airado porque la teniente Raquel había irrumpido sin saber lo que pasaba, del otro lado de la puerta, el mentón partido de Yáger al cabo de su rostro de labriego madrugador, Perdía mascando la lapicera con mandíbulas implacables. Sólo Firmenich iba de las hojas a sus ojos; el resto eludía mirarlo directamente.

-Toda sanción en un juicio revolucionario -lanzó Tucho con un suspiro— sintetiza el efecto ejemplificador para el conjunto de las fuerzas partidarias y para el pueblo. Pero ese valor es variable, fijáte. Por ejemplo, en mil novecientos setenta y seis, en momentos en que la resistencia no se había masificado y era preciso preservar a cualquier precio la integridad partidaria, se sancionaba con la pena máxima al hecho de caer en manos del enemigo, estando armado, sin defenderse, situación en la que hoy también correspondería una sanción, aunque ahora sin llegar a la pena de fusilamiento.

-¡Pero, Tucho! ¿Cómo qué? ¡¿Fusilarte a ti?! Lo que están haciendo es meterle fuego a la lata hasta que largue el fondo, sin sentido... Siempre repitiendo la misma cantaleta -Encarnación tosió, y el humo del cigarrillo fue a enroscarse en el cuello de Tucho, quien recordó uno de aquellos dichos fallidos del Negro: “Entre gitanos no nos vamos a adivinar la muerte, ¿no?”.

-No, bueno, ya te dije que me degradaron; no me van a fusilar. Fui sancionado por tres cargos: traición, delación e instigación. Tra... traición, porque colaboré con el enemigo en el planeamiento y desarrollo para infiltrarme en la reunión de Área y contribuí en el desarrollo de la doctrina para asesinar al Comandante Firmenich... Delación, porque entregué una casa en Mar del Plata, donde estábamos instalados transitoriamente con María y el Quinqui, y dinero del Partido... Instigación, porque acordamos con mi compañera identificar y darles una casa en Rosario donde habíamos vivido antes de que nos secuestraran.

-¡Sí, siró, sirope! Y dime tú, ¿cómo hubieras podido salvarles la vida en México si no hacías lo que hiciste?

-Bueno, de hecho yo me afirmé en la corrección de la maniobra, autocriticándome por algunas cuestiones marginales, como por ejemplo el haberle dado a mi compañera instrucciones para que siguiera simulando luego de que me fuera del campo de concentración que estaba en la quinta de Funes, el no haber puesto el esfuerzo suficiente en proveerme de algún arma para mi defensa personal, aunque lo evalué cuando estuve de paso por Rio de Janeiro. Pero siempre sostuve que la maniobra fue globalmente correcta y que ello se probaba por sus efectos, porque se logró la protección y salvaguardia de la Conducción, se avanzó en la posibilidad de preparar contratácticas y se desbarató la infiltración.

-Te habrás afirmado, Tucho, pero me hierve la sangre de sólo imaginarme a ese Comandante tuyo, con su voz amelcochada, retirándote el rango que te habías ganado en la militancia y el combate. Tremendo tipo que eres...

-Además, era razonable simular y entregar datos frente a la importancia de los objetivos planteados al realizar la maniobra, aun cuando hubiera riesgos de terminar sirviendo como instrumento involuntario del enemigo. Por no hablar de que, aun en el supuesto de que me hubiese apartado de la doctrina, en todo caso lo hice en estado de necesidad y para evitar otro mal mayor. Pero cuando miraba a los comandantes me daba cuenta de que ya tenían una decisión tomada, que no perseguía hacer justicia sino otros objetivos, y ante la cual no iba a haber argumento suficiente. Incluso me autocrítiqué por no haber conducido adecuadamente a los cuadros de la columna Rosario, lo que llevó a su caída masiva.

-Pero. Tucho, ¿qué hubiera sido de ellos si no hubieras regao la bola en México de cómo tú te habías fugado? ¡¡¡Nananina, to's fregados!!!

-Ellos insistieron con que la doctrina no puede ser violada por un cuadro en forma individual y por su propia decisión, y con que llegar hasta México con la patota ponía en condiciones al enemigo de operar sobre los objetivos que tenían fijados, al margen de mí y de mis intenciones. Por si todo esto fuera poco, me reprocharon no haber alertado a la Conducción, mediante una llamada telefónica en clave, sobre la caída y los riesgos de la infiltración existente y la que se podía producir. ¡Pero esa hubiera sido su operación, no la mía, y el que estaba detrás de las líneas era yo, la reputa madre que los reparió!

-No te pongas mal, mi sangre, que aquí está Encarnación escuchando tus bordados y tus arrebatos...

— ¿Cómo no voy a ponerme furioso? Profundicé mi autocrítica y hasta acepté que la maniobra como tal podía suponer un curso de desarrollo conceptualmente incorrecto si conducía a una progresiva situación de debilidad de los cuadros con respecto al enemigo. También que mi interacción con los milicos había implicado el riesgo de que ellos impusieran su voluntad, haciéndome privilegiar mis aspectos individuales sobre los intereses colectivos. Eso podría haber pasado, ¡pero no pasó! Y ellos están vivitos y coleando mientras yo fui castigado con la máxima severidad que permite nuestro Código, en función de mi nivel y como efecto ejemplificador para evitar la reiteración de este tipo de doctrinas sujetas al arbitrio individual. Eso dijeron.

¿Qué querés, Encarnación, que no me indigne que el ejemplo sea escarmentarme, en vez de hacer el eje en el comportamiento de María? —'Tucho se hundió en un charco de fuego frío, en las profundidades de una quietud hecha para los dioses y para los que aceptan su tragedia, donde su estupor, su cólera, su honor se desmenuzaban.

—Todo esto es filia, filló, fao a la malla, cosa mala. Anda, tomáte otro buchito -su rostro afligido se acercó al de Tucho, mientras vertía el café—. Cosas de la obscuridad... -dijo, vaya a saber pensando en qué, acaso en que las sombras aproximan más a las personas que la luz del día.

-Degradación a subteniente -la voz provino de un lugar incierto-, cesación de las medidas de libertad vigilada, si la compañía de Roly y la del Papi puede llamarse de ese modo, conservación de mi pertenencia al Partido, desarrollo de prácticas superadoras para que me reintegre plenamente a la militancia revolucionaria de la que jamás me alejé y, eso sí, la manifestación categórica de que el Tribunal Revolucionario, a través de la sentencia, lo que quiere hacer es exteriorizar que tiene la confianza más plena en la rehabilitación revolucionaria del compañero sancionado, para lo cual se hace un llamado no sólo a mí sino al conjunto partidario, para permitir que la autocrítica formulada se verifique en los hechos. Ahora tengo por delante apelar, lo que no haré, y escribir una autocrítica más profunda, que sí escribiré -de fuera llegaba un alboroto de chicos de regreso de la escuela. A Tucho le pareció inverosímil haber sido alguna vez uno de ellos.

En ese preciso instante Encarnación apoyó sus dos antebrazos sobre los hombros de Tucho y acercó su boca a la suya. La penúltima luz dio dos saltos en el vacío, se deshizo sobre el dominó que había sobre la mesa y esparció unos pétalos blanquinegros que se fijaron sobre el rostro femenino de Marcel Marceau. Tucho los advirtió con espanto y de un salto se puso de pie, sin tocarla.

-Encarnación, yo... Mirá, no, no es... María...

-Te va a hacer bien, Tucho, escucha a tu Encarnación, te pondrás mejor. —Tenía los brazos a los costados del cuerpo y movía las manos pequeñas como si se las estuviese secando con la bata de algodón.

-No hay nada que pueda hacerme bien ahora...

-Si a las mujeres nos metieran pal' tanque por consolar las rabias de los hombres —dijo—, todas 'taríamos cana.

Los luceros gemelos de la primera noche habanera fulguraron sobre sus mejillas mientras se iban humedeciendo.

“Y lo repito una vez más: he vivido por la alegría. Por la alegría he ido al combate y por la alegría muero.” Siempre había utilizado la expresión de Fucik como un talismán, antes del combate, luego de haber salvado la vida. Otra vez Praga, los recónditos lazos del destino. Fucik escribió que cantaba confinado en las entrañas del depósito, que no se amilanaba, que se dormía contento. “Ahora”, pensó Tucho, “no creo que nada de eso haya sido cierto, lo que lo hace ‘tremendo tipo’, diría Encarnación. Escribir, sacar como fuera de la prisión aquellas palabras era su verdadero objetivo, porque de ese modo obtendría la victoria final frente a sus verdugos. No tenía ninguna importancia lo que sintiera, sino hacerles saber a los que sobrevivían que no lamentaran su muerte, que al fin y al cabo bastante tiempo había tardado en llegar. Decirles que ver a una persona llena de vida entrar en una sala de interrogatorio y salir luego de tres horas convertida en un desecho enseñaba que el horror de los criminales sólo se redime con la insolencia de la víctima. Porque eso les iba a dar coraje y determinación a los que continuaran con la lucha”.

“Si había que darles eso, eso les di. Mi autocrítica. Tendrán tiempo para leerla, releerla, pensarla, debatirla entre ellos, pasarla a máquina hechas las respectivas correcciones, para que todo armonice, dado que se trata de un ejemplo. Es todo tan raro. Fue mucho más difícil en su momento hacer el informe que me serviría como camuflaje para infiltrarme en la Conducción -habiendo redactado decenas que esta autocrítica, aunque nunca hice ninguna así. En el caso del informe para la reunión de área, tenía que colocarme a mí mismo en un lugar que me permitiera engañar a los milicos y a los quebrados al mismo tiempo, tejiendo una malla con nudos en constante equilibrio inestable. En este caso sólo se trataba de complacer a los compañeros que son mis jefes. Porque seguirán siendo mis compañeros, mis superiores, y el Partido, mi Partido. No importa que sus razones para que yo siga perteneciendo a la Organización sean diferentes de las razones por las que yo pertenezco y perteneceré a ella. Ya que estamos, según los Montoneros, en terreno de Freud, porque la sentencia dice que la indagación

de la verdad apunta a desentrañar no sólo los hechos, sino fundamentalmente las concepciones que los sostienen, entonces en toda elección siempre hay un equívoco. Tan raro es todo, que para la autocrítica hasta usé los argumentos que me dio Velasco cuando trataba de quitarse de encima el remordimiento de ser un entregador. Bueno, yo también trataba de sacarme de encima la autocrítica. Aquel domingo por la mañana en Rio, mientras insistía con que él y yo éramos iguales, me dijo que su elección estaba mucho más adentro de mí que lo que yo podía permitirme imaginar, que frente a la evidencia del peligro que corría con mi familia, o sea, ante la defensa del interés individual de salvarme y salvarlos, el peso de las condiciones materiales había sido determinante y yo me había cagado en la doctrina y en el interés colectivo, identificándome con él y con quienes él estaba identificado. Y que tan grande había sido esa mimetización que había hecho cosas que podría no haber hecho si hubiera estado simulando, como por ejemplo desarrollar la teoría de Normandía y Rommel. Es todo tan raro y tan triste... Me la vi venir, no puedo disimularlo. No era una intuición; era una certeza no formalizada. Mientras redactaba el informe en Funes, ¿acaso no pensé que existía la posibilidad de ser recordado sin nombre? Esa noche en Ciudad de México, con el gran Segundo como segunda guitarra, ¿no escuché, como llegando por un desfiladero, la voz categórica del Comandante Firmenich? Raro, muy raro... A partir de la conferencia de prensa en México mi principal objetivo fue volver. No a costa de traicionar, dado que no traicioné. Sino volver para seguir haciendo lo que había hecho hasta que caí. Militando, combatiendo, haciendo la revolución. ¿Se trataba de voluntarismo? ¿De militarismo a la carta? No, yo a la Conducción ya le di todo lo que le tenía para darle, autocrítica incluida. Si algo tengo claro todavía es que México, Italia, Francia o España no son mi lugar. El resto que me queda es para volver a la Argentina, al conjunto del pueblo que resiste y deletrea el alfabeto de su lucha como un chiflido entre sus dientes apretados por el atrevimiento y el desparpajo peronistas, de donde tenemos que tomarlo. Ya no es momento de hacer lo que me planteó María el día en que nos chuparon, desarrollar una política que nos permita reinsertarnos hasta el próximo reverdecer. Es momento de volver. Para hacer lo que me ordenen, siempre y cuando entre la entrada y el enganche con mi contacto, adoptadas todas las medidas de seguridad, previos relevamiento, aproximación y reunión, pueda hablar con los abuelos del Quinqui, y si fuera posible con él mismo. La verdad es que mucho no me ordenan, porque todavía no sé cuándo ni cómo voy a volver. Voy a volver a combatir, sí. Pero primero tengo que avisarle a la Vieja que estoy bien. La última vez que hablé con ella me dijo que por nada del mundo se mudaría ni cambiaría el número telefónico. Subordinarme y ser orgánico, por supuesto que lo acepto, aunque por las mías. Con autonomía táctica. Debo saber qué fue de María, del parto, planificar acciones, evaluar algún tipo de rescate. No tengo nada de qué avergonzarme ni es inmoral pensar como pienso. No tengo tiempo para dedicarme al enojo o al desengaño. No estoy a cargo de la revisión del diccionario montonero predeterminado sobre el que debe apoyarse el razonamiento con patas de elefante afín al discurso monolítico de la

Historia, con pocas ideas que hay que repartir, repetir, repasar desde diferentes ángulos a condición de que desemboquen en el mismo concepto. Después de la condena ejemplar, mediante la cual me degradaron a Subteniente, de la desgarradora autocrítica que presenté en tiempo y forma y del esmerado -aunque no por ello menos expedito período de reeducación, espero que la Conducción resuelva que quien ha recibido tal cantidad de favores revolucionarios debe ir a multiplicarlos como panes, ipso pucho, a la Argentina, donde con creatividad militante y con confianza blindada en la derrota de la Dictadura Militar a manos del pueblo, como consecuencia de su heroica Resistencia Popular conducida siempre por el Movimiento Peronista Montonero, hay que ponerse de inmediato a administrar los harapos. No deseo otra cosa en el mundo. Espero que sea rápido. Aquí, como dicen en Cuba, acaba de completar su paso la última mascarada de la cumbancha.”

De las anotaciones que Tucho dejó en La Habana

“Bueno, lo único que faltaba era que no me desahogara un poco, chacoteando a sus expensas en el texto de la autocrítica. Aunque estoy seguro de que ese párrafo, esos dos párrafos, van a salir indemnes de la supervisión, de la intervención sobre mi texto previa a su difusión para conocimiento del Partido. En el cielo de los cielos, en la casa de cristal vallada con ascuas y guardada por raudas esencias insomnes, ¿quién puede enterarse de algo tan superfluo como una ocurrencia? ‘Compañeros’, escribí, ‘algunos siguen con vida porque, a pesar de todos mis errores y gracias a las circunstancias meramente fortuitas que me permitieron llegar a Alabama, mi episodio impidió que el enemigo los matara. Me imagino’, puse, ‘que el sentimiento de gratitud que deben experimentar habrá sido un obstáculo colosal a la hora de degradarme por colaboración y traición. Y sin embargo, recurriendo a la fuerza moral de la convicción lograron sobrepasarlo, y eso los honra y por ello les estaré reconocido para siempre’. Me pareció demasiado agregar que, habida cuenta de que yo había instigado a mi compañera a colaborar y la había colocado en una situación material de traición, violando expresas medidas partidarias, lo que había conseguido no era otra cosa que dejarla a expensas de su propio juicio revolucionario, si lográbamos reencontrarnos María, ellos y yo, durante el cual debería autocriticarse en los términos del Tribunal Revolucionario, lo que, como iba a resultar insuficiente, la obligaría, como consecuencia de mi conducta, a realizar una nueva autocrítica, la cual sería anexada... etcétera, etcétera, etcétera.”

Capítulo 9

El imperio hundido La Intermedia-Provincia de Santa Fe/ Ciudad de La Habana-Cuba

Velasco se levantó como impulsado por un resorte, rodeó la mesa, pasó por detrás de Gabino y se detuvo junto a la ventana que daba al jardín. Miró el Ford Falcon con los gendarmes que estaba frente a la puerta de la cocina del chalet colindante y exclamó: “¡La reputa madre que lo parió!”.

-¡Eh, Velasco! ¿Qué te pasa? Aquí, cada loco con su lema,... -reaccionó el Negro, mientras expulsaba el humo de un Ducal suave por la nariz. Estaba parado debajo del dintel de la puerta que daba a la galería, apoyado contra el marco, con la pierna derecha cruzada por delante de la izquierda.

-¡¿Que qué me pasa?! ¿Qué me pasa? -Velasco moderó el tono de voz, a pesar de que sentía agriamente que su suerte, en aquel momento, ya no dependía de lo que decidiera-. ¿Nadie se pregunta cuánto tiempo nos van a tener aquí? ¿Yo soy el único?

-Este lugar es bastante más cómodo que la Escuela Magnasco -dijo Gabino, mientras retorció sus grandes bigotes a la húngara debajo de una nariz optimista de Jean Gabin.

-Un gendarme me contó que el lugar es propiedad de la familia del teniente Daniel. ¡Podríamos quedarnos a pasar aquí el resto de nuestras vidas! -Velasco se sintió descorazonado, como quien hablara a quienes no lo entienden o no desean escucharlo.

—Eh, muchachos, ¿se acuerdan de cuando éramos pibes... -preguntó el Pelado...y las casas familiares eran para tres generaciones; cuando se nacía, se vivía y se moría bajo el mismo techo? -le gustaba todo lo que le recordara su niñez, y a veces sentía el apremio de algo que le gustara. Puso a descansar un antebrazo de herrero sobre el libro que estaba leyendo, uno de Fucik que la patota había traído del departamento de Tucho en Mar del

Plata. Los demás lo miraron sin saber qué contestar.

-¿Vos por qué creés que a María todavía no la trajeron de vuelta? -Gabino se dirigió a Velasco.

-No tengo información, no tengo intuición, no tengo... —los desconcertantes ojos azules miraban sin pestañear.

-Bueno -dijo el Pelado-, lo lógico es que esté con los pibes, bajo algunos cuidados especiales, porque fueron mellizos. Así como la llevaron a Paraná, porque ése era el único hospital donde podía estar, es prudente que permanezca allí hasta su restablecimiento definitivo, ¿no les parece? -buscaba el justo término, un suave equilibrio.

-¿Saben una cosa? -preguntó Migueles-. Tengo el presentimiento de que Tucho volvió, de que está por aquí cerca, a punto de mandarse otra cagada...

—No digas boludeces, Migueles... -contestó Velasco, con la voz quebrada.

—No hay ninguna posibilidad -dudó el Pelado.

-Aquí no sé -completó Gabino-, pero si María sigue en Paraná, puede ser que esté cerca de ahí.

De las anotaciones que Tucho dejó en La Habana

“Soy un cuadro revolucionario que cada día de su vida tiene presentes a su pueblo y a aquellos que cayeron por la liberación nacional. Pero, precisamente por eso, no puedo evitar pensar en la crisis angustiada que se cierne sobre aquellos que me juzgaron y que me condenaron, y sobre todos los que nos juntamos para combatir al enemigo en plazas desbordantes de alegría popular, hechos uno con los de abajo, y no a decenas de miles de kilómetros de distancia, en La Habana, lejos de lo que amamos y de aquello por lo que alguna vez decidimos darlo todo.” “Charla con el Comandante Horacio Mendizábal, Hernán, Vasco, Lauchón, miembro de la Conducción Nacional, Cuarto Secretario del Partido, Tercer Vicecomandante del Ejército Montonero, de paso por aquí -yo también estoy de paso por aquí-. Tiene un par de años menos que yo, pero se lo ve mayor y reflexivo. ¿Cómo me habrá visto a mí? Ya sé cómo me vio: con los mismos ojos con los que me miró René Chávez en la casa de la calle Alabama. Estamos de acuerdo con que el objetivo de la dictadura es aniquilar a la vanguardia revolucionaria y destruir al peronismo en tanto movimiento revolucionario de masas, ambos pilares de la superación histórica para la construcción nacional del socialismo. Las fuerzas reaccionarias cuentan

con mayor poder que las revolucionarias, y el campo popular resiste mientras 'prepara las condiciones para la contraofensiva'. ¿El campo popular prepara una contraofensiva?, le pregunto. Mientras seamos capaces de hostigar al enemigo consolidaremos una base de conducción para una fuerza popular militar mayor, responde. ¿Fuerza popular militar? ¿El pueblo se prepara para tomar masivamente las armas?, le pregunto. La dictadura no consigue ser aceptada por las grandes mayorías, ni política ni económicamente, y los obreros multiplican sus luchas reivindicativas. ¿Y cuál es nuestra contribución?, le pregunto.

La apuesta consiste en combatir para hostigar a los milicos y no permitirles su consolidación en un proceso con paz social. ¿Nosotros transmitimos a los laburantes que los estamos organizando para lograr la victoria, Hernán? Dice que sólo vamos a derrotar totalmente a la dictadura si somos capaces de empujarlos a una retirada sin orden. Eso es lógicamente redundante, Hernán, porque las dos proposiciones significan lo mismo. Probá invertirlas y te va a dar que sólo vamos a empujarlos a retirarse sin orden si los batimos por completo. Bueno, dale, decíme lo que pensás, propone. Pienso que soy un militante político, no sólo un miliciano; soy un cuadro fortalecido en su convicción de lucha contra la oligarquía y las fuerzas armadas opresoras. Pero por ser un cuadro revolucionario no puedo dejar de ver que estamos metidos en un ciclo nefasto. ¿De qué manera vamos a conducir desde la clandestinidad a obreros que permanecen en la superficie? ¿Cómo vamos a contragolpear dentro de mínimas condiciones de seguridad si la ofensiva va a estar concebida con una óptica aparatista en el contexto de un marcado desequilibrio de fuerzas? ¿Qué activos tenemos que no sea el puñado de vidas que nos queda para ofrendar al triunfalismo vanguardista, para pagar el alto costo de intentar forzar a la dictadura a que se retire desordenadamente? El secretismo, insultante para quienes como yo estamos volviendo, ¿indica una descomposición interna de tal magnitud que sospechamos la existencia de infiltrados entre nosotros? Si no hay ámbitos de participación ni siquiera al interior del Movimiento, si yo mismo no pude representarme como hubiera tenido derecho, ¿cómo podemos representar los anhelos populares? ¿Por qué razón algunos podemos evacuarlos y las estructuras no militares, los dirigentes gremiales y territoriales, tienen que refugiarse en el seno del pueblo? Yo nunca pensé en convertirme en un dirigente profesional del Partido. Pertenezco al campo de la liberación nacional en su conjunto. No necesito disciplina porque la tengo; lo que quiero es discusión. Tenemos que participar en la lucha de masas, no gestionarla para poder conducirla. Todavía no sé las coordenadas para el reingreso al país, según me explicaron, 'por razones de seguridad'. No están establecidas las llamadas de control al exterior. No me dijeron si voy a entrar con la cita dentro de una carta explosiva. No hay reconexión, ni el nombre de un compañero, su ubicación, el número de un pie telefónico. Y hoy es miércoles quince de marzo y me voy el lunes de la semana que viene. ¿Qué está pasando? ¿Es conmigo o es así siempre? ¿Cómo va a ser? Eso es lo que pienso. Estoy solo,

Hernán, pero entero, sabélo. Me contestó que no estábamos discutiendo órdenes sino políticas. Me gustó escucharlo decir eso. Creo que le importó lo que aporté.” “Es posible que el enemigo gane esta guerra, que ‘la den por concluida’, como me dijo Galtieri, que gran parte de nuestras fuerzas estén destruidas. Para que el proceso revolucionario se dispare hace falta que la gente vea a los gobernantes como usurpadores, que existan tensiones para las que los modos tradicionales de resolución del conflicto político estén obstruidos y la sensación de que están paralizados los cambios favorables. Pienso que tal vez el país vea a los usurpadores como reparadores y que la obstrucción estaba en el gobierno de Isabel y fue removida, y que el país vive una transformación promisoría que antes no tenía. Ya vamos por el tercer año del golpe militar. Tenemos cerradas las puertas (entre otras cosas por el pase a la clandestinidad) para hacer un fuerte trabajo político en el seno del pueblo. Por añadidura, la población se inclina por el que percibe que va ganando. Es así. Aunque también es cierto que esta circunstancia personal condiciona mis fuerzas, sé que lo que está en juego es más trascendente que mi vida y hasta la vida de María. Sin embargo, es posible, hablando con crudeza, que ganen esta guerra. Pero al costo de que la Patria pierda por mucho tiempo, por demasiados años, su conciencia moral. No es fácil vivir a cambio de aceptar que Videla irradia tu propia imagen. Voy a volver.”

-¿Cómo te torturaron? -preguntó Tucho. Caminar a cielo abierto le daba una tranquilidad inusitada, como si las sospechas y la falta de confianza fueran arrastradas por el viento que soplaba desde el mar.

— ¿De veras querés que hablemos de eso? Si vos ya sabés... A vos también te torturaron.

El Papi miró cómo el viento del Malecón se entretenía con los cabellos tiesos de Tucho y la luz antillana sólo alcanzaba la mitad de su rostro, transformándolo en el perfil tallado de una cuchilla de hacha. Graciela, una cubana, le había cortado el pelo muy corto y se lo había teñido de un rubio apagado. “Este pibe”, pensó, aunque él era bastante menor que Tucho, “mañana se toma el avión de regreso a la Patria, pero no para pelear la guerra que peleó como un hombre, sino para completar su itinerario a la condición de tal. Espera la muerte sin temor, y mientras tanto cumple con sus obligaciones”. El aire barría todos los ruidos, y al despojarlos de su contundencia instauraba una atmósfera de rezo y la transparencia de una estructura cristalina. Sintió un cariño infrecuente por él, un fervor frente a lo que le esperaba, lo que en cualquier otra persona podría haberse denominado fascinación. “¿De veras querés que hablemos de eso, cumpa?”

-Sí, ¿cuál es el problema? -Tucho recordó que alguna vez Papi había dicho al pasar que la cana le había dejado la verga como una empanada salteña.

-El problema es que mañana te volvés a la Argentina, ése es el problema.

-Por eso es que te lo pregunto. Yo tuve lo mío, y en determinados momentos, entre sesión y sesión de tortura, repasar lo que había escuchado y leído sobre el tema me sirvió para resistir. No es de masoquista que quiero escucharte...

-No te van a torturar, compañero. Pero mirá, Tucho... ya que precisas oír... -el Papi vivía olvidándose de sí mismo-. Al principio usaron una picana a la que llamaban creativamente "Martita Corrientes". "Te vamos a presentar a Martita" era todo lo lejos que podía llegar su imaginación en materia de humor. Yo estaba tabicado, tenía una venda sobre los ojos y por encima una capucha. Me engancharon una pinza cocodrilo en la pantorrilla izquierda y con una punta corta, como si fuera el extremo de una aguja de tejer, empezaron a recorrer mi cuerpo. Yo sentía unas mordeduras rápidas, como la que me dejó una vez una palometa cuando estaba entrando al agua en el Balneario Popular de Punta Lara, una especie de fiebre afilada que me atravesaba y se fundía con las paredes interiores del estómago, con las encías, con las venas de los huevos, que parecían adquirir una voluntad autónoma y el deseo de abandonar mi cuerpo. Después de un cierto tiempo de intimar con Martita me empezó a faltar el vigor, por los gritos que había pegado, porque los músculos se me habían agarrotado y porque con cada descarga saltaba de espaldas sobre el elástico como si estuviera domando un potro, pero boca arriba, espinazo contra lomo, hueso contra hueso. No grita la gente, Tucho, el que grita es el cuerpo. Primero sentí una especie de embotamiento, una sensación de irrealidad, como si no me estuviera pasando a mí. Después le dieron respiro a Martita y vino otra yegua, cuyo nombre mantuvieron en reserva. Ahí sí que empezó el baile en serio.

Papi lo miró por si advertía alguna clase de rescisión, pero Tucho lo estaba siguiendo como un escolar aplicado.

-La nueva púa, no sé decirte qué es lo que tenía de diferente, lograba que todo mi interior se retorciera como cuando exprimís una toalla mojada o un trapo de piso, o estrujás una soga. Cuando los muchachos se tomaban un respiro, la pierna derecha me quedaba temblando. Una voz dijo: "Aflojen un rato que está cargado". Pero un rato siempre se termina rápido. Yo estaba medio ido aunque por desgracia ellos continuaba allí. Cuando volvieron al ruedo aparecieron nuevos deleites: calambres por todo el cuerpo, una laceración quemante en la mirada que está detrás de los ojos, hasta que empezaba a hundirme y a sentir una angustia de muerte inminente. En ese punto pensé "ya está", y traté con toda mi voluntad de acelerar el proceso. Para el que está seguro de su causa, para un militante revolucionario de un movimiento de liberación nacional, cuando cae en manos del enemigo es mejor que lo peor suceda de inmediato, de una vez por todas. Allí empezó una lucha de mi voluntad contra mi esqueleto, contra la vulgar

subsistencia de un cuerpo sano. Tenía el propósito de morir luchando de una buena vez, lo que me aliviaba, pero esa determinación se topaba con el cuerpo, como te dije, chocaba contra episodios biológicos que tenían sus propios fines y por lo tanto sus propios planes. Mi decisión de morir se enfrentaba con el empecinamiento de mi organismo en seguir viviendo. Me acuerdo de haber pensado que era paradójico desear la muerte y contribuir para que sucediera por fin, debido al sufrimiento al que sometían a la carne, y que la residencia del dolor se resistiera a mi resolución. En un determinado momento, en el borde más extremo de una convulsión, la lengua se me fue tan atrás que traté de tragármela para asfixiarme, pero algo hizo que los tipos se dieran cuenta, porque pararon y alguien dijo “no te vamos a dejar morir tan fácil, guacho”. Y no me dejaron.

La ironía, en el Papi, era la expresión de su pudor. Sólo hablaba de sí cuando le era posible poner algo de sarcasmo entre lo que había hecho y su versión oral. El humor neutralizaba su falta de indulgencia consigo mismo. Tucho lo miraba con ojos de hoz.

-A esas alturas, y durante un tiempo que no puedo precisar, fue como caminar bajo una lluvia cremosa y espesa. No sabía si estaba vivo pero aprendí qué siente un espectro. Siente que cada ranura de tiempo es la última, que transita por sobre una especie de camino extinto en el que el aire es tan delgado como una transparencia. En algún sentido, los torturadores nuestros no son verdaderos profesionales, son apenas primitivos picapedreros que disponen de la violencia que hace falta para torturar, esa clase de imbecilidad rabiosa y malvada que al rato se les pasa. Ni siquiera estoy seguro de que crean en lo que hacen, más allá de ese modo de hablar que se copian entre ellos. Se esfuerzan y se refuerzan mutuamente. “¡Batallón de Inteligencia dependiente de la Jefatura del Ejército!”. La afirmación crece cuando se repite. No, Tucho, no hacen trabajo de inteligencia, son aficionados, depredadores, lo que no quiere decir que el número y el estudio de la equivalencia de las fuerzas deban soslayarse en el curso del análisis de las condiciones subjetivas y objetivas. Lo realmente excepcional entre los agentes de inteligencia del enemigo es encontrar a alguno que sea inteligente en serio.

-Batallón de Inteligencia Ciento Veintiuno -dijo Tucho, sin pensar.

-“De inteligencia” -insistió Papi imitándole la voz, con el gesto de quien no puede abrir una puerta con la misma llave con que lo hace diariamente-. ¿Cuál es su “inteligencia”? Cazan a uno de nosotros, lo transforman en un mendrugo de carne sufriente y miedosa, salen disparados con los dos o tres nombres que le arrancaron al moribundo y otra vez a empezar. No hay más que una compleja desorganización, un manojo de ambiciones personales, la codicia que lleva al pillaje y la pereza mental. El trabajo de ellos es hacerte sentir que sos una cosa, y por eso te tratan como un objeto. ¿Profesionales? Pongámosle que el general Carcagno simpatizara sinceramente con

nosotros, pero ¿te acordás de aquel número del “Desea” en el que declaró que ya habían pasado los tiempos en los que los yanquis les metían dos minas en la cama para comprarlos? Un profesional no se regala de esa manera. A ellos les gusta hablar de los “lagartos” franceses que pelearon en Argelia. Que eran resecos como una cepa de vid, que estaban unidos por la sangre y el horror del combate y que para matar se habían liberado de las trabas que todo cristiano tiene, pero que eso había formado parte de un proceso tan inspirado en motivos y pensamientos nobles como inevitable. Repiten las cosas que los instructores franceses les inculcaron. Pero nuestros militares gorilas nunca pelearon en Indochina. Por eso tal vez conozcan la marcha de los paracaidistas del Décimo Regimiento francés, pero jamás podrán cantarla con la desesperación y el honor de quien la siente propia porque la protegió hasta el límite de sus fuerzas. Tampoco son inflexibles, sino arbitrarios. No tienen hambre de gloria, tienen la voracidad de los que quieren vivir mejor con el saqueo y el despojo.

Las nubes de un cielo voluble y atormentado se perseguían rabiosamente.

-Después del recreo, para que no me les muriera -Papi inhaló como si estuviera a punto de zambullirse-, me carearon con alguien que me dijeron que era el Carancho, un compañero que estudiaba en La Plata y me parece que era del sur, de Rawson o de Comodoro Rivadavia. Me llamó la atención que el supuesto Carancho casi no hablara, a lo que sumé que unos días antes de mi detención alguien me avisó que lo habían matado. En una de esas iluminaciones que uno no sabe de dónde le llegan decidí seguirles la corriente, ya que estamos en la materia “electricidad” de nuestro programa matutino. “Pero Carancho”, me salió decir, “si vos estás acá, conmigo, vos sabés cómo son las cosas, ¿por qué no les decís la verdad?”. A mí la patota me imputaba haber participado en la opereta de Ornar Telémaco, no sé si te acordás, aquel policía salvaje que fue ajusticiado a fines del setenta y cuatro. Me parece que en ese momento alguien me puso en el sendero estrecho, sinuoso e imposible de predecir que te conduce a conservar la vida, a salvarla, o mejor dicho a salir vivo, que no es lo mismo. El papel principal lo desempeñan el azar, la oportunidad, la decisión, no el coraje. Los tipos se quedaron cortados, se llevaron al supuesto Carancho, que yo creo que no era él sino otro y, ¡por fin solos!, me mostraron nuevas originalidades que me tenían reservadas. Y otra vez al elástico, a hundirme, a repetir que no sabía de qué me estaban hablando, a decir que conocía a Esther, que yo sabía que estaba presa y legalizada, y otra vez ellos enfurecidos preguntándome si los estaba tomando por pelotudos, encorvados sobre lo que quedaba de mí. “¡Qué carajo nos importa Esther si ya está presa!” Se me dio por pensar que nadie se iba a acordar de mí, que si algún compañero me estaba escuchando gritar sólo iba a ser capaz de contar que un tipo con mi nombre de guerra había sido torturado hasta la muerte. Eso me angustió de una manera sorprendente. Sumáale la preocupación, un desasosiego que de todos modos se desvanece rápido, derivado de la pérdida de partes de tu cuerpo que hasta

entonces pensabas que no te iban a ser arrancadas, como por ejemplo los dientes. Lo bueno de la situación es que gradualmente la carne comienza a convertirse en andrajos y el sentimiento de pérdida y de vergüenza se desvanece. Fue en ese punto cuando creí escuchar a uno que era yo en el fondo de mi conciencia que se reía de todo aquello, que hasta podría decirse que estaba divertido con el momento. Alguien que había estado parado detrás de la cabecera del elástico durante esa última fase sobre Esther, que yo no había oído llegar ni advertido, dijo: “Va a costar, ni siquiera lo asustaron, el tipo está loco.” Me sentí desenmascarado. Más tarde supe que ese desconocido tenía razón. Que no hay otra manera de salir de allí si no es al costo de volverse loco. Y mientras los demás se encarnizaban conmigo, agregó: “No te vas a morir como siempre aspiraste morirte, ni lo sueñes. ¿Una trascendencia heroica? Te olvidaste que esa forma de morir precisa un testigo, alguien que lo cuente, y así como nadie sabe dónde estás, nadie se va a enterar de cómo moriste”. Se me heló la sangre.

Papi entró en uno de esos paréntesis que Mendizábal denominaba “silencio elocuente”. Luego, volvió a la arena.

-El de la tortura, Tucho, es un tema que tiene muchas aristas -liberaba con usura palabras exhaustas-. Me parece que no existe fuerza en el mundo que pueda torcer la voluntad de no hablar de un hombre. Pero si es así, no siempre esa voluntad es igualmente férrea. De hecho, si hoy me tocara de nuevo, no sé qué pasaría. Me gustaría morir revalidando el título de “combatiente revolucionario”, pero hoy no sé qué pasaría, te lo digo francamente. No por nada Velasco se banco la tortura una vez y años después, habiendo compartido la cárcel con vos, te entregó. No por nada llevamos la pepa al alcance de la mano. La Conducción, por iniciativa del Pelado Diego, que dicho sea de paso cuando tuvo que tragársela eligió negociar con las fuerzas represivas, decidió elaborar la pastilla porque si Quieto había cantado, ¿cómo no iba a cantar un soldado? De ahí la orden de empastillarnos en determinadas situaciones. Mirá, los cubanos nos prohibieron su portación en territorio de la isla, pero para los que viajamos seguido al exterior es una complicación no tenerla. Yo, a la mía, no la suelto ni en pedo.

Y metiendo la mano trabajosamente en el bolsillo para llevar las monedas del bluyín, sacó un cascote de tamaño tal que Tucho le preguntó cómo se hacía para que pasara por la garganta.

—No te preocupes, hermano, el doctor Cagazo te va a explicar qué hacer si llega el momento -la parte superior era roja y la inferior neutra, grisácea—. Con esta pepa, apenas la tocás para llevártela a la boca ya estás muerto. Del susto. Y no te preocupes por el miedo. El compañero Lino Roqué solía decir que él quería combatientes que tuvieran miedo, no de esos a los que no les importa ni la vida ni la muerte. ¿Sabías cómo murió

Lino? -Tucho algo conocía-. Lo que se cuenta es que el año pasado regresó al país y se enfrentó solo contra una patota de la ESMA, a la que le bajó varios muñecos. Cuando se quedó sin municiones, se hizo papilla con una bomba de exógeno, el último artículo que le quedaba en stock. Un traidor que había intervenido en el tiroteo se puso risueño. Parece que el jefe del operativo le dijo que él no festejaba la muerte de un enemigo que había combatido con tanta fiereza.

De las anotaciones que Tucho dejó en La Habana

“Lo del Papi, sin palabras. ‘Y, si vos pensás que la vas a necesitar, si estás convencido...’, rumió, y metió tres dedos en el bolsillo para monedas del bluyín, sacó la pepa y me dijo: ‘Entonces tomá la mía. Aunque no te va a hacer falta’. Lo abracé con un júbilo sombrío. El solícito Roly me trajo en el AZLK Dos Mil Ciento Cuarenta del Ministerio del Interior, familiarmente designado como Moscovi, desde el Hotel Sevilla, donde almorzamos. Una sola frase hasta Avenida Primera y Calle Dieciséis: ‘Asere, pasa la manigueta que aquí no hay aire acondicionado’, dijo para pedirme que bajara la ventanilla porque hacía mucho calor y yo me había distraído. Los Moscovi están preparados para los cuarenta grados bajo cero de Verjoyansk y en Cuba adaptan el termostato. No sé qué tipo de adaptación le hacen pero de los motores sale un calor libio. Se despidió con un estilo administrativo impropio de su naturaleza vehemente. Pensé que se había quedado sin nafta por los excesos del fin de semana, o que estaba cumpliendo al pie de la letra con alguna prescripción del manual operativo socialista para adioses, Título tercero, Capítulo cuarto. Cuando subí, dentro del departamento me estaba esperando Rueda Molina. Para la entrevista de egreso de la isla, habían elegido tropa de Élite, uno de los mejores. Se fue enseguida. Marzo; aquí luego vendrá abril con sus madrugadas húmedas, enseguida mayo, el mes de las lluvias, y más tarde noviembre, cuando es más bella la luz habanera. Jamás pensar en la posibilidad de tener éxito; concentrarme sólo en la imposibilidad del fracaso. Ya casi no hay luz. El mar tiene color pulmón. Nadie navega, nadie camina por la playa, nada ni nadie emite sonidos. María, no hago otra cosa que recordarte. Mi vida. Nuestras vidas, María.”

Capítulo 10

Los jardines lóbregos

Hospital Militar-Paraná-Provincia de Entre Ríos

Había sido un día sofocante, de un calor cremoso, coagulado. A través de la ventana con la reja áspera de madera de pino el sol de marzo irrumpía en exhalaciones coloreadas que imprimía sobre las superficies planas de la sala. María giró la cabeza hacia la izquierda y entrecerró los ojos a causa del resplandor. Estaba sentada sobre la cama, frente a la puerta donde se paraba el guardia de civil, con la espalda apoyada contra la pared y los pies sobre las sábanas. Había cubierto sus piernas con la parte inferior del batón estampado en morados que llevaba y las había abrazado, como si las acunara. El muchacho de ojos achinados, orejas de gruesos lóbulos y bigote ralo la miró, por si necesitaba algo. No necesitaba nada.

Pasado el mediodía, el capitán Pepe partió rumbo a La Intermedia, según dejó dicho. Los mellizos habían nacido hacía más de dos semanas. Al día siguiente del parto se los habían llevado del Hospital Militar, porque por ser sietemesinos estaban inmaduros y débiles. María había podido retener al varoncito unos minutos sobre su pecho. Dos días después se le había retirado la leche. El teniente primero médico Magnum la había visitado, al principio, tres veces. Los que asistieron el parto no volvieron más desde aquel sábado. La comida la traía la guardia, de la que el muchacho que cuidaba la puerta era el mejor. Un pibe nacido en Rosario, hijo de formoseños, con el que solía conversar.

“Me habla de la cultura toba, de sus reyes, sus dioses. Y mi Dios, ¿dónde está?” María balanceó la cabellera tibia de oro disuelto. “Me gustaría decirle que no quiero pedir nada.” Como un mareo, volvió a ella aquel sentimiento indescriptible, perturbador, que le producía a la vez dolor y agrado, como acaso sientan las plantas cuando les brota una flor: quería morir, marcharse, terminar con todo aquello y a la vez quedarse allí,

inmóvil y callada.

“Actué de la única manera que hubiera podido actuar. ¿Cómo seguirá siendo el mundo después de mí? Cuando esté muerta ya no experimentaré dolor ni temor. No voy a vivir con Tucho, con el Quinqui, con los mellizos y si no voy a vivir así, con ellos, no quiero vivir. Si los mellizos estuvieran con mis Viejos, si tuviera la seguridad de que van a estar con ellos me sentiría más tranquila, pero no puedo seguir así, vivir un día más igual al anterior.” Mañana, pasado mañana y después otro día. María ya no pertenecía al mundo de las situaciones de luz que se suceden.

“La muerte va a enmudecer los murmullos insufribles de esta sala en donde sobrevivo, los borceguíes arrastrándose y trayendo una humillación después de otra, el maltrato de la soledad, el sobresalto...” Respiraba sorteando angustiosos obstáculos, el corazón le latía con golpes desordenados. “Me costó quedar embarazada del Quinqui. ¡El médico nos encargaba cada cosa a mi compañero y a mí! Yo no podía hablar de eso con nadie, ni en la Facultad, ni siquiera con mi Vieja. La vergüenza... ¡por Dios! Pero cuando llegaba adonde militaba, en Santa Rosa de Lima, se me iba el recato y charlaba hasta por los codos. Les contaba todo, día tras día. Al padre del Quinqui lo cargaban... el Negrito Barragán, su mujer, Nancy, mi gente. Allí era la que no podía ser en otras partes. Donde quería ser yo. ¡Qué pena siento, qué angustia! Es como rachas de un viento que viene y va. No dejaré un sueño sin realizar sino, en todo caso, un sueño sin ver realizado. Pero va a suceder sin mí, como sucedía cuando yo no formaba parte de él. Si no les dan los chicos a mis viejos o a mis hermanos, el pueblo los va a ir a buscar hasta encontrarlos y yo voy a estar en ellos. Tengo tanta tristeza, siento tanta soledad. Con Tucho al lado soy más fuerte. El también es diferente conmigo, distinto al que era sin mí. Mi amor por él me acompañó a todos los lugares donde tuve que ir. Y estuvo bien que así fuera.”

María soltó un largo suspiro y luego se echó a llorar, un llanto convulsivo, consolador, muy amargo. El guardia se dio vuelta para mirarla. Luego desplazó los ojos hacia otro lado, como llegando a un acuerdo. Sintió que su mente se convertía en una extensión seca, en una herida dilatada y adormecida. De alguna manera, la ausencia de Tucho lo perfeccionaba como amante, le daba una terminación ideal, al mismo tiempo que confinaba sus sentimientos por él a un área separada del mundo, que no admitía ninguna retribución. Sintió cómo caían sus lágrimas; lloraba en silencio como alguien que tiembla de gozo triste en el ardor de la tarde de finales del verano. Se remontó a un tiempo tan remoto que no pudo recordar de qué se trataba. Era una piedra de dolor formidable cayendo en un agua de males tan dilatada que sus círculos concéntricos llegaban más allá de donde era posible conocer.

“Ahora queda el trabajo de mantener a raya la ansiedad insoportable de no saber

cómo va a ser. Mi experiencia no va a terminar conmigo ya que no está en mí, sino en aquellos con los que la transitó." Se dio cuenta de que los pensamientos eran repetitivos. "Soy lo que quise llegar a ser y en consecuencia no siento arrepentimiento frente a lo que me sucedió. No pude hacer más ni pude ser distinta..." -¡Cierre la puerta y espere del otro lado! -la voz del teniente primero Palo no guardaba relación con su talla. Era bajo, y parecía creer que los gritos lo elevaban algunos centímetros. Desde el viernes de la semana anterior había regularizado sus visitas, más o menos a la misma hora, cuando sólo quedaba la guardia. A aquel lugar del hospital prácticamente no iba nadie-. ¿Cómo estás hoy? -preguntó mientras arrastraba una silla hasta las proximidades de la cama y se sentaba con el respaldo hacia delante, ofreciéndole una gran sonrisa descabellada. María se afirmó contra la pared y alisó la tela del vestido que le cubría las piernas.

-Bien, estoy... ¿Y usted?

-Ya te dije que podés tutearme... Al fin y al cabo, soy cuatro o cinco años mayor que vos. No es tanto.

-Me cuesta. Ni nos conocimos en la casa de... de mi amiga María Alejandra -el corazón le dio un vuelco, aunque había nombrado a alguien del todo alejado de la política-, ni estamos en una peña universitaria.

-Mejor que estemos donde estamos y no en una peña universitaria. Pareciera que vos te olvidás que cometiste un pecado muy grave -la miró como si dudara entre concederle o no la absolución-. Pusiste en riesgo la seguridad integral del Estado y el sistema de vida de la población. Eso por lo que a vos concierne. En cuanto a Tucho... -María lo interrumpió.

-Ya hemos hablado de eso, ¿no? Una, varias, demasiadas veces... Yo con el asunto de Tucho no tuve nada que ver, y además, aunque usted no me lo quiera decir, estoy segura de que lo mataron... -mientras repetía la letanía tratando de ponerle el énfasis imprescindible para que no se notara lo que era, recordó sus propias palabras: "Yo voy a decir que me engañaste, Tucho, que sos un hijo de puta, que no te importó nada ni de tu mujer ni de tu familia".

-¿De dónde sale esa certeza? -todavía no lo habían cazado, pero no iba a decírselo. Le molestaba hablar de aquel hombre. La miró con sus ojos negros, anegados de una luz negra.

-Lo sé, sencillamente lo sé -le hablaba con un desapego inflexible.

-Puede ser... Los que están bien son los mellizos. En el Instituto Privado de

Pediatría tienen una sala de neonatología flamante y se están recuperando a pasos agigantados -María sintió un escalofrío, creyó que iba a derrumbarse.

— ¿Puede ser o ya lo mataron? ¿Cuán... cuándo van a darles los mellizos a mis padres?

-Depende mucho de vos el momento en que se los llevemos -Palo puso una expresión de orgullo pero algo forzada. Sus labios apenas se movían cuando hablaba.

-¿Y yo qué más tengo que hacer? ¿Qué puedo hacer? Ustedes me habían dicho...

-Tendrías que saberlo... ¿Pensaste en el nombre que les vas a poner?

-¿En el nombre de los mellizos?

-Sí.

-Y... a la nena me gustaría ponerle Nancy... eh, es un nombre que siempre me gustó... y al varoncito -“Edgar”, vociferó su pecho-, eh, le pondría Rogelio, como mi Viejo. Nancy y Rogelio...

-A la nena, ¿por qué no le ponés Soledad?

-No lo entiendo.

—Soledad... ¿Qué es lo que no entendés?

-A usted no lo entiendo. Soledad... ¿no se le ocurre otro nombre para estropearle todavía más la vida? -Palo la miró como si un reparo le impidiera leer en las hojas de un libro. Un reflejo púrpura de marzo hizo sangrar la mejilla izquierda de María, que pensó que el hombre no veía lo que estaba pasando o si lo veía no tenía vocabulario para expresarlo.

-A mí me parece un nombre muy lindo. Soledad, la de Barracas, una de las Islas Malvinas, “la soledad lo es todo si no tienes nada”, como decían en Casilda cuando era chico. —Se había quedado sin argumentos.

-¿Usted es de Casilda?

-Sí, allá viven mi madre y mi hermano menor.

-Conozco... lindo lugar...

—El lugar es lindo, pero la verdad es que nunca fui feliz allí...

-¿Por?

—No sé, la gente, los pibes cuando era chico... Mi padre murió, y cuando empecé a cursar el Liceo Militar General Belgrano y volvía al pueblo, los que habían sido mis compañeros se burlaban del uniforme -María creyó captar la esencia de aquel hombre que trataba de hacerle sentir que su vida estaba en sus manos. Las cóleras del débil, las sumisiones del servil. Se sintió loca, pero por la misma razón, dueña de la malicia de un loco.

-Sabe, entonces, lo que es perder a un padre, conoce del sufrimiento de un niño...

-Sí, claro que sí, ¡pero mi padre no murió poniendo bombas...! ¡¡¡Por eso es que yo no soy un represor, no soy ningún asesino, soy un soldado del orden!!! -se había parado y hablaba a los gritos—. ¡Si no hubiéramos intervenido como lo hicimos y lo estamos haciendo no hubiésemos podido salvar a la Patria y hoy la bandera argentina habría sido reemplazada por un sucio trapo rojo...! -se pasó el extremo de la lengua por los labios secos. El sonido cercano del galope de un caballo los hizo mirar a ambos hacia la ventana cegada por la reja.

-Yo tampoco pongo bombas, y lo que haya hecho Tucho, ya se lo he dicho, es cosa de él -se sorprendió por la deferencia de su propia voz. Palo la miraba con fascinación, o con lo que su alma pudiese encontrar fascinante.

-Puede ser, puede ser... No es fácil este trabajo, a veces nos hace decir cosas sin desearlo, violentándonos a nosotros mismos, o cosas tal vez correctas pero a la persona no indicada -tocó una pequeña caja que llevaba en el bolsillo del pantalón. Guardaba dos pendientes de plata celta, primorosamente trabajados, que había comprado para regalárselos a María Bueno... María, mirá... este... Tengo que seguir trabajando. Tal vez mañana martes me pegue una vuelta por aquí y seguimos conversando.

-Así será, entonces -los ojos de María lloraban, secos y fijos. Vio ir hacia la puerta la cabeza de pájaro con el pelo cortado a navaja, observó cómo la abrió, oyó la orden seca, miró hacia el rostro condescendiente del guardia que la vigilaba, como si comprobase si todo estaba en su sitio y no faltara nada. El canto atónito de un boyero la llevó por un segundo a su infancia y a los paseos familiares por las costas del litoral.

“Tucho, Tucho... Hay dos esperanzas dentro de mí. Una consiste en escaparme y

la otra en morirme. Cuando predomina la primera, enseguida llegan el miedo y la desesperación. Tengo que mantener a raya esa emoción, aplastarla, porque al cabo de este camino no hay un final feliz. En cambio, la segunda me permite navegar en un estado de indiferencia infranqueable. Si prescindo de mí nada es irrecuperable ni nadie es insustituible. Tengo que hacer el esfuerzo de pensar así, sin la esperanza personal que me asusta y me angustia porque no hay nada que pueda hacer. Estuvimos preparados para morirnos desde el comienzo y eso fue lo que le dio a nuestras vidas resplandor y belleza. Sólo pretendíamos un final apropiado para nuestras peripecias. 'Que nunca mi nombre esté unido a la tristeza', decía Fucik, ¿no? ¿Cuáles serían las consecuencias de seguir con vida? La angustia viene de la inexistencia del futuro, que es donde está la esperanza, pero el futuro que no existe es el mío, no el de los que me importan. Pienso ahora que hay un deseo violento del cuerpo para imponerse con su hambre vital. No es una esperanza sino apenas un mordisco orgánico. Esperanza es morirme rápido y bien, porque ese sentimiento me da las fuerzas que tanto necesito."

Mientras la tarde se desmadejaba entre vapores de calor tumefacto, tuvo un pensamiento al que le asignó una gran importancia. Ya no habría entre ella y Tucho una separación como las que ocurren cuando termina el amor; jamás existiría ese momento en el que se está frente a frente con la persona que alguna vez se amó y ella ha dejado de estar allí. Le pareció que ese hallazgo le decía algo oscuro y nuevo, algo brusco e inminente destinado a prevalecer por una fracción de segundo y a extinguirse.

Capítulo 11

Iris intensamente amarillos Ijuí-Rio Grande do Sul

-...ya falta menos -murmura Tucho, con una andanada de impaciencia que llueve serpenteando por la espina dorsal desde las alturas de las cervicales-. Hace un par de horas que dejamos atrás Passo Fundo, y no debemos de estar lejos de Ijuí.

Dobló gradualmente el mapa de papel ilustración. Era uno de esos ejemplares que tanto le gustaban, primorosamente detallado, con una tipografía nítida, símbolos inteligibles, colores brillantes, cursos y masas de agua sobre los que no se superponía ningún signo que perturbara sus superficies. Tenía un solo defecto: las dificultades que se presentaban en el momento de plegarlo. Era necesario ensayar diversas variantes hasta dar con la adecuada.

El sol de la tarde de marzo golpea el vidrio de su ventana lo suficientemente fuerte como para que, con el añadido del agónico aire acondicionado del ómnibus, el calor le humedezca la frente. Se pasó la proa de la lengua sobre los labios secos. Algo, el olor a metal caliente, a plástico y a ropa húmeda, le recordó otra tarde en San Juan, en otra vida. Y también un trocito de tela almidonada de Leguizamón y Castilla, que recogió del piso del corazón: "El gaucho que anda escapando, no desensille. No vaya que, andando el vino, me lo acuchillen". Empezó a adormilarse, y después a sumirse en un sueño cada vez más profundo.

Al tiempo se despabila, sobresaltado. Toma la decisión de quedarse momentáneamente en Ijuí, cuando acaban de dejar atrás el Monumento al Pionero a la entrada del poblado. No es una parada prevista. Levanta el bolso que lleva bajo las piernas y, como no está ocupado el asiento contiguo, en cuatro o cinco zancadas llega hasta el conductor. Le pide que lo deje bajar.

El hombre lo mira desde detrás de sus iris intensamente amarillos, primarios, como dos soles enconados, fulgurantes contra su piel cobriza. Frena con cierta brusquedad y Tucho salta sobre la vereda. Se da vuelta para agradecerle y el chofer hace una venia con la cabeza, que culmina en un pelo ondulado y oscuro, sometido a fuerza de brillantina.

Como si fuera un cartel luminoso, le viene a la memoria una propaganda vista en alguna publicación de su infancia: “¡Enamore cada día más! A su esposo, su novio o su pretendiente... El brillo del cabello revive con Aceite-Brillantina Palmolive”. A esa facultad suya los compañeros la llaman “hipertrofia de la memoria fotográfica”.

Mira a derecha e izquierda para orientarse y decidir hacia dónde rumbar. Le parece que las nubes están absolutamente inmóviles y que tienen una textura insondable de carbono, sin reflejos. Repentinamente, haciendo chirriar sus frenos, una camioneta Chevrolet C-10 color damasco metalizado se clava en el lugar donde unos segundos antes había estado el ómnibus.

Bajan cinco hombres: dos de la cabina y -a la carrera tres de la caja. Pistolas 9 milímetros, 11.25, una escopeta recortada Bataan. Ropa de civil, vaqueros, camperas, algún antejo oscuro, rostros descubiertos. La fluorescencia ardiente de la tarde rebota sobre la ventana de expulsión de un arma y le hace daño en la vista. A pesar de que la luz vespertina a esa hora es vigorosa, de los faros del vehículo —que están ubicados más atrás que la parrilla salen dos surtidores irradiantes que sofocan los destellos de los bordes de los objetos.

El conductor tiene la parte superior de la cabeza cubierta con una remera, como si fuera un turbante, y está vestido con informalidad, lo mismo que el acompañante, que lleva una pistola en la mano. Es lo que puede ver hasta que recibe el primer golpe. En un añico de segundo le viene a la mente la mirada de aquel tipo que en el aeropuerto de Galeáo subía por la escalera mecánica mientras él bajaba, y el otro de aspecto femenino que en la terminal de ómnibus de Rio lo observaba mientras ambos caminaban hacia el sector de las plataformas.

Lo aporrean mientras lo insultan. Unas calandrias alocadas perforan la atmósfera a baja altura. Lo hacen caer, le esposan los brazos a la espalda y ambos tobillos y lo suben a la caja. Allí lo tiran sobre el piso, le ponen una mordaza, lo cubren con una lona y dos individuos se sientan encima de su cuerpo. El umbral de la cosificación: es la hora de hacer de silla.

Tucho trata de rebobinar los acontecimientos de unos segundos atrás. Los de la

caja están de civil y de sport, entrevé algún arma larga, también un anteojito para sol. Le llama la atención que no lo hayan encapuchado. Maldice no haber tenido tiempo para tragarse la pastilla, acondicionada dentro del cinturón, cubierta por un pequeño trozo de viyela. Enero, Mar del Plata. La pick up arranca escandalizando. Tucho sabe, antes de perder el sentido de la orientación, que van hacia el norte.

En un santiamén entran en un camino rústico. Las irregularidades hacen que quienes están sentados sobre él salten y le caigan encima como bolsas de arena. Una subida fugaz, las vías del ferrocarril, un descenso urgente, una curva, una contracurva, ni una sola palabra.

Doblan hacia la derecha describiendo un abanico, como si el coche de pronto hubiese perdido su peso y se desplazara ingrávido como una luciérnaga. Hay ruido de grava triturada. Por fin se detienen.

Escucha que alguien pregunta: “¿No lo tabicaron?”. Otro responde: “¿Para qué? No lo va a necesitar”. Le quitan la lona, le patean las costillas ordenándole que se levante, lo lanzan al suelo desde arriba de la caja.

Cuando alza la cabeza se ve en mitad de la circunferencia de un cono invertido, rodeado de pinos. Un alud de luz arenosa cae desde la cúspide y le encanece la cabeza que Graciela, la colaboradora cubana, había teñido en La Habana.

Lo llevan a la rastra hasta el interior de una habitación. El quirófano; la parrilla. Le parecen fracciones de segundos las que transcurren hasta hacerse cargo de que está desnudo y atado en equis con cintas de persianas enrollables a los cuatro ángulos de un elástico, mientras alguien se ríe en voz alta, otras voces insultan y dan órdenes, y a unos chasquidos los sigue el olor como a herrumbre agria o a saliva evaporándose.

La pieza es alargada y da la sensación de que se va haciendo más angosta y más baja hacia el fondo. Termina en una escalera de material, debajo de la cual hay un escobero con una pequeña puerta doble de madera pintada de azul, abierta.

Desde adentro lo miran tres individuos mal entrazados, que se amontonan juntando sus cabezas porque el techo es un plano en declive. Tucho achina los ojos y trata de erguir un poco más el cuello para ver mejor, pero lo petrifica un alarido. Lo que sigue es indecible.

-¿¡Esto era lo que vino a buscar, Mayor!?! -grita alguien a quien los demás llamaban “Barba”-. ¡Bueno, se acabó, aquí lo tiene, aquí lo tiene! -el final de las palabras, debido a los gritos, se desmenuza como pedregullo.

-¡Bueno, aquí lo tiene, aquí lo tiene! — repiten los tres del fondo, con esa voz grave de los escolares aplicados-. ¡Se acabó, aquí lo tiene!

Tucho empieza a corcovear y a estremecerse, mientras la picana eléctrica curiosear por sus tetillas, sus axilas, su verga, sus encías, el arco de sus párpados. En dos oportunidades anteriores había sido torturado; pero esta tercera vez es distinta. Recuerda con todo el cuerpo.

Con sendos garrotes, dos de los tres de la caja de la Chevrolet -uno con la piel del rostro que parece estar sostenida en su lugar por un cordel demasiado grueso y el otro que se parece a Edmundo Rivero en la juventud lo golpean con una parsimonia burocrática sobre la rótula de la pierna derecha. Tucho vislumbra: obedecen, no son responsables, no sienten culpa. Son pensamientos que se parecen a hojas de sierras, a cuchillas dentadas. Lo que lo ultraja, en realidad, no es su pensamiento sino el dolor en la articulación, un dolor intenso, insoportable, enloquecedor.

Lo que siente está del otro lado de la condición humana, del hábito de tomar decisiones, de una conciencia lógica incluso en la incoherencia. Aúlla hasta ahogarse en el silencio del que está forrado su grito. La mordaza se le cae y el nudo queda por delante. Como una silueta furtiva pasa por el interior de sus ojos una revista mexicana de editorial Novaro que ha leído a los siete años: "Hopalong Cassidy-La muerte estafada-La fuga del bandido y media onza de horror". Muerte, fatiga, horror, memoria efímera.

Cuando el Barba -Tucho reconoce en él al del turbante, al que manejaba-, el picado de viruela llamado Fredy y el cantante de tango al que le decían Coco Barcala se cansan y salen de aquel cuarto que huele a carne quemada, a acaroína, a grasa cruda, el dolor que había parecido amainar vuelve con desnudo. El dolor tiene esas cosas: a veces parece que se olvida de sí, pero lo hace sin soltar la presa. La rodilla tiene el aspecto de un hígado recién extirpado, detrás de la frente parece hervir aceite mineral, la piel se le desprende dentro de la boca.

Mientras se palpa con la lengua, a sus espaldas se oyen ruidos, el golpeteo de unas castañuelas perezosas, el caracoleo de unos cascos arrogantes sobre el piso de la habitación, de cemento alisado con rodillo.

Gira su cabeza hacia atrás todo lo que puede y alcanza a ver entrar un caballo blanco indeciblemente bello, que parece ataviado de un manto de niebla condensada, con una curiosidad noble y serena que lo lleva a mirar aquí y allá con ojos profundos.

De la cruz al suelo mide más de un metro setenta, tiene las cañas delgadas, el lomo

combado y la crin, la cola y el tupé vaporosos. El animal pasa a su lado como venteando un filón del que le habla su instinto, y en un momento dado se detiene, gira la garganta, lo ve, y dándose la vuelta acerca al rostro de Tucho sus belfos mórbidos y disolutos.

La carne extrema, amarrada sobre aquel elástico sanguinolento, hace un esfuerzo animal para acercarse a esa otra carne palpitante de vida y señorío. El aliento del caballo, el aire que exhalan sus fosas nasales, lo embriagan transportándolo más allá de aquel degolladero hediondo.

-¿¡Esto era, Mayor!?! -la voz en falsete del Barba, parecida a otra que de un modo insondable, pero infalible, había sabido que volvería a escuchar segundos antes de morir, le informa de golpe que su mente le procura un respiro, que en realidad la visión es un sorbo de aplacamiento que sus reservas encuentran vaya a saberse dónde-. Vaaaamos, Fredy, vamos Coco Barcala, vos, Pellegrino —se suma otro ¡Denle lo que vino a buscar y más también! ¡Vaaaamos, carajo, vaaaamos...!

Y le dan más. Picana. Garrote y picana. Labios, agujeros de la nariz, párpados inferiores. La lengua se le va tan atrás que cree que se la traga. Le ponen una placa de hierro en la boca. Los dientes empiezan a quebrársele uno a uno. Las muelas estallan como ampollas de vidrio. Los incisivos centrales se parten como camafeos de ágata. Los nervios desnudados brutalmente le ennegrecen la conciencia.

Entonces, con una pinza tenaza le aferran los testículos y comienzan a tirar de ellos. Con ese arrancamiento, Tucho siente que le desgarran el estómago, la garganta y un patio en su cerebro donde todo aquello confluye.

Desde la cabecera del elástico, de donde proceden los alaridos del Barba, dos manos al unísono -como dos valvas calcáreas y neumáticas lo golpean sobre las orejas. Como si millares de agujas lo hincaran en el mismo punto para enseguida desprenderse y hundirse en el encéfalo, Tucho siente vértigo y náuseas, e inmediatamente un zumbido, un catarro repetido por el eco, como una piedra rodando, reduce la percepción del sonido periférico. Más allá de sus límites le parece estar contemplándose desde un mundo exterior. “He visto cosas que ustedes no creerían. Naves de ataque ardiendo sobre el hombro de Orion. Rayos C brillando en la oscuridad cerca a Tannhauser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia.”

A continuación Pellegrino lo aferra del brazo izquierdo y empieza a sacudirlo como si fuese un tallo, una caña. Todo le llega desde muy lejos, como un rumor.

Atina a abrir los ojos. Un hombre de cerca de sesenta años le había tomado

delicadamente el codo. Tucho se afirmó en el asiento del ómnibus y miró aquel rostro de este mundo, con los anteojos de marco negro y el bigote canoso recortado con cuidado.

-Gritei? -pregunta en un susurro, intuyendo que se trataba de un brasileño-. Eu gritei?

-Nao, você nao gritou. Mas quase parecia que voce estava morrendo...

El hombre vuelve a su asiento con una extrema delicadeza y economía de movimientos, sin sacarle los ojos de encima, en la misma fila que Tucho, junto a la ventanilla opuesta.

Mira a través del cristal de la suya. Unas nubes mofletudas nadan enérgicamente sumergiéndose en el viento para luego volver a emerger. Alcanza a leer en un cartel: "Santo Angelo 43 km". Palpa la pastilla de cianuro que lleva en el interior del cinturón.

Acaban de salir de Ijuí. Falta menos para la frontera.

Capítulo 12

La salida

Paso de los Libres-Provincia de Corrientes

“El Uruguay no es un río, es un cielo azul que viaja..La litoraleña de Aníbal Sampayo le sonó en los oídos, acompañada por la percusión de los neumáticos del ómnibus, mientras cruzaba el puente Uruguaiana-Paso de los Libres. A esa hora de la noche no era un cielo azul sino una cavidad sofocada, veinte metros más abajo.

“Los amores de la costa son amores sin destino.” Brasil quedaba atrás. Con la mano derecha palpó el pasaporte guardado en el bolsillo inferior de la campera con el que haría los trámites de ingreso al país.

“La ofensiva enemiga no ha cesado...”, pero la defensa activa de las masas augura un auge de la resistencia, “que permite pronosticar la aparición de condiciones favorables para la multiplicación de los conflictos de los trabajadores” y la consiguiente planificación de una contraofensiva del campo popular. Las voces de los compañeros que habían quedado en Cuba se le mezclaban con la melodía de Sampayo y con lo que le esperaba a algunos minutos de distancia. El Movimiento Peronista Montonero: ¿qué argentino había visto alguna vez semejante criatura? “Chuá, chuá, chuá ja, ja, ja, no cantes más, torcacita, que llora sangre el ceibal” Tucho se acomodó sobre su asiento, contiguo a la ventana; el del acompañante estaba vacío.

Recordó la charla mantenida con Mendizábal el martes de la semana anterior. ¿Haría el Lauchón con su madre? ¿Se mostraría resuelto frente a ella? ¿Sería capaz de contener las lágrimas? Pensó en la suya, y aspiró el remoto olor a aceite de oliva que exudaban sus manos cuando le curaba el dolor de oídos. “Lo primero que voy a hacer en cuanto pueda es llamar a la Vieja”, prometió con remordimiento.

“¡La Orquesta Roja!”, recordó. Había leído ese libro en el setenta y tres, lanzado al mercado por la editorial Emecé dentro de la colección “Grandes novelistas”. Adam Kuckhoff era el nombre de uno de los pilares del grupo berlinés de la red de espías antifascistas y prosoviéticos, dramaturgo y periodista, ejecutado en agosto del cuarenta y tres en la prisión de Plötzensee. Su destino personal lo tenía sin cuidado; sólo lo acongojaba dejar a su hijo Ule, de cinco años. Pensó con dolor en el Quinqui, en los niños que María habría dado a luz, recordó los cuatro versos que Kuckhoff escribió en una tira de papel cuando fueron a buscarlo a su celda: “Mi hijo querido, mi gran y última dicha. Te abandono y te dejo sin padre. ¡No! Un pueblo entero -no, no es bastante-, la humanidad entera te servirá de padre”. Le pareció entender lo que significa morir más de una vez.

“Esta historia no se va a terminar nunca. Las madres de los compañeros desaparecidos se están juntando y organizando desde el año pasado. Sufrieron cuando nos dieron la vida, saben lo que es sufrir, sufrirán como lo hacen desde los inicios de la especie. ‘Una mujer nace madre, los hombres mueren niños’, había dicho doña Regla Grassi, la madre de Encarnación. Cuidarán de nuestros hijos, les transmitirán nuestras señas particulares, van a mantener viva la memoria. Luego, los hijos de sus hijos serán pueblo y ayudarán a que el pueblo triunfe. Aunque ese triunfo no sea el que nosotros hemos creído que sería. Estos milicos serán derrotados, pero de otro modo. Nuestro tiempo se acaba y nosotros no vamos a ser los padres de la revolución. ¿Y los padres? ¿Nuestros viejos? ¿Qué va a ser de ellos?”, se preguntó, mientras el ómnibus se acercaba a la orilla argentina y sentía subir desde el fondo de sus encías, como tantas otras veces, como siempre, el sabor a agua dulce de las sandías sanjuaninas de su infancia. Contra todo infortunio.

Rogelio, el padre de María... No habían tenido tiempo de conocerse. El aura fragante a Old Spice de Andrés, el Viejo de Alcira, la serenidad de aquel cerebro y aquellas manos defensoras de cualquier trabajador en conflicto con toda patronal. El ómnibus que le había pedido prestado Carlos, el padre de Velasco, al Rector de la Universidad Nacional del Litoral, para viajar desde Santa Fe a Rawson con la Comisión de Familiares de Presos Políticos el dieciocho de agosto de mil novecientos setenta y dos. Carlos había hecho una lista de los pasajeros con sus nombres y números de documentos de identidad y una multitud de copias, para no perder el tiempo cada vez que los parara la policía y pretendiera obligarlos a bajar para anotar las identidades.

Tucho piensa que los hombres son más vulnerables que las mujeres, en su terquedad apartada, con su pudor lateral, cuando se presentan desdichas con los hijos. “Si Alcira y Velasco son asesinados, ¿hacia dónde enderezarán sus angustias los viejos, qué elegirán reconstruir, cuándo se darán por vencidos? ¿Qué guardarán de sus hijos

para ellos mismos, para sus nietos? ¿Las actas de matrimonio, algún boleto de colectivo, una hoja borroneada en el primer año de la secundaria, el paquete de cigarrillos que dejaron en la casa familiar, las libretas con anotaciones ininteligibles que intentarán descifrar buscando una pista? ¿A quién pararán por la calle diciéndole 'disculpe que lo moleste, Coronel, Almirante, señor, soy el padre de un hijo desaparecido, quizás usted me pueda decir algo'? ¿Qué milico les pondrá cara de impaciencia, qué cura los mirará con desdén purpurado, qué empresario con relaciones le hará decir a su secretaria que no está? Tratarán de que el rostro y el alma permanezcan, que no se conviertan en fantasmas. Los fantasmas se revuelven hasta que por fin ya no es posible individualizarlos. Nombrarán a sus hijos, porque así los nombrados estarán desaparecidos, pero no perdidos. Con seguridad, la inteligencia del enemigo los va a operar, para saber qué ocultan o para que ya no molesten más. Van a pedirles plata a cambio de información sobre sus seres queridos o de influencia sobre su suerte. Los seguirán, les caerán a cualquier hora con cualquier pretexto, harán alusiones veladas para obtener reacciones previstas. ¿Soñarán con Alcira y con Velasco don Andrés y don Carlos? ¿Qué sucederá en esos sueños? ¿Estarán vivos sus hijos en los sueños? ¿Cuánto tiempo tardarán en irse espaciando, desvaneciéndose? ¿Cómo se despertarán? Van a pasar muchas horas en los cuartos donde vivieron sus pibes, sintiendo que están con ellos. Subirán y bajarán innecesaria y tenazmente la misma escalera por donde los llevaban a la escuela. Se reprocharán en silencio haber luchado para que volviera Perón, haber deseado cambiar el mundo para que no sufrieran los que menos tienen, haberles recomendado un libro, transfundido una rebeldía, contagiado un oficio. ¿Dónde seguirán estando vivos sus hijos hasta que acepten que no van a volver a verlos? En un paseo en lancha por un curso de agua. En la mirada fija y azul del cuadro que mandaron pintar para eternizar los seis años de vida. En la primera partida de naipes entre hombres. Cuando estén hablando de sus hijos se referirán a la mujer con la que los concibieron en jornadas de pasión y de amor como 'la madre' o 'ella'. Su mujer, sus compañeras de toda la vida, más determinadas, infatigables, primeras, haciéndoles sentir sus rubores rocosos, el cerco de la impotencia, la inutilidad de su dureza de hombres frente a la violencia de otros hombres, frente al poder arbitrario de otros hombres. Nuestros nombres van a ir pasando de mano en mano, los legales o los de guerra, impuestos al hijo de unos compañeros que sobrevivieron, para rendirnos homenaje, dentro de algunos años, sin que Andrés y Carlos se enteren, como de tantas, como de demasiadas otras cosas."

Tucho se refriega los ojos y ve a través de la ventanilla la altura incierta de la columna iluminada que señala el lado argentino. "Tenso, pero aparentemente distraído", piensa. "El exceso de movimiento atrae más movimiento. Estoy en operaciones", se dice mientras el sabor a sandías tempranas le llena la boca. Toca la pastilla que le dio el Papi en el interior del cinturón, luego las tapas de plástico azul de la libretita de María. "Más

de lo mismo, la suerte de las masas está suspendida del análisis táctico-estratégico de la instancia que a priori se considera su conductora, en lugar de aceptar que es la Conducción la que debería existir como jefatura en consecuencia del acierto en la interpretación de las masas y de sus deseos colectivos. Ahora sé por qué aceptamos sin chistar tantos errores, y sé también que son errores y que se pagan. Un momento culminante en la lucha obrera no es lo mismo que una culminación a la que sucede un cambio de etapa. La estabilización de las movilizaciones de los trabajadores no puede ser etiquetada como un momento de auge de masas. La restricción de la resistencia activa es lo contrario de su remate exitoso, luego del cual corresponde a Montoneros conducir el desalojo del poder de los represores despiadados. Nunca se va a terminar nuestra historia, el pasado seguirá latiendo su desmayada vida de presente en el futuro.” Empezó a trabajar la aproximación e ingreso al interior, al suelo patrio, a la República Argentina. Concentración, para no dejar pegadas las veinte uñas.

Diez minutos más tarde estaba en camino al salón donde debía hacer migraciones y aduanas. Cedió el paso con cortesía a una mujer mayor mientras trazaba un semicírculo que le permitiera detectar algún movimiento furtivo, una cara familiar que pudiese estar haciendo dedo. Al pasar leyó parte de una placa de bronce ya leída otras veces: “Ingeniero Carlos María Palacio-Ex Presidente de la Comisión Argentina del Puente Internacional-Prestigioso funcionario. ... Vialidad Nacional”. Para él, para los que eran como él, no habría placas ni instituciones que se ocuparan de erigirlas.

Caminaban debajo de un alero de madera soportado por vigas blancas y coronado por tejas. A su izquierda comenzaban las oficinas dentro de las cuales estaban esperando los funcionarios y más allá de su izquierda había una construcción análoga con vidrios espejados. Levantando el bolso con sus pertenencias volvió a tocar el pasaporte que llevaba en la campera.

La gente conversaba animadamente, la noche era plácida, un chajá se sobreponía con sus íes estridentes y sus aes jocosas a los martín pescador, más circunspectos. Por el bordillo de enfrente venía caminando un hombre joven, de bluyín y camisa celeste. Abrió una puerta y se escuchó un bullicio, un harapo de música envolvente.

Tucho vio un rostro lejano, el de una mujer, la boca como el techo de una pagoda, los ojos afilados en los extremos, el pelo desteñido. Le pareció que estaba hablando y que, cuando sus miradas se cruzaron, había interrumpido la frase aunque la voz se había mantenido audible por unos instantes. La puerta se cerró y los vidrios polarizados le impidieron seguir viendo qué pasaba.

Un torrente de adrenalina le erizó los brazos. “De un modo insondable, pero

infalible, supo que volvería a escuchar esa voz segundos antes de morir." "Esa boca..., la mirada..., el cabello... se parece..., es... ¡Claudia Sánchez!; se parece a Claudia Sánchez, ¡soy un boludo!, tiene esa misma expresión de 'así está bien' que exhibió en Saint Thomas fumando un L&M." Ponerle un nombre y un apellido a la alarma es la mejor fórmula para lograr que amaine la parálisis fugitiva del pánico. Demasiadas horas de viaje. Nadie conocido, no era un dedo, alguien que estuviera marcando.

La imagen de Nuestra Señora de Luján que estaba dentro de una hornacina a su lado también tenía su placa: "¡Patraña de la República! ¡Patraña de las rutas nacionales! Bendice a los viajeros que en tu protección materna confían -12-X-1945". Le había sido suficiente verla una sola vez para memorizar el texto.

Antes de entrar lo encgueció el reflector que calcinaba desde una torre ancha, con techo a dos aguas, pintada con imaginación castrense y estéril. Sobre la calle que dividía las construcciones se desplazaban morosos militares de armas largas. Dobló a su izquierda y entró. Si algo no andaba bien volvería sobre sus pasos desprendiéndose del bolso, y correría en la dirección desde donde venía mientras extraía la pastilla y se la ponía en la boca, y llegado el caso se tiraría contra los vidrios de enfrente. Ése era el tiempo necesario para que el cianuro hiciera efecto. Un plan sencillo, con las ventajas de las cosas simples, que no incluyen el éxito. "¿Cómo harán nuestros padres para enterrarnos sin cuerpos que sepultar?", se interrogó. "Chúa, chuá, chuá ja, ja, ja, que llora sangre el ceibal."

El empleado le revisó el equipaje mientras terminaba de hablar con su predecesora en la fila, miró el pasaporte y a Tucho, lo selló y le deseó buenas noches. Del otro lado esperaba el ómnibus que lo conduciría hasta la terminal "Reverendo Francisco Naín Ortigoza", donde transbordaría rumbo a Paraná. Un cambio de planes respecto de lo que le había ordenado la Conducción.

Pero se trataba de una desviación correcta. Recordó unas palabras que le había dicho Rueda Molina el domingo en La Habana: "Jamás pienses en la posibilidad de tener éxito; concéntrate sólo en la imposibilidad del fracaso". El Teniente Coronel de Tropas Especiales David Rueda Molina, una reliquia. Se decía que era amigo o había sido el enlace de Carlos el Chacal, que había formado parte de la guardia de Allende, que estuvo a cargo de operaciones de comando con los grupos de misión "Leones" en Angola, que era el enlace con los sandinistas del frente Sur y que había adiestrado a los comandantes Edén Pastora, José Valdivia y Javier Pichardo. La imposibilidad del fracaso: una brusca aceleración hacia un costado para crear un nuevo escenario con situaciones distintas que permitieran dejar atrás las condiciones adversas y precarias. Claudia Sánchez pasando por entre los zancos altísimos de un negro que reía. La primera voz de la canción, el

fondo como de un coro de niños o de mujeres añiadas. “L&M marca su nivel.” Subió los tres escalones del transporte sin darse vuelta para mirar alrededor.

Luego fue dejar atrás la Aduana, doblar a la derecha, vislumbrar la Laguna Mansa, a la izquierda el cementerio de La Santa Cruz, pensar en el monolito dedicado al Mariscal Duque de Caxias, *ao nobre povo argentino o exercito brasileiro oferece o busto do seu primeiro soldado*. Su memoria insomne tenía estampadas en algún lugar indefectible las promesas de unión entre las dos patrias hermanas. Finalmente, la estación de colectivos.

El cuerpo principal era una especie de cobertizo parabólico y unas tiendas de productos regionales. Cruzando la calle de tierra colorada, un bar infame con el cartel de Coca-Cola. Pensó en que tal vez fuera conveniente ir allí luego de haber sacado el pasaje. Si todo seguía igual, había una frecuencia a las once y cinco de Paso de los Libres a la terminal paranaense de Ramírez esquina Saraví.

Caminó por sobre pequeñas losetas cuadradas que formaban círculos jaspeados, levantó la vista hacia el cielo raso de machimbres barnizados de color caoba que parecían costillas y se detuvo frente a la ventanilla de venta de pasajes. Sacó el ticket y miró el reloj: faltaban veinte minutos para la salida. Dio algunas vueltas tomando medidas de seguridad; no iría al bar de enfrente. Pensó en el excelente trabajo que había hecho el servicio de documentación que la Orga tenía en La Habana, tanto con el documento para salir de Brasil como con el pasaporte para entrar al país. A los quince minutos estaba sentado en su butaca, la penúltima sobre la derecha. El ómnibus arrancó a horario.

La orden por escrito que le habían dado en Cuba era poca cosa más que un telegrama. La tarea consistía en la aproximación e ingreso a la Patria, el traslado a Gregorio de Laferrere, o simplemente “Lafe”, y la toma de contacto con la compañera Matilde, que había estado en México. Cualquier problema que pudiera surgir él debía encargarse de resolverlo. El número de teléfono de una mensajería, que memorizó, y dos frases que le dejaron un sabor agridulce: “Vos sos uno de nuestros mejores cuadros, por lo que no hay instrucciones” y “A partir de este momento se corta el contacto con la Conducción; la logística y la seguridad son parte de tu responsabilidad”. Un sobre con plata, los pasaportes que correspondían a personas existentes y un apretón de manos marcial. Ni relación de citas a cumplir durante el periplo ni cartas explosivas con directivas táctico estratégicas y reuniones nacionales con contactos finales o enlaces, ni otro compañero alternativo de reenganche. Y ni una sola palabra sobre los hechos protagonizados a partir del dos de enero. El Subteniente Tucho respiró hondo; tenía planes y eran propios. Con la mano derecha volvió a confirmar que la pastilla de cianuro estaba en el interior del cinturón. Practicó cómo sacarla y se aseguró de que no corriese riesgos de caérsele.

“Ahora ya no soy el Subteniente Tucho”, dedujo, “sino que paso a ser un Montonero integrante de la ‘Organización Autoproscrita’, o sea que lo soy sólo para las peores consecuencias. Rutas de escape, planes de contingencia. Pero antes que seguir al pie de la letra el telegrama, paso por Santa Fe capital. Rogelio y Mela deben de estar al tanto de algo, del nacimiento de los mellizos, de María, del Quinqui. Que los chicos lloran y gritan y hacen las cosas que hacen los recién nacidos. ‘Los niños juegan y juegan y juegan, van de paseo, van a la escuela, con los soquetes y con las medias ¡Ciu-da-deee-la!’ Cualquier cosa, lo que sea. Con todas las medidas de seguridad, por supuesto.”

El colectivo dobló inclinándose como un paquidermo ceremonioso; el ruido de las ruedas delató un camino de ripio. “Se puede respirar a una mujer, María, lo aprendí de ausencia, se puede sentir que si te falta esa mujer tu cuerpo no está completo, María, Antígona, la indócil, la que está encerrada viva. ‘Vos conmigo tenés un problema, Tucho, si vas y hacés lo que nos juramentamos que harías me van a matar, pero si no lo hacés me perdés para siempre, porque te dejo, te lo juro, nunca más en tu vida me volvés a ver.’ Lo hice, mi vida, y ahora estoy de vuelta y no sé cuánto tiempo de tregua me dará la tragedia.”

Tucho respiró hasta el suspiro. Se preguntó si tanto horror no ocasionaría que el pueblo los olvidara por miedo en lugar de recordarlos por gratitud, como siempre creyó que sucedería. El enemigo también jugaba con esa posibilidad cuando les decía a los chupados: “...Pibe, mirá la cagada que te mandaste, imaginá lo mal que deben de estar tus viejos por tu desaparición”. “¿Y si esta dictadura puta termina por cortar la transmisión temporal y establece un vacío entre nuestra generación y la venidera? Todo poder en algún punto es totalitario, pero no todos son concentracionarios. Éstos son los peores.”

El vehículo subió hacia un paso a nivel, mordió las vías rítmicamente y bajó con un bufido neumático, una protesta en dos compases. “¿Vivirán cercados por mi muerte y sus ecos? Dirán que el pasado siempre vuelve, sin advertir que jamás dejó de ser presente.” Sintió un enorme cansancio y se arrellanó como para dormir un rato, cuando advirtió que el ómnibus aminoraba la marcha. Achinó los ojos tratando de mirar hacia fuera.

Vio una pantalla de luz, violenta. Setenta metros de vehículos, desde el resplandor hasta él. Pensó que Paso de los Libres era una ciudad de regimientos, de escuadrones, de villas de suboficiales. Hubiera preferido no pensar que a setenta metros estaba el Grupo de Artillería Tres, pero lo pensó. Un retén del ejército, una pinza. Una ratonera.

Le pareció escuchar: “¡Perdiste, tenemos a tu mujer, no te hagas matar, pelotudo!”, en la voz accidentada de Jorge. Recordó un par de botas de cuero, el rostro avieso de Claudia Sánchez. Tocó la parte interior del cinturón, una pequeña protuberancia, un mínimo recorte de viyela que la recubría compasivamente. Hizo el ademán de acariciar la libretita de María, pero se contuvo. Cerró los ojos.

Cuando los abrió lo estaba mirando una cara angosta, de pómulos descarnados y orejas de famélico, coronada por una cresta amarillenta. Tardó unos instantes en darse cuenta de que era su propio rostro reflejado en la ventanilla del ómnibus. Se miró a los ojos. Vio los de René Chávez cuando terminó el round de preguntas y respuestas en la casa de la calle Alabama. Vio los del Lauchón Mendizábal mientras conversaban sobre su retorno. Y luego, sí, después de aquellos ojos vio los suyos, mirándose como lo habían mirado los otros. Recién entonces pudo ver lo que había que ver, mientras sacaba con infinita precaución la pastilla de su nido.

Capítulo 13

El protocolo minucioso La Intermedia-Provincia de Santa Fe-2011

Más de treinta años después de los hechos narrados...

Los ojos del juez bajaron desde el horizonte seco hasta la punta de sus zapatos. “¡Quién me mandó estrenarlos precisamente hoy!” Era uno de esos días volubles de noviembre, con nubes plateadas y grises enormes como témpanos que hacían titubear al sol energético. Algunos rayos adherían el polvo al cuero, que ya no brillaba.

A unos pasos, con chaleco antibalas sobre el traje oscuro, el Tucu estaba rodeado de gendarmes y de armas. Tenía el rostro torcido de un muchacho desapacible y arrugado, una mirada vaga, como de camello, y sabía que era un hombre con motivos suficientes como para ser castigado. Debía ir con tiento y parecer servicial. Decir lo que querían saber para que siguieran ignorando lo que quería ocultar. Bajó la mirada hasta los zapatos del juez y dijo: “¡Sí, doctor...!, permiiiiso...”.

El juez notó los ojos del Tucu sobre las capelladas cetrinas. Se libró del fastidio empezando a hablar.

-Igual que en los otros lugares, relate lo que quiera. ¿Reconoce el predio? ¿Sabe dónde estamos? -dijo.

-¡En la Intermedia!

-¿Por dónde ingresaban? -intervino el otro juez, que parecía tambalearse sobre unas piernas pegajosas. El Tucu se dio vuelta para responder. “Por ahí, doctor, por la puerta ésa”-señaló a todo el grupo. Además de los gendarmes y los dos jueces se apiñaban una fiscal y la comitiva de auxiliares.

-Entonces... no hacían el recorrido que hicimos nosotros -dijo el otro juez.

-Nooo, no... nosotros entrábamos por el kilómetro veintitrés, yendo hacia Santa Fe desde Rosario. Cruzábamos el pasto. Cruzábamos la otra traza que viene a Rosario, al otro lado. Ahí nomás estaba una tranquera, y nos veníamos por el costadito tranquilos y salíamos acá, a la puerta. Después doblábamos hacia la derecha haciendo un abanico.

El otro juez miró hacia donde debió de estar la tranquera, después recorrió el semicírculo que abrieron las manos del Tucu, y acabó con los ojos sobre su colega. Se estaba mirando los zapatos. “¿Era un camino hecho?”-preguntó.

-Huuuummm, se veía hecho el camino, un camino de tierra era, de campo, por ahí entrábamos nosotros... -respondió el Tucu.

El juez desprendió su vista de los zapatos y también se allanó a preguntar: “O sea que derecho, de la autopista entraban...”.

-Ssssí, derecho acá..., en el camino... en el kilómetro veintitrés.

-Bueno, cuéntenos cómo entraron, cómo hicieron el traslado de la Magnasco hasta acá -se despabiló.

-¡Nooo! Ese día del traslado desde la Magnasco no, al otro día vine yo.

-Bueno, y cuando llega al otro día, cuéntenos qué ve -deslindó el juez, impaciente.

-Estaban alojados en ese chalet -el Tucu volvió a menear las manos—, esto que ven adelante no existía... Vamos para ahícito...

La fiscal que estaba al lado del otro juez desplegó el cuerpo y preguntó: “¿Esto no estaba?”.

-Nooo, esto no, doctora. Este pedacito no estaba. ¿Dónde está el doctor? Doctor... —el Tucu buscó al juez, que había quedado nuevamente a sus espaldas, con un gesto a medio camino entre el encogimiento de hombros y el descaro.

-Sí -dijo el juez.

-Doctor, acá cons-tan-te-men-te estaba parado un Ford Falcon con la radio. Y acá, en la puerta de la cocina, esa creo que es la cocina... hasta acá —el Tucu pareció bailar entre paredes impalpables-, hasta acá llegaba el chalet nomás. Eso no, eso no, eso lo han agregado. Sí, era el chalecito, nada más...

-O sea -reclamó la fiscal, moviendo ella también las manos-, allá había un Falcon parado y acá estaba la cocina, dice usted.

-¿Y esto qué es? ¿Se puede abrir? -dijo el Tucu aferrado a un picaporte. Interrogaba al juez.

-Adelante.

El Tucu entró en la habitación de azulejos verdosos junto con las demás personas. "Aquí era la cocinita..."

El juez preguntó: "Y... ¿está planteada más o menos como en aquel momento?"

El Tucu demoró unos instantes la respuesta, columpiando los ojos por el espacio. "Mmm... más o menos, aquello no, creo que no estaba, estaba eso acá creo que estaba, acá, acá creo que estaba, así era la cocinita.

El otro juez se esforzó en imaginar el ambiente desmayado por las décadas. Dio un paso adelantando sus rodillas suplicantes y preguntó: "Acá estaban... ¿ellos estaban tabicados o estaban...?"

-Nooo —frunció los labios el Tucu-, libres, totalmente libres -quiso que su respuesta sonara espontánea y altiva, pero dudó de haberlo logrado-, Permiiso, por favor...

-¿Esto lo recuerda? -preguntó el otro juez, señalando con el mentón un sitio contiguo al que se encontraban todos.

-Sííí -el Tucu pasó a la habitación que el otro juez le había señalado y pisó algo en el suelo, que crujió como si estuviera exasperado—. Sí, ¿cómo no voy a recordar esto?, si aquí se hizo la comida...

Todos los integrantes del cortejo, como monjes cartujos encorvados, fueron entrando a lo que había sido un living comedor.

El otro juez concretó:

-Acá se hizo, dice usted...

-A ver, que vengan los... cuidado... -encareció servilmente el Tucu-. Acá se hizo la cena a la noche. Era jueves santo, o faltaba poco, fines de marzo, era. Antes, a las doce del

día comieron un asado, después se lo llevaron al Pelado, lo habían pedido por cuestiones operativas de Buenos Aires, de la ESMA lo han pedido, lo vinieron a buscar, comieron los dos que estaban iguales, que no sé quiénes eran y los cuatro o cinco gendarmes que había, diciéndoles que por la noche la Bampi se iba en libertad.

Dentro de la habitación se había formado una ronda.

El Tucu, buscando mantener el interés de su relato, siguió:

-Comieron ellos, dijeron que a la noche le iban a hacer el festejo a la Bampi, a la noche vinimos nosotros, todos los muchachos, nos ordenaron que dejemos el auto a un kilómetro y que vengamos caminando, ¡caminando!, y al Barba, al que anduvo en México, le encargaron que compre una torta, una torta de verdad, y el Barba, el que torturaba, vino con la torta, y llegamos acá... todos... Esto... estaban puestas las mesas así... ¡De acá, para allá! estaban todos los detenidos de espaldas a la ventana y ¡de acá, para allá! estábamos todos los, los, los de ejército, todos...

La fiscal miró fijamente al juez con lo que parecía una especie de ansia; amagó con preguntar. El juez enderezó la espalda y levantó un poco la voz:

—Bueno, ¿usted me puede decir quiénes eran todos los que estaban de acá para allá, los de ejército...?

Al Tucu se le dilataron las pupilas.

-... Que recuerde... toda la patota, doctor, todo... -respondió diagonalmente.

Habló el otro juez:

—Los mismos que siempre...

-Los mismos, sí, más o menos sí, casi todos, todos los mismos... -completó el Tucu—. Nunca, nunca, nunca se separaron, siempre estuvieron en todos lados los mismos, acá, en Funes, en la escuela Magnasco, en Calamita, en todos lados estuvieron juntos, siempre la misma patota, aquí se comió, llegaron con la torta, lo único que nos dijeron es que no traigamos ningún arma, ningún armamento, y ninguno trajo ningún... Yo nunca usé arma porque a mí el ejército jamás me ha provisto de armamento -el pulso se le apuró. El relato debía deslizarse bajo una lluvia de verdades sin que salpicara-. Estee... eso lo pueden decir ellos, jamás me vieron... y llegamos acá y se comió, estaba la fiesta, la alegría, cuando después de un rato viene el teniente coronel Jorge, Jorge, y se pone en la ventana esa...

La fiscal preguntó:

-¿Del lado de afuera?

-De afuera, de verde y con el FAL en la espalda, el teniente coronel Jorge, y dice: "Buenas noches, buenas noches, saludos a todos, saludos", y dice: "Muchachos, el general Jáuregui está allá, allá delante", ya después vamos a ir, allá, en la casucha donde trabajaban los muchachos, los presos, donde hacían sus trabajos, las comunicaciones con Brasil, con Paraguay, con todas las, bah, esteee: "Está el general Jáuregui, va a hablar uno por uno con ustedes, no le hablen de Perón porque Perón lo tuvo en cana a él, ¿estamos?". "Sí, sí, mi teniente coronel", dijeron, "está bien", mmm... Jorge se retiró...

Toda la comitiva dejó de imaginar ventanas y pasillos y apiló sus ojos sobre el Tucu. El hombre tenía la mirada fija en un punto en el centro del cuarto.

-El mayor Sebastián le dice al teniente Daniel: "Vaya a traer dos botellas de whisky que tengo en el auto, para que brindemos". Se va Daniel y trae las dos botellas de whisky, y entra por allá y hace así: u-na aquí y la o-tra allá. Daniel sabía qué botella de whisky estaba poniendo acá, que es la que habían preparado en Campo de Mayo según el médico Magnum, médico, teniente primero, físico bárbaro. Decía que la habían probado con un perro, la habían hecho probar y se había muerto el perro. Entonces, al que lo tome acá, o sea la parte de los detenidos, o iban a empezar a llorar o se morían. Y la primera que toma es la Bampi, ahí en ese lugar donde está la señorita, la... doctora, quiero decir, ahí estaba sentada la Bampi, eeehhh... toma y se larga a llorar, se larga a llorar y se les cae. Entonces la levantan entre Daniel, creo que ha sido Daniel, pero sí el médico, Magnum, me acuerdo, y se la llevan pa' la pieza, allá, donde dormían.

Todos, incluido el juez, quedaron inmovilizados dentro de las galerías paralelas del relato del Tucu. Se hizo una pausa. La fiscal se rehízo primero, con la aflicción resuelta en el extraño inicio de una sonrisa y le disparó:

— ¿Cómo se llamaba el médico?

-Magnum, un teniente primero, era médico, médico era. Se la llevan entonces a la Bampi pa' la pieza...

La fiscal espoleó al Tucu con otra pregunta:

-Ese médico, Magnum, ¿también estaba en la Calamita, en Funes y en Magnasco?

-Sí, sí, sí, sí, sí... sí, señora, sí... -la incesante afirmación del Tucu entró en un

tirabuzón trenzado con el regreso de su voz que acometía las paredes—. En las tres, sí. Magnum estuvo en todos lados. La acompañó a la María al Hospital Militar.

El otro juez quiso regresar al relato sobre las botellas de whisky. Miró a la fiscal, se alzó sobre las piernas jadeantes y dijo:

-Disculpe, eh, ustedes, ¿cómo se enteraron de que los dos whiskies tenían material distinto, digamos, que uno tenía droga y el otro no?

-Porque se comentó. Lo comentó, esteee... La hizo preparar Magnum, el médico, en Campo de Mayo, esa botella de whisky...

El otro juez insistió:

-¿Pero ustedes se enteraron antes de la comida?

El Tucu entrecerró los ojos y arremetió con palabras palpitantes:

-Lo sabíamos nosotros eso, eso, bueno, lo saben... lo han dicho acá: "Mirá, ah no, vos sabés que el whisky ese es fulero", así nomás: "Aquí está y mirá", de sopetón y el que sabía era Daniel, el que fue a buscar el whisky, ése sabía, y ése lo pasó al otro y el otro lo pasó al otro... -hizo una pausa para buscar aire—. Antes yo no sabía nada, yo no sabía si era whisky bueno o malo, ni sabía si había whisky, doctor, no sabíamos... Esteee, entonces los mu... los muchachos se a-vi-va-ron, me acuerdo que Migueles y... y... y Kalisay lo retiran al vaso pa' un costado, y yo vengo por ahí caminando así, para acá, me paro ahí, y se vienen Migueles y Kalisay y se ponen a conversar, y me dicen: "Tucu, este whisky no sirve", y yo: "Hermano, no sé, yo he tomado aquél", les digo. ¿Qué les iba a decir? No podía decirles nada, estaban ahí encima los otros, no podía decirles nada.

El otro juez y la fiscal enarcaron las cejas a dúo; de afuera resbalaba un resplandor óseo, lo que indicaba que en alguna parte el sol estaba en su apogeo.

El Tucu alivió la sequedad de sus labios con la lengua. Sintió que todo, los años, los hechos, las cosas, era tan enorme que el momento parecía una menudencia. Miró a su alrededor y siguió:

-Eh, eh, en ese ínterin del whisky y de todo ya se han retirado de acá sin que lo vean Sebastián, Daniel y el Subcomisario Gutin, el civil, se han ido a la casa de allá, donde estaba Jorge esperando, ya les voy a hacer ver dónde es, se han ido para ahí. Entonces después venía un gendarme, había una orden, que si se... los montoneros se... vamos a decir para que me entiendan más rápido, si los montoneros se ponen a pelear y

quieren escaparse, que nosotros tratemos de agarrarlos...

El Tucu observó que estaba moviendo demasiado las manos. Que su garganta estaba seca. ¿Cuándo acabaría aquello?

-No temamos armas, nadie tenía armas, tratemos de agarrarlos, si en caso ganaban la cocina, la puerta de la cocina, que nosotros no salgamos, los gendarmes los estaban esperando ahí con armas para matarlos, si se querían escapar. Esa orden nos dieron.

Alzó los hombros y torció el extremo de la boca. Un hombre en el cuerpo mustio del joven que había sido.

El otro juez supo que entre las palabras alborotadas del Tucu había más para deshilar:

-¿Ahí dónde? ¿En la puerta?

-Eso, ahí, ahí, ahí, por donde entramos, por donde entramos, ahí donde estaba el auto, sí, nada más que los gendarmes estaban en medio de los yuyos, uno allá, otro más allá, escondidos.

La fiscal hurgó el mismo espacio poroso:

-¿Esta casa está como estaba?

-Sí, sí, sí, sí, sí, así como está, tal cual. Además, ahí teníamos una cama nosotros, ahí dormíamos, los que hacíamos guardia, porque hacíamos guardia desde las siete de la mañana hasta el otro día a las siete, dos personas, pero era curioso, porque nosotros, la guardia, alguno dormía, diez de la noche hasta las tres de la mañana, otro a las seis, siete de la mañana, pero en realidad ninguno dormía porque ahí, en ese pasillo, ahí donde está más grande el lugar, ahí se ponían a jugar el Barba, Aldo, Velasco, el Negro, Migueles, se ponían a jugar los muchachos con los detenidos, se ponían a jugar hasta... hasta la madrugada, un juego que se llamaba... ba... batalla naval, ése con los dados, con los casilleros, yo no entiendo, ¿no? y nunca me senté ahí. Le quiero decir que todos hemos estado juntos, dormíamos acá, comíamos juntos, ahí comíamos todos.

El juez se sumó desconcertado al envión de los sonidos y las sílabas:

-¿Con los detenidos?

—Ya he dicho yo, doctor, comíamos todos juntos. Pero yo por eso, yo lo he dicho

en mis declaraciones cuando he declarado, yo no estaba, yo no era partícipe de que los... —el Tucu sintió que algo fracasaba dentro de su pecho ¡Si han vivido un año con nosotros!, han colaborado con nosotros, por decirle con el ejército, no conmigo, a mí no, a mí particularmente no me han colaborado con nada, pero con el ejército... No había derecho... ¡Les han pagao' mal!, mal, ésa es la indignación mía que tengo yo, les han pagao' mal a esos muchachos. No tenían por qué... Je, toda esa locura de Jorge, de Sebastián, de Daniel, de Aldo, son... sicópatas terribles, son...

Al Tucu le raspó la garganta. Comprendió por un instante que la comitiva lo despreciaba, pero eso carecía de trascendencia. Sus pupilas habían dejado de latir. Desenrolló su lengua nebulosa y apretó el extremo entre los dientes.

El otro juez fue el que primero en regresar del asco. Preguntó: “¿Y Sergio, que el dos de enero había participado del secuestro de María y de Tucho, qué hacía en esta situación, estaba acá?”.

-Lo mismo que yo -dijo el Tucu-, ahí estaba parado, como yo, así, mirando... -la gesticulación exagerada disolvió la espesura del momento-. Entonces después ha venido un gendarme, ¿cómo se llamaba el viejo?, Walter. Walter, no sé si era el apellido o el nombre, ha venido, esteeehhh, venía de allá, por la ventana, y decía por darle un nombre: “¡Kalisay! ¡Que vaya!”, salía Kalisay, lo han acompañado hasta la puerta, y el gendarme lo llevaba hasta allá. Entraba adentro y...

Lo interrumpió la fiscal:

-Antes de ir hasta allá, ¿podemos ver la habitación donde la llevaron a la Bampi?

-¿Eeehhh? -el Tucu sintió que se rehacía. Pensó que estaba logrando que no entendieran lo que no tenían por qué entender.

La fiscal le preguntó:

-¿Cuál era la habitación donde llevaron a...?

El Tucu sintió otro aire fluyendo a través de sus pulmones:

-Ahora, ahora, ahora, de pasada...

Una pregunta más:

-Esa puerta ¿existía tal cual está?

Otra respuesta:

-No me acuerdo, doctora, no me acuerdo... no me acuerdo... no, no... no, no, no voy a mentir, pero no lo recuerdo... Lo primero que he mirado cuando he entrado... Esto es nuevo, esto no estaba. Acá, por acá había, acá... había una escalera vieja, hecha de ramas, de madera vieja atada con alambre, por ahí subían al altillo, al entrepiso a dormir los ca-sa-dos, acá había una escalera, doctora, que lo llevaba al entrepiso, acá o ahí, y en el hueco ese del otro lado... Acá, acá, acá, acá, ¿y esta porquería, esto qué es? Acá... era una escalera atada con alambre, como ésta...

-¿Es la misma escalera? -insistió la fiscal.

El Tucu afiló los ojos. Ladeando la cabeza dijo en voz muy baja:

-Puede ser ésta, o una parecida..., puede ser esta misma... -sintió un estremecimiento.

El juez levantó la cabeza y miró con aprensión la escalera, como si un peligro hubiese caído sobre él, un gran pájaro de alas sombrías. Decidió que no subiría por ese andamio endeble al altillo.

— En ese entrepiso, usted dice, dormían los casados...

El Tucu sacudió la cabeza con vehemencia:

-Ahí dormían los casados... ahí dormían todos los casados. .. Las cuatro parejas. El Negro y la Nelly, Velasco y Yoyi, Kalisay y Eloísa... Ahí dormían, sí..., vieja, sí, de madera, puede ser ésa, atada... con alambre, así, los... los... ahí dormían... todos los casados. Ahí dormían los muchachos, los casados... Con una escalera igual que ésa. Ahí nomás, a la salida, está la piecita de la Bampi. Tienen que haberla estrangulado. Yo no vi, interpreté... La trajeron entre Daniel y Magnum.

La fiscal, que había apoyado una mano en la escalera, dijo:

-María, la compañera de Tucho, ¿usted recuerda si la tenían en el mismo lugar, dónde estaba?

-Estuvo poco tiempo y la llevaron al Hospital Militar, el que anduvo en eso fue el Tordo, el teniente primero Magnum.

-¿Y la tenían en el mismo lugar con el resto de los detenidos?

-Junto con todos... -se demoró-, junto con todos, estaban todos juntos.

-¿Y usted recuerda el estado del embarazo, si era avanzado, o cómo era? -El Tucu imaginó que la fiscal lo miraba con obstinación.

-Sí, ya estaba ma' o meno', sí, estaba gruesa, sí...

-¿Tenía algún trato especial o...?

-No. La atendían las compañeras, estaba con ellas, con las otras chicas. Después era una cosa muy, muy familiar, era muy... le digo, yo cuando entré a la cocina esa me acordé de cuando la Bampi me hacía las tostadas a mí cuando yo desayunaba acá -la mujer preguntaba más duro que los jueces. El instinto le dijo que había que endulzarla-. Uno lo siente, le duele, porque el trato que yo tenía era otro con ellos... -miró mansamente a la que preguntaba—. Y ahí, ahí dormía la Bampi, tenía una cama acá, esto creo que no estaba, acá, ahí había una cama y dormía la Bampi...

-¿Usted sabe por qué dormían en lugares separados...? Ella... ¿por qué ella estaba en un lugar separado? -dijo la fiscal.

-Y, ella dormía, la Bampi, en ese lugar... no sé por qué, porque no había lugar, arriba dormían los matrimonios, los que andaban en pareja dormían arriba, los otros dormían por acá, pero se pasaban toda la noche jugando a las cartas...

Al juez se le ocurrió que en momentos así, los gestos ínfimos son los del cuerpo entero, e incluso los de la vida entera. Inspiró, y ordenó:

-Vamos a hacer ese recorrido que usted dice cuando el gendarme llamaba...

Capítulo 14

Flameaban cuando los largaban La Intermedia-Provincia de Santa Fe-2011

Todos salieron hacia el exterior del chalet. El sol racheado y el calor achicharraron los rostros. El Tucu recuperó la mirada del juez:

-¡Eeeso!, eeeso e' lo ma' importante...

-Usted dice que el gendarme desde allí llamaba... -preguntó el juez. Todo en sus rasgos vacilaba entre el interés y la usura. . .y lo llevaba u-no por u-no.

-Personalmente los llevaba...

-Los llevaba personalmente hasta acá... -repuso el Tucu caminando hacia la construcción auxiliar ¡Qué mal olor!, ¿no tendrán enterrado a uno por ahí...?, no, no creo, no... Se siente mal olor, ¿eh? Por supuesto que esto no estaba, ¿dónde está el doctor?, esto no existía, era la galería nada más...

El juez ha quedado algo alejado del grupo. El Tucu sigue hablando mientras busca su proximidad.

-Esa puerta creo que no, la que está ahí a... a la... ésa que aparece aquí, creo que no estaba, se entraba por acá, por esa puerta, por esa puerta, le voy a explicar por qué. Acá tenían la mesa de trabajo los muchachos, vivían todo el día trabajando aquí, aquí estaban el Pelado, que vinieron a buscarlo de Buenos Aires esa misma tarde, si no era semana santa, eran las vísperas mismas, Migueles, todos los muchachos trabajaban acá, bueno... Cuando se ha venido de allá Jorge y ya estaba instalado Sebastián, Daniel y Gutin, el gendarme los llamaba, lo hacían entrar uno por uno, acá los remataron, les pegaban dos tiros en el corazón...

Entonces se produjo un momento de dilación y de desenfrenado silencio. El Tucu advirtió que los vistazos raudos que antes miraban sus gestos, ahora se habían replegado sobre sus propios ojos. Parpadeó lentamente; por uno o dos segundos se fue del lugar. Era suficiente como para seguir avanzando entre las verdades más sinuosas:

-Esto nos enteramos después, lo que yo cuento, después, cuando ellos nos llaman a sacar a los muertos... yo no veía cuando le pegaban los tiros al corazón, esto nos enteramos' después del... del... del trabajo que han hecho...

El otro juez:

— ¿Usaban silenciador o usaban...?

-¡Con silenciador! Que me lo confirma a mí en mi casa Gutin, que la Ingram había sido pedida para el trabajo, la ametralladora Ingram, todavía lo dijo, la Ingram: "Es la mía", me dice: "Boludo", así me dice, la palabra boludo en mi casa, esteee, los mataban, los llevaban ahí atrás, a ese pasillo, ahí hay un pasillo donde va por aquella puerta, los desnudaban y los dejaban desnudos ahí. Al segundo lo mismo, los iban amontonando hasta que han amontonado los quince muertos desnudos... -el Tucu dio unos pasos y golpeó el aire con sus manos, planas como hachas-. Acá, acá estaban, de acá, de acá para ahí estaban todos tirados, todos... uno encima de otro... acá, acá, todo este pasillo.

El otro juez volvió a preguntar:

-¿Esto estaba así como está ahora..., la habitación...?

-Sí, sí, igualito así, creo que sí, hummm...

— Pero... ¿ellos estaban en el pasillo, en ese pasillo...? -quiso saber la fiscal.

-Acá, acá, todo esto de acá, de acá para allá, ¿ve?, de acá para allá... Ahí, ahí estaban tirados todos, ahí... amontonados, uno encima de otro, cruzados, desnudos, completamente desnudos. Nos llaman a nosotros, uno por uno, a cinco, a seis, nos llaman a todos juntos, venimos pa' cá, y nos paramos a-fue-ra, y me dicen: "Vengan", me llaman a mí, me tocó el que me llamó a mí, me llama a mí, entonces, nos llaman y nos hacen entrar aquí pa' que saquemos un muerto, lo llevemos al lugar ahí, ahí, donde lo mataron, tirarlo al suelo y le tapemos el agujero de los dos tiros que tenían en el corazón con trapos. Decían que manchaban los aviones con sangre. Ésa es la que yo digo en la declaración del otro día, que Daniel dice que yo no tengo noción de lo que es un Hércules. Era por eso que lo hacían tapar. Entonces se lo sacaba de ahí al muerto, a ese solito, lo llevaban a la galería donde esperaba otra gente más, los compañeros, todos con

frazadas... lo envolvían y lo iban colocando en la toda la galería uno, uno, uno, así, envueltos en colchas, hasta que se ha terminado con todos.

El otro juez miró la escena:

-¿Todos en la galería?

-Toda la galería... Me acuerdo que hay una anécdota -la comitiva, otra vez, lo ciñe con sus miradas que me lo dice Daniel en el Ciento Veintiuno, le pregunto a Daniel, porque resulta que a Velasco, cuando está muerto, estaba más o menos ahí, el quinto, el sexto, qué sé yo, que está ahí, viene, yo creía que era Daniel el que viene aquella noche, me lo aclara después, pero esa noche yo creí que era Daniel, viene, se agacha, lo agarra a Velasco de la cabeza y le pega así, ¡después de muerto!, le estaba reventando la cabeza contra el suelo, con colcha y todo, envuelto, como con furia, y yo le digo: "¿Por qué le hacés así a Velasco, le tenés bronca?", y no, no había sido Daniel: ".. No, no he sido yo, ha sido Aldo, ha sido el Aldo, te has confundido", me dijo más adelante. Bueno, la oscuridad...

Aldo, uno de los que más compañero de Velasco había sabido ser mientras... mientras...

El Tucu se había agitado. Le pareció que la fiscal se mareaba: con dedos convulsos trazaba un impreciso dibujo invisible a su alrededor.

—Lo que sí me acuerdo -prosiguió es que al lado mío estaba parado Jorge, el teniente coronel Jorge, y todo el comando, de Jorge me acuerdo bien, porque Jorge pregunta: "¿Por qué le hacen así?", y yo le digo: "A ése le ha gustado matar, teniente coronel", como él era teniente coronel, militar, yo le paso la culpa a él: "A ése le ha gustado matar, teniente coronel", le digo, ahí nomás se fue pa' un costado. Terminó el trabajo, quedaron ahí, yo no podía hacer fuerza, por la columna, eh, lo cargaron en el camioncito, vamos, les voy a hacer ver dónde estaba parado el camión y dónde llega la mamá de los mellizos, en el auto...

El Tucu hizo una pausa que los demás inconscientemente agradecieron. Las sombras de las nubes cruzaban borascosas por encima de aquella gente.

-Bueno, ¿entendido cómo es la... toda la galería, no? Todos los muertos ahí... -se esforzó por conservar su aspecto convincente-, Yo estoy parado allá, vamos, damos vuelta así que... yo estoy parado acá, y ahí está parado el camioncito, el Merceditos 608, de culata para que carguen los muertos, no, más allá del alambrado, allá, casi pegado a la galería, entra un Peugeot 504, y se para ahí, yo estoy parado aquí, yo y otros muchachos

más, estoy parado acá, y se bajan: “Hola, hola, hola”, no sé quién son, tienen que haber sido de Santa Fe, y abren el baúl del auto, nos arrimamos a mirar y la vemos a la chica ahí, desnuda, así, bien acurrucadita, atada las manos y los pies, desnuda y con una bolsa de plástico a la cabeza, les digo: “¿Quién es?”, dicen: “La María de Tucho”, María de Tucho le decían a la mamá de los mellizos, por eso es que yo sé, porque yo lo he visto, de casualidad, de estar parado ahí.

La fiscal quiere más:

-¿Y eso cuándo fue?

—La noche de la matanza, de los otros que los estaban matando ahí, claro, cuando los estaban cargando a los otros en el camión llegó ese auto, la misma noche... ¿un jueves santo no sería? capaz que hasta veinticuatro de marzo cayó... la traen muerta, eh...

Otra vez la fiscal:

— ¿Ella llegó muerta acá?

El Tucu se secó la transpiración del rostro con un pañuelo amarillo y la miró con ojos vacíos, como si tratara de recordar quién era.

-La traen muerta, muerta y desnuda, atadas las manos con alambre y junto a los pies, o sea, acurrucadita, de costado, así, y con la bolsa plástica en la cabeza.

-Y usted -preguntó el juez ¿En qué momento se enteró de que los estaban matando?

-Cuando nos hacen pasar a ver los muertos, a saca' los muertos... antes no...

—Usted dijo que sabía que había dos botellas de whisky diferenciadas; cuando están estableciendo que son diferenciadas, ¿le dicen que una de esas botellas preparadas era mortal previo a darles a ellos de tomar el whisky? -preguntó la fiscal.

-Nos dice así nomás, a uno o dos, Daniel, el que ha ido a buscar la... la... los whiskys, Daniel, Daniel era ése, nos dice Daniel que una: “Una era fulera”, dice, una: “Van a quedar moscas ellos”, ¡así nos dice! “De ésta no, de ésta tomen ustedes”, cuando las va poniendo a la mesa, nos dice así, ya expliqué antes...

La fiscal:

-¿Y qué hicieron después con María de Tucho, la que usted se refiere como María de Tucho?

Tucu, con tacto:

-Y, la han cargao'junto con lo' otro'...

-¿Y cuántas personas la traían en ese auto?

—Hummm, cuatro creo que eran, tre' o cuatro.

-¿Y usted sabe a qué fuerza pertenecían?

—No, no, no... no, creería que serían de Santa Fe, del destacamento de Santa Fe, que tenían contacto con éstos, no creo que de Paraná sean.

-Y... después de que los cargaron en el camión, ¿tiene idea usted para dónde iban?

—Al aeropuerto, los esperaba el Hércules.

El juez rompió la percusión entre la fiscal y el Tucu:

— ¿Y eso lo dijeron acá, lo... lo...?

El Tucu giró la cabeza con una velocidad inusitada:

—Los muchachos cuando han vuelto, porque han vuelto con las frazadas a dejarlas de nuevo acá, porque los tiraban desnudos...

La fiscal:

— ¿Ustedes permanecieron aquí?

-Sí, hasta que vuelvan la gente de allá, sí.

-¿Con quiénes? ¿Quiénes fueron en el camión, si recuerda?

-Eh... -el Tucu impostó la voz, como un actor que se representara a sí mismo para el lanzamiento de gente había un equipo prácticamente especial que se lo... lo conformaba Gutin, Aldo, lo conformaba el Barba, Sergio, Magnum, Jorge, Daniel... Sebastián...

Ella estiró la pregunta:

-Del grupo, ¿quiénes quedaron acá cuando trajeron las frazadas? ¿Recuerda?

-Y no, no recuerdo bien -contestó imaginando a la fiscal dentro del baúl del Peugeot 504 pero... nos quedamos, como cuatro o cinco quedamos, yo quedé, yo me acuerdo que cuatro o cinco cuando trajeron las frazadas... que no demoraban mucho, ma' de dos horas, dos horas y media pegaban la vuelta, eh, no sé dónde los tiraban, dicen que en la Bahía de Samborombón los tiraban, queda cerca, no conozco.

Ella:

-¿Usted sabe si con anterioridad se había utilizado este lugar como lugar para alojar detenidos, con anterioridad a la vez que estamos...?

—Nooo, creo que es la primera vez. Tengo entendido que la primera vez -susurró.

Ella ha dejado de mirarlo, usa sólo la voz para preguntar:

-Después que terminó ese operativo, ¿ustedes se quedaron mucho tiempo más acá, con nuevos detenidos?

-No, no hubo más detenidos... no..., nunca más.

La fiscal le ha dado la espalda a la voz que oye.

-¿Ustedes sabían a quién pertenecía este lugar, en ese momento?

-Sí... que era del teniente Daniel, ¿cómo no vamos a saber eso? —encogiéndose de hombros.

El otro juez preguntó:

—Perdón, ¿alguno... eh... fue en el avión propiamente dicho?

-¿Del equipo de aquí?

—Sí, de ustedes, alguno del grupo de... de... de tareas, que usted mencionó, relató, o sea, ¿fue... subió al avión con los cuerpos o ya lo hizo otro equipo eso?

-Ellos iban con los cuerpos, ellos tiraban... -el Tucu había esperado ese momento-.

Por eso yo cuando declaro digo que Aldo es el que... la verda' que soñaba de noche, no podía dormir, él me contaba cómo los veía, cómo, me decía, que los muertos flameaban cuando los largaban, y que veía abajo cuando caían, que se ha alcanzado a ver la sangre, me contaba, a mil metros de altura, no sé si será verda' o será mentira, y no podía dormir de noche, dice que los soñaba a los muertos, al Negro cuando pegó contra el agua, a Velasco, sí, iba todo el equipo de acá, los... la gente más allegada al grupo de Sebastián, de Daniel y de Jorge...

—Los más allegados...

-Los más allegados...

-Los de mayor confianza...

—Los de confianza, ya he dicho -el Tucu sintió aprensión—. Los que se prestaban para delinquir. Una noche fuimos a una casa y yo me quedé atrás de la casa, arriba de un mueble había una licuadora y se lanzaron a agarrarla el Aldo y Sergio, uno quedó con el vaso y el otro con el motor, los de confianza, doctor, los que se prestaban pa'... para reventar, pa' pa'lo que fuera, era la gente de confianza de ellos.

Terció la fiscal:

—Antes de este hecho, y trasladado al aeropuerto, ¿en alguno de los otros lugares que usted mencionó hubo un episodio similar?

-¿De arrojar muertos así, de llevar...?

—De trasladar y que usted supiese...

—Y sí, yo... —vaciló.

—...O haya escuchado que...

-Y sí, yo le dije el otro día cuando declaré, los diecisiete que han matado antes en La Calamita y los otros veinte en La Calamita. Que eso yo quisiera indicarle dónde es los diecisiete, porque ahora no hay nada, ahí había un galponcito viejo, a mí me tuvieron trabajando ese día hasta las siete de la tarde, ocho de la noche allá, eh, ayudando a cerrar el lugar porque no tenía pared a la vuelta el galpón ése, cerraban con cortina, con tela blanca, daba toda la vuelta y ése lo ocuparon a la noche... y los otros veinte dentro de La Calamita.

La fiscal empujó:

-...Y...

-Y... esos los llevaron al avión -cerró el Tucu, o quiso cerrar.

-¿Recuerda si hubo mucha diferencia de tiempo o escasa diferencia entre los diecisiete y los veinte primeros de La Calamita?

-Ssshhh... y, no muy mucha, ¿qué puede haber pasado?, dos meses, tres meses, más no creo -quería dejar de hablar, pero esa mujer no lo dejaba-. Con exactitud no le puedo decir, pero no creo que más de tres meses.

—Y en ambos hechos participó este mismo grupo de tareas...

-¡Sí!, el mismo grupo, sí -respondió, cruzándose de brazos.

El otro juez recogió el cabo de esa pregunta:

-Esto es, Jorge, Sebastián, Daniel, ¿subieron al avión los tres?

-Sí, sííí, y Magnum es el que se ponía en la puerta, físico bárbaro, se ataba a la cintura para que no lo chupe el viento, después Jorge inventó, vino con un invento: “¿Vio el invento?”, dijo, lo’ empujaba con un remo de canoa, para no arrimarse a la puerta del avión, para que no lo chupe, con un remo de canoa echaba... los empujaba a los muertos, “ingenio argentino” decía, iban dando vuelta para... me contaba...

-¿Sergio iba a los vuelos con ese equipo...? —la fiscal rellenaba casilleros.

-Sííí, sí, sí, sí...

-Ese día desde aquí... de La Intermedia, ¿no recuerda si Sergio se quedó con usted o se fue a tirar a la gente también? -preguntaba sin énfasis, como si corriera un cordel suave ajustando el lazo alrededor del nudo.

-Fueron, el equipo ese iba siempre, el equipo... Era un equipo de ellos, de todos... eran... Los demás... los demás quedamos aislados, todos. Estaba permitido para robar, para asaltar, para robarse un auto, nadie les decía nada... a ese grupito.

La fiscal dio un tirón:

-¿Quién conformaba el grupo que quedaba aislado?

El Tucu cuidó la respuesta. Después de un larguísimo instante dijo:

-Mire, era yo, Jepé, un muchacho Jepé que ya murió, era prefecto, eeehhh, el negrito Torre, Barbeta...

-Barbeta no es el Barba... -quiso aclarar ella.

-No, Barbeta es el que hacía los documentos truchos en la quinta de Funes, el Barba es el que viajó a México con Tucho, Velasco, Sebastián y Daniel... esteee, y dos o tres más que quedamos.

El otro juez levantó su mano derecha, como advirtiendo al aire:

-Barbeta, ¿sabía usted dónde vivía Barbeta en Rosario?

-Es cuñado de Menéndez...

— ¿Dónde vivía?

Rascándose la nuca:

-Barbeta, ¿si sabía dónde vivía en Rosario? He dicho que no. ¿Si sabía dónde vivía en Rosario?, que no. No sé, no sé... Ahora vive allá en... en Posadas, se casó con la viuda, con la mujer del teniente que mataron en la calle, ahí en Córdoba y Mi... en calle Mitre, en el centro.

La fiscal:

-Y usted, ¿cómo los llamaba a Jorge, a Sebastián, a Daniel, a Sergio, por qué nombre los llamaba?

-Nomás así, doctora, Sergio, Sebastián, Jorge y Daniel.

-¿Y usted sabía los nombres verdaderos?

-¡Por supuesto! Los sabía y los sé.

-Y los demás ¿también los llamaban de ese modo?

—Sí, igualito, así mismo nomás.

-¿A usted cómo lo llamaban?

-Tucu. Me bautizaron acá, ¿eh? Mi... je je je... apodo es Pochi, ji ji ji

El juez:

-¿Hay alguna otra cosa que quiera indicarnos del lugar?

-No sé, lo que ustedes me quieran preguntar, doctor.

La fiscal suscribió:

-¿Adonde dejaron estacionado el camión con el cual los cargaron a todos los cadáveres?

-Allá, ahí tirando atrás de eso que está... tirando así más o menos para, cerca de la galería, donde está la ventana, ahí no más, dos metros ahí para tenerlos cerca para cargarlos... Pero primero a todos los han puesto en la galería... porque esperaban que venga el general Jáuregui pa' que los vea, ¡me he olvidado de eso! -al Tucu los ojos le brillaron de insensatez.

El juez no ha entendido:

-¿De qué se olvidó?

-Y, cuando vino el general Jáuregui... —ablandó los hombros y volvió a sonreír-. Se armó un escándalo con Jorge porque le había ordenado ¡que no lo' matara!, que lo' durmiera hasta que él viniera porque cuando venga él los iban a matar. Y el otro vino, el otro tarado, Jorge, vino y los mató, y cuando vino el otro, Jáuregui, los encontró envueltos y ahí se armó un escándalo. Me acuerdo bien, esto que yo le dije: "Jorge", lo saqué a un costado y le digo: "Jorge, es el general". "Me nefrega", va y me dice: "No ves que les he dejado pegados a todos estos del comando que he traído, que han quedado pegados con las veinte uñas aquí", me dice, los ha invitado a todos los del comando para que presencien lo que ha pasado aquí, y todo el comando, la oficialidad ha venido. Y Jorge, mire, ¡es mala fe!, doctor, ¿eh? "Les he dejado pegados a todos", dice. ¡Qué compañerismo, ¿no?!

— ¿Qué persona de mayor jerarquía vino ese día aquí? ¿Jáuregui? —requirió la fiscal.

-Jáuregui... Que fue en el avión, también... -la última carta del Tucu— ...Y vino a los

vómitos, le hizo mal. Volvió enfermo, volvió vomitando...

A la fiscal no le alcanzó:

-Y usted ¿recuerda en qué vinieron, en qué volvió Jáuregui acá?

-Y, tiene que venir en un vehículo del comando, no he visto, pero en la camioneta del comando tiene que haber venido.

-El Falcon que estaba estacionado allí adelante, ¿permaneció en ese lugar mientras...?

-Día y noche está el Falcon ahí, desde que han venido acá, con una radio... Salían de la cocina y chocaban el Falcon. El Falcon estuvo siempre.

La fiscal insistió:

-¿Y había otro tipo de vigilancia además del Falcon que usted dice allí?

-De Gendarmería, ya he dicho...

-Sí, sí, pero por eso... eh... eh... -no logró asir la pregunta.

-Y sí, había uno por allá, otro por allá, otro por allá, cuatro, creo, no, seis creo eran en total, uno o dos en el auto y cuatro a la vuelta.

El juez ha mirado el reloj. Comenzó a moverse sobre el césped hinchado de savia, descuidado y ácido, vaporoso como la clara de huevo al batirla, mientras cruzaba las manos a su espalda.

-Bien. ¿Podemos seguir entonces?

Ya está. Ahora sí que ya está, pensó el Tucu, y dijo:

-Antes de... antes de... todo esto, los muchachos, Migueles, Gabino, decían que tenían el presentimiento de que Tucho había vuelto, de que estaba por aquí, cerca, "a punto de mandarse otra cagada", decían ellos... -Y agregó con premura:- ... Hummm... ¡Sí, do'tor...! Permiiso...

La comitiva avanzó bajo la atmósfera agobiante. Alguien suspiró, pensando que el movimiento era de aquellos que sólo pueden ser frenados violentamente. Alguien se

quedó callado en medio de una frase. Alguien, recién entonces, pudo ver lo que había que ver, mientras sacaba con infinita precaución...

Libros y fuentes consultados

1. Mejía Madrid, Fabrizio, *Disparos en la oscuridad*, México, Suma de Letras, 2011.
2. Fuentes, Carlos, *La Silla del Águila*, Buenos Aires, Alfaguara, 2007.
3. Alleg, Henri, *La tortura*, Buenos Aires, Ediciones del Pórtico, 1958.
4. Lartéguy Jean, *Los Centuriones*, Buenos Aires, Emecé, 1970.
5. Montanaro, Pablo, *Francisco Urondo. La palabra en acción. Biografía de un poeta y militante*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones, 2003.
6. Diez, Rolo, *Lo mejor y lo peor de todos los tiempos. Cómo destruyeron al PRT-ERP*, Buenos Aires, Nuestra América, 2010.
7. Vignollés, Alejandra, *Doble condena. La verdadera historia de Roberto Quieto. Secuestrado por los militares y acusado de traición por los montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
8. Todd, May, *La muerte. Una reflexión filosófica*, Barcelona, Biblioteca Buridán, 2009.
11. Chaves, Gonzalo Leónidas y Lewinger, Jorge Ornar, *Los del '73. Memoria Montonera*, La Plata, Editorial de la Campana, 1999.
9. Shirer, William L., *Auge y caída del Tercer Reich. Volumen I. Triunfo de Adolf Hitler y sueños de conquista*, Buenos Aires, Planeta, 2010.
10. Urondo, Francisco, *Los pasos previos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2011.
11. Lescano, Carlos, *El Innombrable Caso Desmundo Sachwerhalt*, Buenos Aires, Programa “¿Cuál es?”, Radio Rock & Pop, 24 de marzo de 2009.
12. Sartre, Jean-Paul, *Muertos sin sepultura. El Diablo y Dios*, Buenos Aires, Losada, 1982.
13. Aletto, Carlos Daniel, *Anatomía de la melancolía*, Mar del Plata, La Cuerva

Blanca, 2012.

14. Larraquy, Marcelo, *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Buenos Aires, Aguilar, 2007.
15. Urondo, Francisco, *La patria fusilada*, Buenos Aires, Libros del Náufrago, 2010.
16. Saidon, Gabriela, *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito. La primera jefa de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
17. Levi, Primo, *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores, 1995.
18. Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos. 1973-1976. Volumen II. De la ruptura al golpe*, La Plata, Editorial de la Campana, 1999.
19. Baschetti, Roberto, *Documentos. 1976-1977. Volumen II. "Resistir es vencer"*, La Plata, Editorial de la Campana, 2011.
20. Fidalgo, Alcira, *Oficio de aurora*, Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 2002.
21. Healey, Mark, *El peronismo entre las ruinas: El terremoto y la reconstrucción de San Juan*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2012.
22. Walsh, Rodolfo, *Carta a mis amigos a tres meses de la muerte de mi hija María Victoria*, Buenos Aires, diciembre de 1976.
23. Balsarini, Roxana, "Amores plurales", en *Memoriales a pura tripa*, Ornar Basabe (comp.), Buenos Aires, Catálogos, 2003.
24. Pérez, Betancourt Rolando, *La última mascarada de la cumbancha*, La Habana, Letras Cubanas, 1999.
25. Escalante, Fabián, *Acción ejecutiva. Objetivo: Fidel Castro*, La Habana, Ocean Press, 2006.
26. Paz, Senel, "El lobo, el bosque y el hombre nuevo", en *Aire de Luz. Cuentos cubanos del siglo XX. Repertorio y estudio preliminar*, Alberto Garrandés (comp.), La Habana, Letras Cubanas, 1999.
27. Astiz, Eduardo, *Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la*

contraofensiva montonera del 79, La Plata, Editorial de la Campana, 2005.

28. El documento que en la novela está identificado como “D.F.S.-19-I-78. A SUPERIORIDAD SECRETARIO DE GOBERNACIÓN JESÚS REYES HEROLES DETENCIÓN DE ELEMENTOS DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO ARGENTINO, EN MÉXICO” fue extraído de <berndpulch.org/category/the—national—security/page/5/>, donde aparece bajo el título “Enero 19, 1978 Detención de Elementos de Inteligencia del Ejército Argentino, en México”. Algunos nombres propios fueron sustituidos por los sobrenombres utilizados a lo largo del relato, y se añadió el de “Jesús Reyes Heróles” en el encabezado para hacerlo más comprensible.

29. Las cartas de Tucho al hijo de María -Quinqui y a los padres de su compañera fueron tomadas de la causa judicial “Palau de Negro, Delia Silvina y otro s/denuncia”, Expediente número de entrada 49.107, Cámara Federal de Apelaciones de Rosario, Tercer Cuerpo, página 140 la primera y 138 la segunda. Como en el caso anterior algunos nombres propios fueron sustituidos por los sobrenombres utilizados a lo largo de la novela por razones narrativas.

30. El juicio revolucionario al que fue sometido Tucho y su anexa autocrítica me fueron suministrados por el historiador Roberto Baschetti. Como en los casos anteriores, algunos nombres propios fueron sustituidos por los sobrenombres utilizados a lo largo de la novela.

31. Burnet, Régis, *El evangelio de la Traición. Una biografía de Judas*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

32. Los capítulos 13 y 14 fueron escritos sobre la base de las constancias de la causa judicial “Guerrieri, Pascual y otros s/privación ilegítima de la libertad, amenazas, tormentos y desaparición física”, Expediente número 133/07 del registro del TOF Uno de Rosario, en la que se dictó sentencia el quince de abril de dos mil diez. Como en los casos anteriores, algunos nombres propios fueron sustituidos por los sobrenombres utilizados a lo largo de la novela.

33. Pahor, Boris, *Necrópolis*, Barcelona, Anagrama, 2010.

34. Díaz-Pimienta, Alexis, “Cervantes nace en Pogolotti, se cría en Luyanó, gana una beca para escribir en Barcelona y se aburre”, en *Narradores cubanos de hoy. Entrevistas y relatos*, Rogelio Riverón (comp.), Bogotá, Letras Cubanas, 2005.

35. Mariani, Ana y Gómez, Jacobo Alejo, *La Perla, Historia y testimonios de un campo de concentración*, Buenos Aires, Aguilar, 2012.

36. Márai, Sándor, *El último encuentro*, Buenos Aires, Salamandra, 2012.
37. Watts, Jorge Federico, *Memoria del Infierno. Relato testimonial de un sobreviviente del Centro Clandestino de Detención "El Vesubio"*, Buenos Aires, Continente, 2009.
38. Scott, Ridley, *Blade Runner*, Blade Runner Partnership, Los Ángeles, 1982.
39. Anguita Eduardo y Caparros, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997-1998. Tres tomos.
40. Bonasso, Miguel, *Recuerdos de la muerte*, Buenos Aires, Bruguera, 1984.